

NARRACIONES HISTÓRICAS

TOMADAS DE LOS

MEJORES HABLISTAS CASTELLANOS

703

DON JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.



MADRID  
IMPRENTA NACIONAL

1866.



DGCL  
A  
Bicudo

# NARRACIONES HISTÓRICAS

TOMADAS DE LOS

PROLOGO

## MEJORES HABLISTAS CASTELLANOS

POR

DON JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.



MADRID

IMPRENTA NACIONAL

1866.



R. 47817

4727010  
849754

MEMORIAS HISTÓRICAS DE LA CIUDAD DE MADRID

MEMORIAS HISTÓRICAS DE LA CIUDAD DE MADRID

---

Propiedad del colector, quien se reserva todos sus derechos.

---

MADRID  
IMPRENTA DE LA CIUDAD DE MADRID  
1881

## PRÓLOGO.

¿Quién eres tú, lector amable, que, con la impaciencia de quien acaba de comprar un libro, empiezas á recorrer sus hojas sin fijarte apenas en ninguna y queriendo leerlas todas á un tiempo? ¡Oh! te conozco cual si te observara oculto entre ellas. Tú eres un literato que, sabiendo el valor de los retazos de que este traje se forma, desea observar qué tal tijera tiene el sastre que los ha juntado: tú eres un padre que ántes de entregar á sus hijos el libro que para aficionarlos al estudio acaba de comprar, quiere saber si podrá ponerle en sus manos sin peligro: tú eres el niño, tú eres el adolescente, que ávido de conocer los hombres y los tiempos que pasaron, hurtas un rato al juego y á la regocijada compañía de tus amigos para dedicarla al estudio. Quien quiera que seas siempre tendré algo que decirte. Si eres el primero, ya que conoces la tela, seguro estoy de que todavía tendrás que admirar en el traje; no le desprecies, por más que la fama no publique en letras de oro por las calles el nombre del sastre que le ha hilvanado. Si eres el segundo, entrega el libro á tus hijos: los autores cuyas obras me dieron

\*

trozos para mi coleccion responden por mí ¿qué mejores maestros pudieras ambicionar que ellos? Si eres el niño, si eres el mancebo que desea aprender, escúchame un rato, que contigo quiero hablar más despacio. Tú habrás oído decir muchas veces que debes alegrarte de haber nacido en España, porque ninguna region del mundo tiene un cielo tan azul, porque en ninguna parte hay una tierra tan rica en frutos y en flores, porque ningun pueblo ha producido mayor número de hombres grandes en letras, en artes y en heroísmo. ¡Habrás oído hablar tanto de Pelayo, del Cid, de los Reyes Católicos, del gran Capitan, de Cárlos V! Te habrán dicho que más allá de los mares, un pobre navegante despreciado por la Europa entera, supo, gracias á la más grande de las Reinas, encontrar otro mundo para unirlo a nuestra pátria; que hubo un tiempo en que el sol no se ponía jamás en las tierras españolas; que un osado aventurero al frente de un puñado de hombres, destruyendo sus naves porque no quedase otro recurso que vencer ó morir, recorrió en triunfo el extenso imperio mejicano. ¡Oh! ¡te habrán referido tantas proezas! Tu mismo abuelito, estoy seguro de que te hablará muchas veces aún con entusiasmo de la batalla de Bailén, del 2 de Mayo, del ódio que los españoles de su tiempo tenían á los franceses y de que á *nosotros* nos tocó la gloria de hacer observar al gigante del siglo que ningun extranjero es gigante cuando viene á medirse en esta tierra.

Pues bien, de todo eso vamos á hablar juntos.

Recorre las hojas de este libro, y en ellas encontrarás no pocos hechos que admirar; no pocos motivos igualmente para meditar sobre la triste condicion humana, sobre lo vano y deleznable de las pompas del mundo, sobre las calamidades con que el Señor castiga á los monarcas y á los pueblos para hacerles espíar sus culpas. Verás al ambicioso entregar su cuello al cuchillo del verdugo cuando más alta erguía su cabeza; al fratricida, espirar víctima de un fratricidio; al que en cien batallas impelia su corcel á lo más recio de la pelea, verásle despues anciano pudiendo apénas tenerse caballero en pobre jaquilla; y al que venció monarcas y sujetó naciones, espirar como cristiano humilde en la celda de un convento solitario.

¿Se inflama tu alma en bélico ardimiento al eco de los clarines militares? ¿deseas llegar algun dia á conducir al combate las huestes de tu pátria? ;Cómo gozarás leyendo las hazañas de Gonzalo de Córdoba y de Hernan-Cortés! Yo te acompañaré con mi libro al golfo de Lepanto para que presencias aquella accion «la más grande que vieron los siglos pasados y esperan ver los venideros,» segun decia Cervantes al gloriarse por haber sacado de ella un brazo ménos como eterno recuerdo y tambien como única recompensa. Yo te llevaré á Granada, á Ciri-nola, á Túnez, á Orán, á Flandes; y en todas partes verás el valor unido á la nobleza de alma, y la cristiana fé llenando el pecho del guerrero, y haciéndole más invencible áun que su coraza.

¡La fé cristiana! sí. En las banderas españolas siempre lucia la señal de la cruz: ella, ó la imájen de la Santísima Virgen, nunca dejaron de acompañar nuestros soldados al combate. La cruz anunció en Covadonga el principio de la lucha contra los árabes; la cruz, ocho siglos despues, fué, sobre las torres de la Alhambra, la señal de haber concluido en España para siempre el poder agareno. Apenas llega Colon á tocar la ansiada tierra, plantando el pendon de la cruz la declara española; nombres religiosos llevan aún hoy dia las islas primeramente descubiertas; y ciudad de la *Vera-Cruz* llama el héroe de Méjico á la primera que funda en aquel suelo. ¡Qué más! en nuestro siglo mismo, al arrojar á los franceses al otro lado del Pirineo, ¿cuál era todavía el grito de nuestros padres sino «rey, pátria y ley?» Y debo advertiros que por ley entendian la divina.

Tantas glorias, tan altas hazañas requieren cantores dignos de ellas. Autores clásicos os las refieren en mi libro: muchos presenciaron lo que cuentan; otros, al referir los hechos ajenos, se han adquirido un nombre que jamás morirá miéntas se hable la lengua castellana.

Os daré á conocer á Hurtado de Mendoza, Saavedra Fajardo, Mariana, Moncada, Melo, Solís, y, entre los modernos, al Conde de Toreno y á Quintana. Por cualquier parte que abrais el libro, siempre encontraréis escritores distinguidos. Aquí Cervantes os contará sus propias aventuras en la his-



toria del cautivo; allí al bachiller Cibdareal, médico de D. Alvaro de Luna, oiréis la triste historia del suplicio del famoso favorito de Don Juan II: en una parte D. Carlos Coloma pinta hechos atrevidos llevados á cabo en los Países-Bajos, donde él mandó la caballería; en otra os conducirá á Flandes D. Luis de Avila y Zúñiga, que tambien guerreó con honor en aquellas tierras. A la sangrienta derrota de las Navas asistiréis con el arzobispo D. Rodrigo, cuya cruz guiaba los soldados á la victoria; y ántes de esto podeis oir á la Reina Católica sus temores y pesadumbre por la herida del rey su marido, y á Cortés mismo describiéndoos mano á mano la pompa que rodeaba á Motezuma.

Mayor número de autores, mayor número de trozos históricos pudiera haberos dado á conocer; pero tratándose de España, las grandes proezas y los autores buenos son tantos, que mi tarea hubiera sido interminable. Al llevaros por el campo de las glorias españolas, por el jardín de nuestra literatura, no he querido ofrecer os más que un ramo formado con hojas de laurel y algunas flores cojidas aquí y allá á la ventura, para que tomeis afición á recorrerle vosotros algun dia cuando os lo permitan vuestras plantas hoy débiles y poco seguras para tan largo viaje.



tanto mayor gloria, que en las naciones con tanta  
el mismo tiempo todos los rios y cerros se alie-  
ran con quinientos rios y cerros. De los de

COSTUMBRES DE LOS ESPAÑOLES.

Groseras sin policia ni crianza fueron antiguamente las costumbres de los españoles; sus ingenios mas de fieras que de hombres. En guardar secreto se señalaron extraordinariamente: no eran parte los tormentos, por rigurosos que fuesen, para hacérsele quebrantar. Sus ánimos inquietos y bulliciosos; la ligereza y soltura de los cuerpos extraordinaria; dados á las religiones falsas y culto de los dioses; aborrecedores del estudio de las ciencias, bien que de grandes ingenios. Lo cual, transferidos en otras provincias, mostraron bastantemente: que ni en la claridad de entendimiento, ni en excelencia de memoria, ni aun en la elocuencia y hermosura de las palabras daban ventaja á ninguna otra nacion. En la guerra fueron mas valientes contra los enemigos que astutos y sagaces. El arreo de que usaban, simple y grosero; el mantenimiento mas en cantidad que esquisito ni regalado; bebían de ordinario agua, vino muy poco; contra los malhechores eran rigurosos; con los extranjeros benignos y amorosos.

Esto fué antiguamente, porque en este tiempo mucho se han acrecentado así los vicios como las virtudes. Los estudios de la sabiduria florecen cuanto en cualquiera parte del mundo. En ninguna provincia hay mayores ni mas ciertos premios para la virtud; en ninguna nacion tiene la carrera mas abierta y patente el valor y doctrina para adelantarse..... En lo que mas se señalan es en la constancia de la religion y creencia antigua, con

tanto mayor gloria, que en las naciones comarcanas en el mismo tiempo todos los ritos y ceremonias se alteran con opiniones nuevas y extravagantes. Dentro de España florece el consejo, fuera las armas. Sosegadas las guerras domésticas, y echados los moros de España, han peregrinado por gran parte del mundo con fortaleza increíble. Los cuerpos son por naturaleza sufridores de trabajos y de hambre; virtudes con que han vencido todas las dificultades, que han sido en ocasiones muy grandes por mar y por tierra. Verdad es que en nuestra edad se ablandan los naturales, y enflaquecen con abundancia de deleites, y con el aparejo que hay de todo gusto y regalo de todas maneras en comida y en vestido, y en todo lo al. El trato y comunicacion de las otras naciones que acuden á la fama de nuestras riquezas, y traen mercaderías que son á propósito para enflaquecer los naturales con su regalo y blandura, son ocasion deste daño. Con esto, debilitadas las fuerzas y extragadas con las costumbres extranjeras, demás desto por la disimulacion de los príncipes, y por la licencia y libertad del vulgo, muchos viven desenfrenados, sin poner fin ni tasa ni á la lujuria, ni á los gastos, ni á los arreos y galas. Por donde, como dando vuelta la fortuna, desde el lugar mas alto do estaba, parece á los prudentes y avisados que (mal pecado) nos amanecen graves daños y desventuras, principalmente por el grande ódio que nos tienen las demás naciones: cierto compañero sin duda de la grandeza y de los grandes imperios, pero ocasionado en parte de la aspereza de las condiciones de los nuestros, de la severidad y arrogancia de algunos de los que mandan y gobiernan.

(EL PADRE JUAN DE MARIANA. — *Historia general de España.*)

## RETRATO DE ANÍBAL.

(220 años de N. S. J. C.)

Era entonces Aníbal mancebo de hermosa disposicion, alto y delgado de cuerpo; la cara la tenia larga; la nariz ahilada (1), las barbas y cabellos encrespados y mucho bien puestos; era muy bien razonado; muy cortés en demasía; la conversacion mucho dulce, con la cual tenia mezclada gravedad mansa y amorosa, llena de buen donaire. Cuando le hicieron esta vez gobernador y capitán de los ejércitos y señorío que Cartago tenia dentro de España, sería de hasta unos veinte y seis años; y puesto que fuese mozo, conociase dél tanta sagacidad y prudencia, que primero ni despues nunca se halló capitán en las cosas de guerra más industrioso ni sábio. Jamás tuvo persona tal ingenio para dos cosas diversas, que son obedecer y mandar, ni con mas entendimiento lo supo hacer, tanto que la gente del ejército de ningun otro se confió mas, ni con igual osadía venia á las afrentas que cuando sabia estar él presente.

Fué muy osado en acometer cosas peligrosas, y muy inclinado á tratar hechos difíciles; y lo que suelen tener pocos hombres, de que le venian mayores peligros, no se turbaba para que por ellos dejase de tomar consejo reposadamente y usar dél. Nunca receló fatiga, ni su

---

(1) *Ahilada*: afilada, delgada.

corazon fué vencido de pensamientos ni cuidados, como quiera que los tuvo mas continuos y mayores que ningun otro de su tiempo. Sufria con igual perseverancia la calor y los frios; en su comer templadísimo. No tenia tiempo señalado para dormir, sino cuando le faltaban ocupaciones ó negocios. Allí no descansaba sobre lechos ó camas delicadas; porque muchas veces en las guerras que tuvo despues, lo hallaron en el suelo, revuelto con las velas (1) y guardas de su real, cubierto con las mantas groseras que traia la gente. Sus vestiduras y trajes como los comunes del ejército; toda su pompa y arreo fué siempre guarnecer armas, procurar caballos, y allegar (2) y favorecer las personas valientes donde quiera que se hallasen. Cuando venian al afrenta (3) primero que nadie rompió las batallas de á pié ó de caballo como lo tomaban, y postrero de todos salió dellas. Tenia maravillosa presteza para seguir cuantas buenas ocasiones le viniesen; que fué siempre cosa muy principal en la guerra y en los otros negocios humanos. Finalmente, cuanto debió tener un capitan muy perfecto y esmerado, lo tuvo tan acabado, que si le vencieron alguna vez, no fué por su falta ni por dejar de hacer todo su deber, sino por la mucha flaqueza de los suyos, ó por sobrada valentía de los contrarios.

(FLORIAN DE OCAMPO.—*Crónica general de España.*)

(1) *Velas*: centinelas.

(2) *Allegar*: acoger.

(3) *Venian al afrenta*: Venian á los choques ó reencuentros.

## VIRIATO.

Fué Viriato de nacion lusitano, hombre de bajo suelo (1) y linaje, y que en su mocedad se ejercitó en ser pastor de ganados. En la guerra fué diestro; dió principio y muestra siendo salteador de caminos con un escuadron de gente de su mismo talle. Eran muchos los que le acudian y se le llegaban, unos por no poder pagar lo que debian, otros por ser gente de mal vivir y malas mañas; los mas por verse consumidos y gastados con guerras tan largas deseaban meter la tierra á barato. Con esta gente, que ya llegaba á campo formado, comenzó á trabajar los comarcanos, en especial los que estaban á devocion (2) de los romanos, por aquella parte por donde Guadiana desemboca en el mar. A la sazón que las cosas se hallaban en estos términos, Galba se partió de España acabado su gobierno, y vino en su lugar Marco Vitilio, año de la fundacion de Roma de 604, el cual puso todo cuidado en deshacer á Viriato y apagar aquella llama; pero él, dejada la Lusitania, se pasó al estrecho de Cádiz, y con resolucion de escusar la batalla, se entretenia en lugares fuertes y ásperos. Acudió el pretor, y con un cerco que tuvo sobre aquella gente muy apretado, redujo á aquellos soldados, que ya comenzaban á sentir la hambre, á probar secretamente si habria esperanza de concertarse. Pedian cam-

(1) *Suelo*: clase, condicion.

(2) *A devocion*: á favor.

pos donde morasen, y prometian de mantenerse en la amistad y fé del pueblo romano. Daba de buena gana el pretor oídos á estas prácticas. Supo Viriato lo que pasaba, y con un razonamiento que hizo á sus soldados mudaron de parecer..... Y para engañar á los romanos sacaron sus gentes con muestra de querer pelear. Pusieron la caballería por frente, y los peones entre tanto se pusieron en salvo en los bosques que cerca estaban. Despues todos juntos se fueron á una ciudad llamada Tribola, donde pensaba Viriato entretenerse y continuar la guerra. Acudieron los romanos; armóles cerca de aquella ciudad una celada, en que mató hasta cuatro mil dellos, y con ellos al mismo pretor. Los demás se salvaron por los piés, y se recogieron á Tarifa; allí como los romanos ayudados de nuevos socorros de los celtiberos tornasen á probar ventura, todos perecieron en la pelea. En lugar de Vitilio vino al gobierno de la España ulterior el pretor Cayo Plaucio, año de la fundacion de Roma 603. Llegó á sazón en España que Viriato corria los campos, primero de los turdetanos y despues de los carpetanos. Llegados los romanos á vista, dió muestra de huir; siguiéronle los contrarios desaperadamente (1), revuelve sobre ellos, y pasa á cuchillo cuatro mil que se habian adelantado mucho. El pretor, con deseo de librarse desta infamia, mas que por esperanza que tuviese de la victoria, pasó adelante en seguimiento del enemigo hasta llegar al monte de Vénus, donde, pasado el rio Tajo, Viriato se hizo fuerte. Allí vinieron de nuevo á las manos en una batalla en que fué destrozado no menor número de romanos que antes.....

---

(1) *Desaperadamente*: precipitadamente, sin poderse con- tener.



Después desto Cláudio Unimano, con nombre de pretor, vino de Roma el año de 606 contra Viriato; mas fué por él vencido y muerto con gran parte de su ejército, que pereció en aquella batalla. Los haces de varas y alabardas, que eran insignias del magistrado, fueron puestas por memoria de aquella victoria y á manera de trofeo en los montes de la Lusitania, con tanto espanto de los romanos en adelante, y tanto atrevimiento de los españoles, que trecientos lusitanos no dudaron de trabar pelea con mil soldados romanos, y en ella mataron mas en número que ellos eran. Aconteció otrosí que un peon español puso en huida á muchos hombres de á caballo de los romanos, que espantados y atónitos quedaban de ver que aquel hombre de un golpe mató un caballo y cortó á cercen la cabeza del que en él iba....

Por el contrario el cónsul Servilio en el Andalucía puso cerca de la ciudad de Arsa á Viriato en huida. Siguióle hasta la Carpetania, que es el reino de Toledo, donde con cierto ardid de guerra se le escapó de las manos. Dió muestra que queria la batalla, y puestas sus gentes en ordenanza y por frente la caballería, entre tanto que los romanos se aparejaban (1) para la pelea, hizo que su infantería se retirase á los bosques que por allí cerca caian. Esto hecho, con la misma presteza se retiró la caballería, de suerte que el cónsul, perdida la esperanza de haber á las manos por entonces enemigo tan astuto y tan recatado, se encaminó con sus gentes la vuelta de los vectones, donde hoy está Extremadura. Desde allí revolvió sin parar hasta Galicia, donde habia grande soltura y todo estaba lleno de muertes y robos.

---

(1) *Aparejarse*: prepararse, disponerse.

Viriato, cansado de guerra tan larga, y poco confiado en la lealtad de sus compañeros, ca (1) se recelaba no quisiesen algun dia con su cabeza comprar ellos para sí la libertad y el perdon, acordó de enviar al cónsul tres embajadores de paz. Muchas veces se pierden los hombres por el mismo camino que se pensaban remediar. Recibiólos el cónsul con mucha cortesía y humanidad. regalóles de presente..... y para adelante los cargó de grandes promesas que les hizo, con tal que matasen á su capitan estando descuidado, y por este medio librasen á sí mismos de tantos trabajos y de una vida tan miserable, y á su tierra de tantos males y daños. Guárdanse los malos entre sí poco la lealtad; así fácilmente se persuadieron de poner en ejecucion lo que el cónsul les rogaba. Concertada la traicion, se despidieron con buena respuesta que en público les dió, y con muestra de querer efectuar las paces. Descuidóse con esta esperanza Viriato, con que ellos hallaron comodidad para cumplir lo que prometieran; entraron do estaba durmiendo, y en su mismo lecho le dieron de puñaladas. Varon digno de mejor fortuna y fin, y que de bajo lugar y humilde, con la grandeza de su corazon, con su valor y industria, trabajó con guerra de tantos años la grandeza de Roma; no le quebrantaron las cosas adversas, ni las prósperas le ensoberbecieron. En la guerra tuvo altos y bajos como acontece; pereció por engaño y maldad de los suyos el libertador se puede decir casi de España, y que no acometió los principios del poder del pueblo romano como otros, sino la grandeza y la magestad de su imperio cuando mas florecian

---

(1) Ca: porque.

sus armas y aun no reinaban del todo los vicios que al fin los derribaron.

Hiciéronle el día siguiente las exequias y enterramiento, mas solemne por el amor y lágrimas de los suyos que por el aparato y ceremonias, dado que entre los soldados se hicieron fiestas y torneos y se sacrificaron muchas reses. Los matadores, idos á Roma, dieron peticion en el Senado, en que pedian recompensa y remuneracion por tan señalado servicio. Fuéles respondido que al Senado y pueblo romano nunca agradaba que los soldados matasen á su caudillo; así los traidores son aborrecidos por los mismos á quien sirven, y muchas veces son castigados en lugar de las mercedes que pretendian.

(MARIANA.—*Historia general de España*).

### DESTRUCCION DE NUMANCIA.

(133 antes de N. S. J.)

El año luego adelante que se contó de la fundacion de Roma, seiscientos y veinte y uno, siendo cónsules Publio Múcio Scévola y Lucio Calpurnio Pison, á Scipion alargaron el tiempo del gobierno y del mando que en España tenia; traza con que Numancia fué de todo punto asolada, ca pasado el invierno, y con varias escaramuzas quitado ya el miedo que los soldados tenian cobrado, con intencion de apretar el cerco de Numancia, de unos reales hizo dos, dividida la gente en dos

partes. El regimiento (1) de los unos encomendó á Quinto Fabio Máximo su hermano, los otros tomó él á su cargo, dado que algunos dicen que dividió los reales en cuatro partes, y aun no concuerdan todos en el número de la gente que tenía. Quién dice que eran sesenta mil hombres, quién que cuarenta, como no es maravilla que en semejante cuenta se halle entre los autores variedad. Los numantinos, orgullosos por tantas victorias como antes ganaran, aunque era mucho menos en número, porque los que mas ponen, dicen que eran ocho mil combatientes, y otros deste número quitan la mitad, sacadas sus gentes fuera de la ciudad y ordenadas sus haces, no dudaron de presentar la batalla al enemigo, resueltos de vencer ó perecer antes que sufrir las incomodidades de un cerco tan largo. Scipion tenía propósito de escusar por cuanto pudiese el trance de la batalla como prudente capitán, y que consideraba que el oficio del buen caudillo no menos es vencer y concluir la guerra con astucia y sufrimiento que con atrevimiento y fuerzas. Ni le parecía conveniente contraponer sus ciudadanos y soldados á aquella ralea de hombres desesperados. Con este intento determinó cercar la ciudad con reparos y palizadas para reprimir el atrevimiento y acometimiento de los cercados. Demás desto mandó á las ciudades confederadas enviasen nuevos socorros de gente, municiones y vituallas para la guerra. Hizose un foso alrededor de la ciudad, y levantóse un valladar de nueva manera, que tenía diez pies en alto y cinco en ancho, armado con vigas y lleno de tierra, con sus torres, troneras y

(1) Regimiento: dirección, mando.

saetías á ciertos trechos, de suerte que representaba semejanza de una muralla continuada. Solamente por el rio Duero se podía entrar en la ciudad y salir; pero tambien esta comodidad quitaban á los cercados las compañías de soldados y los ranchos que en la una ribera y en la otra tenian puestos de guarda. Para remedio de esto los búzanos (1) zambulléndose en el agua, debajo della sin ser sentidos pasaban cuanto era necesario de la una parte á la otra. Otros con barcas, por la ligereza de los remeros, ó por la fuerza del viento que daba por popa, escapaban de ser heridos con lo que los soldados les tiraban; y por esta manera se podía meter alguna vitualla en la ciudad. Duróles poco este remedio y consolacion tal cual era, porque con una nueva diligencia levantaron dos castillos de la una y de la otra parte del rio con vigas que le atravesaban, y en ellas unos largos y agudos clavos para que nadie pasase. Los numantinos, sin perder por esto ánimo, no dejaban de acometer las centinelas y cuerpos de guarda de los romanos; mas sobreviniendo otros, fácilmente eran rebatidos y encerrados en la ciudad; que á sabiendas no los querian matar para que gastasen mas presto, cuantos mas fuesen, las vituallas, y forzados de la hambre y extrema necesidad se entregasen. En esta coyuntura un hombre de grande ánimo y osadía, llamado Retógenes Caravino, con otros cuatro, por aquella parte que los reparos de los romanos eran mas flacos y tenian menos guarda, escalado el valladar y degolladas las centinelas y escuchas, se enderezó á los pueblos llamados arévacos, donde en una junta de los principales que para

(1) *Búzanos*: buzos.

esto se convocó les rogó y conjuró por la amistad antigua y por el derecho de parentesco no desamparasen á Numancia para ser saqueada y asolada por el enemigo, que, encendido en coraje y en deseo de vengarse, no tenia olvidadas las injurias que ellos le habian hecho.....

Con este razonamiento y con abundancia de lágrimas que derramaba, con echarse en tierra y á los pies de cada uno, tenia ablandados los corazones de muchos; pero como quier que á los desdichados y caidos todos les faltan, prevaleció el voto de los que sentian que no convenia enojar á los romanos, antes decian que sin tardanza echasen de toda su tierra á los numantinos, porque no les achacasen y hiciesen cargo de haber oido en su junta aquella embajada. Lo que despues desto hizo Retógenes no se sabe; solo consta que la gente moza de Lucia, pueblo que estaba á una legua de Numancia, acudió á socorrer los cercados, pero fué rebatida su osadía por la diligencia de Scipion; y con cortar las manos derechas por mandado del mismo á cuatrocientos dellos, los demás quedaron escarmentados para no imitar semejante desatino. Con esto los numantinos, perdida toda esperanza de ser socorridos, y por el largo cerco quebrantados de la hambre, movieron tratos de paz. Enviaron para esto á Scipion una embajada.....

Maravillóse Scipion..... que los corazones de aquella gente con tantos trabajos no estuviesen quebrantados, y que perdida toda esperanza, todavía se acordasen de su dignidad y constancia. Con todo esto respondió á los embajadores que no habia que tratar de concierto si no fuese entregándose á la voluntad del vencedor. Con esta respuesta, los numantinos como fuera de sí matan á los embajadores, los cuales ¿qué culpa les tenian? Pero

cuando la muchedumbre se alborota, muchas veces acarrea daño decir la verdad.

Estaban ya sin ninguna esperanza de salvarse ni de venir á batalla; acuerdan de hacer el postrer esfuerzo. Emborráchanse con cierto brevaje que hacian de trigo, y le llamaban *celia*; con esto acometen los reparos de los romanos, escalan el valladar, degüellan todos los que se le ponen delante, hasta que sobreviniendo mayor número de soldados, y sosegada algun tanto la borrachez, les fué forzoso retirarse á la ciudad. Despues de esta pelea, dicen que por algunos dias se sustentaron con los cuerpos muertos de los suyos. Demás de esto probaron á huir y salvarse; como tampoco esto les sucediese, por conclusion, perdida del todo la esperanza de remedio, se determinaron á acometer una memorable hazaña: esto es, que se mataron á sí y á todos los suyos, unos con ponzoña, otros metiéndose las espadas por el cuerpo; algunos pelearon en desafio unos con otros con igual partido y fortuna del vencedor y vencido, pues en una misma hoguera, que para esto tenian encendida, echaban al que era muerto, y luego tras él le seguia el que le quitaba la vida. Por esta manera fué destruida Numancia, pasados un año y tres meses despues que Scipion vino á España. Grande fué su obstinacion, pues los mismos ciudadanos se quitaron las vidas. Appiano dice que entrada la ciudad hallaron algunos vivos: contradicen á esto los demás autores; y es cosa averiguada que Numancia se conservó por la concordia de sus ciudadanos que tenian entre sí y con sus comarcanos, y pereció por la discordia de los mismos; demás desto que vencida quitó al vencedor la palma de la victoria. Los edificios á que perdonaron los ciudadanos, que no les pusieron fuego, fueron por

mandado de Scipion echados por tierra, los campos repartidos entre los pueblos comarcanos. Hechas todas estas cosas, y fundada la paz de España, se volvió Scipion á Roma á gozar el triunfo que le era muy debido por hazañas tan señaladas, por las cuales, demás de los otros títulos y blasones, le fué dado y tuvo adelante el renombre de Numantino.

(MARIANA.— *Historia general de España.*)

#### BATALLA DEL GUADALETE.

(711.)

Destas victorias de Tarif y de los trofeos y despojos alcanzados corrió la fama por las provincias de Africa, la cual soltó luego por España sus sierpes, inundándolas con nuevos diluvios de gente. Hallóse el rey Don Rodrigo en gran confusion con estas nuevas; su misma conciencia le representaba las ofensas hechas á Dios y que su divina justicia le disponia el castigo. Juzgaba la gravedad deste (peligro), y que ya se trataba de la suma de las cosas, en que era forzoso ponellas al lance de una batalla y que á ella asistiese su persona. Con esta resolucion llamó á la nobleza y á todos los que en el reino podian tomar armas, con que formó un ejército de mas de cien mil hombres.....

Marchó el rey con este ejército, y se presentó á los africanos cerca de Jerez, sobre las riberas del Guadalete. Allí, puestos frente á frente los escuadrones, consumieron siete dias en escaramuzas y en disputar



algunos puestos, y al octavo se resolvió el rey á dar la batalla, porque ya faltaban los bastimentos y era de mas peligro retirarse que acometer. Sentado en un carro de marfil, como era costumbre de los godos, aunque algunos dicen en una litera de dos mulos, vestido de una tela de oro ricamente recamada, calzados unos coturnos sembrados de perlas y piedras preciosas, y la espada desnuda, se presentó á su ejército con magestad real.....

Al mismo tiempo Tarif, en un caballo berberisco, embrazada la adarga y reposando sobre su lanza, dejó caer á las espaldas el alquicel, y levantando el brazo desnudo, empuñando el alfanje, y con bárbara arrogancia animó así á sus soldados.....

Diciendo esto arrimó los acicates al caballo, y avanzando el batallon de la infantería, ordenó que por uno y otro cuerno del ejército escaramuzase la caballería. Sonáronse luego los atabales y bocinas, acompañadas con los alaridos de los bárbaros. La infantería africana dió una espesa carga de dardos y saetas con tanta destreza y velocidad, que en breve tiempo dejaron vacíos los carcajes, valiéndose de los alfanjes; los cuales, aunque en debida distancia eran inferiores á las espadas españolas, despues en la confusion del combate los jugaban con mayor desenvoltura, y causaban horror con lo desaforado de sus heridas, cortando brazos y cabezas, y las riendas y cuellos de los caballos. Estaban tan mezclados los escuadrones, que igualmente peligraban la frente y las espaldas. Caian unos sobre otros, y un mismo golpe hería al enemigo y al amigo. Los que se revolcaban heridos por el suelo se abrazaban de los pies de los vencedores, y se vengaban impidiéndoles la defensa y la ofensa. Nunca Marte se vió mas sangriento

y feroz, atemorizando los muertos no menos que los vivos con los semblantes disformes que les dejó la muerte, con que parecía que amenazaban la venganza.

Era tambien terrible el aspecto de la caballería. La española era ligera y fogosa; pero mas hecha al paseo que á la campaña. La africana estaba mas ejercitada en las escaramuzas, y se revolvía con mayor ligereza y con menor peligro, cubiertos los ginetes con las adargas y á veces con los mismos cuerpos de los caballos, sin perder la continuacion del curso; en cuya fuga, no menos que en los acometimientos, herian con las lanzas. Los caballos, ardiendo en un furor belicoso, peleaban tambien con las manos, con los pies y con los dientes, y los que caian muertos, oprimian con el peso de sus cuerpos la infantería, y á veces á sus mismos señores, y á los demás impedian el paso.

Así por mucho tiempo se mantuvo con valor la batalla, siempre dudosa la vitoria, aunque ya en esta, ya en aquella parte se apellidaba (1) ó se seguía la fuga; porque como el polvo impedia la vista y las voces el oido, estos creian que todo el ejército era vencido, y aquellos que vencedor. Animaban á los africanos las vitorias alcanzadas, la gloria y los despojos adquiridos, la esperanza de aumentallos, y la desesperacion de poderse salvar si no era con el vencimiento. A los godos y españoles incitaba la conservacion de la religion, la infamia de la servidumbre y la defensa de sus vidas, bienes y familias. Los cabos (2) de ambos ejércitos, reforzaban de gente con valor y providencia las partes flacas, animando á los soldados y retirando los heridos. Hallá-

(1) *Apellidar*: aclamar, proclamar

(2) *Cabos*: capitanes, caudillos

banse en esta batalla los hijos de Witiza, habiendo como estaba acordado con Don Julian, pasado de Africa á servir al rey; el cual, con mas ligereza que prudencia, les habia fiado el gobierno de los dos cuernos (1) del ejército. No basta la experiencia de ejemplos pasados á enseñar á los príncipes que no se olvidan agravios recibidos, y que sabe disimularlos la venganza. Creyó Don Rodrigo que la asistencia de aquellos príncipes sería su remedio, y fué su ruina; siendo estilo de la Divina Justicia en sus castigos disponer las cosas de suerte que se hiera con su misma espada quien le ofende; que entre sus manos se le rompa el arco; que peligre en sus obras, y que, ciega la prudencia, se confunda en sus consejos, sin que en esto fuerce Dios el libre albedrío, porque basta dejalle en poder de sus pasiones para que en nada acierte.

Habiéndose pues estos dos príncipes visto la noche antes de secreto con Tarif, y dispuesto, con promesas del reino, que en el furor de la batalla desamparasen los puestos, lo ejecutaron así, reconociendo que inclinaba la vitoria á favor de los africanos; y depuestas las armas, huyeron, seguidos de sus tropas.

A todo estaba atento el obispo Oppas, y cuando vió descompuestos los dos cuernos y que era tiempo de dar fuego á la mina de su traicion, que hasta entonces habia cebado ocultamente en su pecho, se pasó con el escuadron que guiaba su estandarte al de Don Julian, compuesto de godos, y juntos acometieron por un costado á los nuestros. La fuga de los hijos de Witiza y la declaracion de un prelado tan grande y de la sangre

---

(1) *Cuernos*: alas del ejército.

real desanimó mucho á los católicos; y aseguró las esperanzas de vitoria á los africanos.

Reconoció el rey el peligro, y atravesándose con su carro, animó á los suyos, proponiéndoles que su mayor peligro y su servidumbre consistia en la fuga. Que era permision de Dios haberse separado dellos los traidores para que vilmente muriesen con los enemigos de su santa religion, y fuese mayor la gloria y el despojo de los fieles. Que ya tenian seguras las espaldas; que él queria ser comun en el peligro por la defensa de la religion y de la pátria; y saltando en tierra, se puso á caballo y acometió á los enemigos. Su presencia y su ejemplo animó mucho á los soldados, y por algun tiempo mantuvieron dudosa la fortuna, hasta que oprimidos de la multitud, dejaron el campo y la vitoria á los africanos, sin haberse podido averiguar si el Rey murió en la batalla, ó si queriendo pasar á nado el río Guadalete, se ahogó en él. Esto parece verisímil, porque en sus riberas se halló su caballo, llamado Aurelia, con los ornamentos reales, la corona, vestiduras y calzado; señas de que se desnudaria para pasar mejor; pues si hubiera muerto en la batalla, se habria el enemigo apoderado destes despojos; si bien en un templo de la ciudad de Viseo, en Portugal, se halló muchos años despues su sepulcro con este epitafio:

AQUÍ YACE RODRIGO,  
ÚLTIMO REY DE LOS GODOS.

(SAAVEDRA FAJARDO.—*Corona gótica.*)

## DON PELAYO.

(716.)

....Con la ocasion de estar los bárbaros ocupados en la guerra de Francia, las reliquias (1) de los godos que escaparon de aquel miserable naufragio de España, y reducidos á las Astúrias, Galicia y Vizcaya; tenian mas confianza en la aspereza de aquellas fragatas de montes que en las fuerzas, tuvieron lugar para tratar entre sí cómo podrian recobrar su antigua libertad. Quejábanse en secreto que sus hijos y mujeres, hechos esclavos, servian á la deshonestidad de sus señores. Que ellos mismos, llegados á lo último de la desventura, no solo padecian el público vasallaje, sino cada cual una miserable servidumbre. Todos los santuarios de España profonados; los templos de los santos, unos con el furor de la guerra quemados y abatidos, otros despues de la victoria servian á la torpeza de la supersticion mahometana, saqueados los ornamentos y preseas de las iglesias; rastros do quiera de una bárbara crueldad y fiereza. En Munuza, que era gobernador de Gijon, aunque puesto por los moros, de profesion cristiano, en quien fuera justo hallar algun reparo, no se via cosa de hombre fuera de la figura y apariencia, ni de cristiano mas del nombre y hábito exterior; que les sería mejor par-

---

(1) Reliquias: restos.

tido morir de una vez que sufrir cosas tan indignas y vida tan desgraciada. Ya no trataban de recobrar la antigua gloria en un punto escurecida, ni el imperio de su gente, que por permission de Dios era acabado; solo deseaban alguna manera de servidumbre tolerable, y de vida no tan amarga como era la que padecian. Los que desto trataban tenian mas falta de caudillo que de fuerzas, el cual con el riesgo de su vida y con su ejemplo despertase á los demás cristianos de España y los animase para acometer cosa tan grande; porque como suele el pueblo, todos blasonaban y hablaban atrevidamente, pero todos tambien rehusaban de entrar en el peligro y en la liza: el vigor y valor de los ánimos caido, la nobleza de los godos con las guerras por la mayor parte acabada. Solo el infante Don Pelayo, como el que venia de la alcuña (1) y sangre real de los godos, sin embargo de los trabajos que habia padecido, resplandecia y se señalaba en valor y grandeza de ánimo, cosa que sabian muy bien los naturales; y aun los mismos que no le conocian, por la fama de sus proezas y de su esfuerzo, como suele acontecer, le imaginaban hombre de grande cuerpo y gentil presencia. Sucedió muy á propósito que desde Vizcaya, do estaba recogido despues del desastre de España, viniese á las Astúrias, no se sabe si llamado, si de su voluntad, por no faltar á la ocasion, si alguna se presentase, de ayudar á la patria comun. Por ventura (2) tenian diferencias sobre el señorío de Vizcaya, ca tres duques de Vizcaya hallo en las memorias de aquel tiempo, Eudon, Pedro y Don Pelayo. A la verdad, luego que llegó á las Astúrias todos

---

(1) *Alcuña*: alcurnia, linage.

(2) *Por ventura*: por acaso, por casualidad.

pusieron en él los ojos y la esperanza que se podría dar algun corte en tantos males y hallar algun remedio, si le pudiesen persuadir que se hiciese cabeza, y como tal se encargase del amparo y proteccion de los demás. A muchos atemorizaba la grandeza del peligro y hazaña que acometian con fuerzas tan flacas; parecia desatino, sin mayor seguridad, aventurarse de nuevo y exasperar las armas y los ánimos de los bárbaros; pero lo que rehusaban de hacer por miedo, cierto accidente lo trocó en necesidad. Tenia Don Pelayo una hermana en edad muy florida, de hermosura extraordinaria. Deseaba grandemente Munuza, gobernador de Gijon, casar con aquella doncella; porque como suelen los hombres bajos y que de presto suben, no sabia vencerse en la prosperidad, ni enfrenar el deseo deshonesto con la razon y virtud. No tenia alguna esperanza que Don Pelayo vendria en lo que él tanto deseaba. Acordó con muestra de amistad enviarle á Córdoba sobre ciertos negocios al capitán Tarif, que aun no era pasado en Africa. Con la ausencia de Don Pelayo fácilmente salió con su intento. Vuelto el hermano de la embajada y sabida la afrenta de su casa, cuán grave dolor recibiese, y con cuántas llamas de ira se abrasase dentro de sí, cualquiera lo podría entender por sí mismo. Dábale pena así la afrenta de su hermana como la deshonor de su casa; mas lo que sobre todo sentia era ver que en tiempo tan revuelto no podia satisfacerse de hombre tan poderoso, á cuyo cargo estaban las armas y soldados. Revolvía en su pensamiento diversas trazas; parecióle que sería la mejor, en tanto que se ofrecia alguna buena ocasion de vengarse, callar y disimular el dolor, y con mostrar que holgaba de lo hecho, burlar un engaño con otro engaño. Con esta traza halló ocasion de recobrar su hermana, con que se huyó á los

pueblos de Astúrias comarcanos, en que tenia gentes aficionadas y ganadas las voluntades de toda aquella comarca. Espantóse Munuza con la novedad de aquel caso; recelábase que de pequeños principios se podria encender grande llama; acordó de avisar á Tarif lo que pasaba. Despachó él sin dilacion desde Córdoba soldados que fácilmente hobieran á las manos á Don Pelayo por no estar bien apercebido de fuerzas, si avisado del peligro no escapara con presteza, y puestas las espuelas al caballo le hiciera pasar un rio que por allí pasaba, llamado Pionia, á la sazón muy crecido y arrebatado, cosa que le dió la vida; porque los contrarios que le seguian por la huella se quedaron burlados por no atreverse á hacer lo mismo, ni estimar en tanto el prenderle como el poner á riesgo tan manifiesto sus vidas. En el valle que hoy se llama Cangas y entonces Cánica tocó tambor y levantó estandarte. Acudió de todas partes gente pobre y desterrada con esperanza de cobrar la libertad; tenian entendido que en breve vendria mayor golpe (1) de soldados para atajar aquella rebelion. Muchos de su voluntad tomaron las armas por el gran deseo que tenian de hacer la guerra debajo de la conducta de Don Pelayo por la salud de la pátria y por el remedio de tantos males; algunos por miedo que tenian á los enemigos, y por otra parte movidos de las amenazas de los suyos y por el peligro que corrian de ambas partes, ora venciesen los cristianos, ora fuesen vencidos, de ser saqueados y maltratados por los que quedasen con la victoria, forzados acudieron á Don Pelayo, en particular los asturianos casi todos siguieron este

(1) *Mayor golpe*: mayor número, tropel.



partido. Juntó los principales de aquella nacion, amonestóles que con grande ánimo entrasen en aquella demanda antes que el señorío de los moros con la tardanza de todo punto se arraigase ....

Entre tanto que Don Pelayo decia estas palabras, los sollozos y gemidos de los que allí estaban eran tan grandes, que á las veces no le dejaban pasar adelante. Poníanseles delante los ojos las imájenes de los males presentes y de los que les amenazaban; el miedo era igual al dolor. Pero despues que algun tanto respiraron y concibieron dentro de sí alguna esperanza de mejor partido, todos se juramentaron y con grandes fuerzas se obligaron de hacer guerra á los moros, y sin excusar algun peligro ó trabajo ser los primeros á tomar las armas. Tratóse de nombrar cabeza, y por voto de todos señalaron al mismo Don Pelayo por su capitan y le alzaron por rey de España el año que se contaba de nuestra salvacion de 716.....

(MARIANA.—*Historia general de España.*)

#### BATALLA DE COVADONGA.

(718.)

.....Don Pelayo repartió los demás soldados por los lugares comarcanos, y él con mil que escogió de toda la masa se encerró en una cueva ancha y espaciosa del monte Auseva, que hoy se llama la cueva de Santa María de Covadonga. Apercibióse de provision para muchos dias; proveyóse de armas ofensivas y defensivas, con intento de defenderse si le cercasen y aun si se

ofreciese ocasion de hacer alguna salida contra los enemigos. Los moros, informados de lo que pretendia Don Pelayo, por la huella fueron en su busca, y en breve llegaron á la puerta y entrada de la cueva. Deseaban excusar la pelea y el combate, que no podia ser sin recibir daño en aquellas estrechuras; por esto acordaron de intentar si con buenas razones podrian rendir á aquella gente desesperada.....

Por la respuesta y palabras de Don Pelayo se entendió la resolucion que todos tenian de vencer ó morir en la demanda, pues apretados de tantas maneras, demas desto convidados con el perdon, no se querian entregar, ni daban oido á ningun partido. Fué pues forzoso venir á las manos y hacer fuerza á los cercados. Combatieron con todo género de armas y con un granizo de piedras la entrada de la cueva, en que se descubrió el poder de Dios favorable á los nuestros y á los moros contrario, ca las piedras, saetas y dardos que tiraban revolvian contra los que las arrojaban, con grande estrago que hacian en sus mismos dueños. Quedaron los enemigos atónitos con tan gran milagro; los cristianos, animados y encendidos con la esperanza de la victoria, salen de su escondrijo á pelear, pocos en número, súcios y de mal talle (1). La pelea fué de tropel y sin orden; cargaron sobre los enemigos con denuedo, que enflaquecidos y pasmados con el espanto que tenian cobrado, al momento volvieron las espaldas. Murieron hasta veinte mil dellos en la batalla y en el alcance; los demás desde la cumbre del monte Auseva, donde al principio se recogieron, huyendo pa-

(1) *De mal talle*: de mal aspecto.

saron al campo libanense, por do corre el rio Deva. Allí sucedió otro milagro, y fué que cerca de una heredad, que deste suceso, como yo pienso se llamó Causegadia, una parte de un monte cercano con todos los que en él estaban, de sí mismo se cayó en el rio y fué causa que gran número de aquellos bárbaros pereciesen. Duró por largo tiempo que se cavaban y descubrían en aquellos lugares pedazos de armas y huesos, en especial cuando con las crecientes del invierno las aguas comen las riberas, para muestra de aquella grande matanza.

(MARIANA.—*Historia general de España.*)

### EL CID.

(1094—1099.)

En este medio no estaban en ocio las armas de Rodrigo de Vivar, por sobrenombre el Cid; varón grande en obras, consejo, esfuerzo y en el deseo increíble que siempre tuvo de adelantar las cosas de los cristianos, y á cualquiera parte que se volviese, por aquellos tiempos el mas afortunado de todos. No podia tener sosiego, antes con licencia del rey D. Alonso, en el tiempo que él andaba ocupado en la guerra del Andalucía, como de suso (1) queda dicho, con particular compañía de los suyos revolió sobre los celtiberos, que eran donde ahora los confines de Aragon y Cas-

(1) De suso: arriba, anteriormente.

tilla, con esperanza de hacer allí algun buen efecto, por estar aquella gente con la fama de su valor amedrentada. Todos los Señores moros de aquella tierra, sabida su venida, deseaban á porfía su amistad. El señor de Albarracin, ciudad que los antiguos llamaron, quién dice Lobeto, quién Turia, fué el primero á quien el Cid admitió á vistas y luego á concertos; despues el de Zaragoza, al cual por la grandeza de la ciudad fué el Cid en persona á visitar. Recibióle el moro muy bien, como quier que tenia grande esperanza de hacerse señor de Valencia con ayuda suya y de los cristianos que llevaba....

El Cid nunca quiso dar guerra al rey de Valencia; escusóse con que estaba debajo del amparo del rey Don Alonso, su señor, y le sería mal contado si combatiere aquella ciudad sin licencia ó le hiciese cualquier desaguisado (1). Con esto el de Zaragoza se volvió á su tierra. El Cid con voz de defender el partido del rey de Valencia, sacó para sí hacer, como hizo, sus tributarios, á todos los señores moros de aquella comarca y forzar á los lugares y castillos que le pagasen pías cada un año. Con esta ayuda y con las presas, que por ser los campos fértiles eran grandes, sustentó por algun tiempo los gastos de la guerra. El rey Hiaya, como fuese antes aborrecido, de nuevo por la amistad de los cristianos lo fué mas; y el odio se aumentó en tanto grado, que los ciudadanos llamaron á los almoravides, que á la sazón habian extendido mucho su imperio, y con su venida fué el rey muerto, la ciudad tomada. El movedor deste consejo y trato, llamado Abenjafa, como

---

(1) *Desaguisado*: lo que se hace contra la ley ó la razon; agravio, injuria.

por premio se quedó por señor de Valencia. El Cid, deseoso de vengar la traicion, y alegre por tener ocasion y justa causa de apoderarse de aquella ciudad nobilísima, con todo su poder se determinó de combatir á los contrarios. Tenía aquella ciudad grande abundancia de todo lo que era á propósito para la guerra; guarnicion de soldados, gran muchedumbre de ciudadanos, mantenimientos para muchos meses, almacen de armas y otras municiones, caballos asaz: la constancia del Cid y la grandeza de su ánimo lo venció todo. Acometió con gran determinacion aquella empresa; duró el sitio muchos dias. Los de dentro, cansados con el largo cerco y reducidos á extrema necesidad de mantenimientos, demás que no tenían alguna esperanza de socorro, finalmente se le entregaron. El Cid, con el mismo esfuerzo que comenzó aquella demanda, pretendió pasar adelante; lo que parecia locura, se resolvió de conservar aquella ciudad: hazaña atrevida y que pusiera espanto aun á los grandes reyes, por estar rodeada de tanta morisma. Determinado pues en esto, lo primero llamó á Jerónimo, uno de los compañeros del arzobispo D. Bernardo, desde Toledo, para que fuese obispo de aquella ciudad. Demás desto hizo venir á su mujer y dos hijas, que, como arriba se dijo, las dejó en poder del abad de San Pedro de Cardeña. Al rey, por haber consentido benignamente con sus deseos, y en especial dado licencia que su mujer y hijas se fuesen para él, envió del botin y presa de los moros docientos caballos escogidos y otros tantos alfanges moriscos colgados de los arzones, que fué un presente real. En este estado estaban las cosas del Cid. Los infantes de Carrion Diego y Fernando, personas en aquella sazón en España por sangre y riquezas no-

bilísimos, bien que de corazones cobardes, por parecerles que con las riquezas y haberes del Cid podrían hartar su codicia por no tener hijo varón que le heredase, acudieron al rey y le suplicaron les hiciese merced de procurar y mandar les diesen por mujeres las hijas del Cid, doña Elvira y doña Sol. Vino el rey en ello, y á su instancia y por su mandado se juntaron á vistas el Cid y los infantes en Requena, pueblo no lejos de Valencia; hicieron las capitulaciones, con que los infantes de Carrion en compañía del Cid pasaron á Valencia para efectuar lo que deseaban. Las bodas se hicieron con grandes regocijos y aparato real. Los principios alegres tuvieron diferentes remates. Los mozos, como quier que eran mas apuestos y galanes que fuertes y guerreros, no contentaban en sus costumbres á su suegro y cortesanos, criados y curtidos en las armas. Una vez avino (1) que un leon, si acaso, si de propósito no se sabe, pero en fin, como se soltase de la leonera, ellos de miedo se escondieron en un lugar poco decente. Otro día en una escaramuza que se trabó con los moros que eran venidos de Africa, dieron muestra de rehusar la pelea y volver las espaldas como medrosos y cobardes. Estas afrentas y menguas que debieran remediar con esfuerzo, trataron de vengallas torpemente; y es así que ordinariamente la cobardía es hermana de la crueldad. Suero, tío de los mozos, en quien por la edad era justo hobiera algo mas de consejo y de prudencia, atizaba el fuego en sus ánimos enconados. Concertado lo que pretendian hacer, dieron muestra de desear volver á la pátria. Dióles el

(1) Avino: sucedió.

suegro licencia para hacello. Concertada la partida, acompañado que hobo á sus hijas y yernos por algun espacio, se despidió triste de las que muchas lágrimas derramaban y como de callada adivinaban lo que aparejado les esperaba. Con buen acompañamiento llegaron á las fronteras de Castilla, y pasado el rio Duero, en tierra de Berlanga, les parecieron á propósito para ejecutar su mal intento los robledales llamados Corpesios, que estaban en aquella comarca. Enviaron los que les acompañaban con achaques diferentes á unas y á otras partes; á sus mujeres sacaron del camino real, y dentro del bosque donde las metieron, desnudas, las azotaron cruelmente sin que les valiesen los alaridos y voces con que invocaban la fé y ayuda de los hombres y de los Santos. No cesaron de herirlas hasta tanto que cansados, las dejaron por muertas, desmayadas y revolcadas en su misma sangre. Desta suerte las halló Ordoño, el cual por mandado del Cid, que se recelaba de algun engaño, en traje disimulado los siguió. Llevólas de allí, y en el aldea que halló mas cerca las hizo curar y regalar con medicinas y comida. La injuria era atroz, la inhumanidad intolerable; y divulgado el caso, los infantes de Carrion cayeron comunmente en gran desgracia. Todos juzgaban por cosa indigna que hobiesen trocado beneficios tan grandes con tan señalada afrenta y deslealtad. Finalmente, los que antes sabian poco, comenzaron á ser en adelante tenidos por de seso menguado y sándios. El Cid, con deseo de satisfacerse de aquel caso y volver por su honra, fué á verse con el rey. Teníanse á la sazón en Toledo córtes generales y hallábanse presentes los infantes de Carrion, bien que afeados y infames por hecho tan malo. Tratóse el caso, y á pedimento del Cid señaló el rey jueces para deter-

minar lo que se debía hacer. Entre los demás era el principal D. Ramon, borgoñon, yerno del rey. Ventióse el negocio; oidas las partes, se cerró el proceso. Fué la sentencia primeramente que los infantes volbiesen al Cid enteramente todo lo que dél tenían recebido en dote, piedras preciosas, vasos de oro y de plata y todas las demás preseas de grande valor. Acordaron otrosí (1) que para descargo del agravio combatiesen y hiciesen armas y campo, como era la costumbre de aquel tiempo, los dos infantes y el principal movedor de aquella trama, Suero, su tio. Ofreciéronse al combate de parte del Cid tres soldados suyos, hombres principales, Bermudo, Antolin y Gustio. Los infantes, acusados de su mala conciencia, no se atrevian á lo que no podian excusar; dijeron no estar por entonces apercebidos, y pidieron se alargase el plazo. El Cid se fué á Valencia, ellos á sus tierras. No paró el rey hasta tanto que hizo que la estacada y pelea se hiciese en Carrion, y esto por tener entendido que no volverian á Toledo. Fueron todos en el palenque vencidos, y por las armas quedó averiguado haber cometido mal caso. Hecho esto, los vencedores se volvieron para su señor á Valencia. Las hijas del Cid casaron: doña Elvira con D. Ramiro, hijo del rey Don Sancho Garcia de Navarra, al que mató su hermano D. Ramon..... y doña Sol con D. Pedro, hijo del rey de Aragon, llamado tambien D. Pedro, que por sus embajadores las pidieron y alcanzaron de su padre. De D. Ramiro y doña Elvira nació Garcir Ramirez, rey que fué adelante de Navarra. Don Pedro falleció en vida de su padre sin dejar sucesion. Con

habíanse presentes los infantes de Carrion, para que los infantes y infantes por hecho tan malo. En caso de

(1) Otrosí: tambien. y á pedimento del Cid señalo el



estas bodas y con su alegría se olvidó la memoria de la afrenta y injuria pasada, y se aumentó en gran manera el contento que recibiera el Cid muy grande por la venganza que tomó de sus primeros yernos. La fama de las hazañas del Cid, derramada por todo el mundo, movió en esta sazón al rey de Persia á enviarle sus embajadores. Esto hizo mayor y mas colmado el regocijo de las fiestas, que un rey tan poderoso de su voluntad desde tan lejos pretendiese confederarse y tener por amigo un caballero particular. A vista de Valencia, por dos veces en diversos tiempos, se dió batalla al rey Búcar, que de Africa pasára en España, y por el esfuerzo del Cid y su buena dicha fueron vencidos los bárbaros, y se conservó la posesion de aquella ciudad por toda su vida, que fueron cinco años despues que la ganó. Llegó la hora de su muerte en sazón que estaba el mismo Búcar con un nuevo ejército de moros sobre la ciudad. Visto el Cid que muerto él no quedaban bastantes fuerzas para defendella, mandó en su testamento que todos hechos un escuadron se saliesen de Valencia y volviesen á Castilla. Hizose así; salieron varones, mujeres, niños y gran carruaje, y los estandartes enarbolados. Entendieron los moros que era un grueso ejército que salia á darles la batalla, temieron del suceso y volvieron las espaldas. Debíase á la buena dicha de varon tan señalado, que á los que tantas veces en vida venció, despues de finado tambien les pusiese espanto y los sobrepujase. Los cristianos continuaron su camino sin reparar hasta llegar á la raya de Castilla. Con tanto (1) Valencia, por quedar sin alguna guarnicion, volvió al

---

(1) *Con tanto*: entre tanto, mientras.

momento á poder de moros. Al partirse llevaron consigo los que se retiraban el cuerpo del Cid, que enterraron en San Pedro de Cardeña, monasterio que está cerca de Burgos. Las exequias fueron reales; halláronse en ellas el rey Don Alonso y los dos yernos del Cid; cosa muy honrosa, pero debida á tan grandes merecimientos y hazañas. Algunos tienen por fabulosa gran parte desta narracion; yo tambien muchas mas cosas traslado que creo, porque ni me atrevo á pasar en silencio lo que otros afirman, ni quiero poner por cierto en lo que tengo duda, por razones que á ello me nueven y otros las ponen.

(MARIANA.—*Historia general de España.*)

#### BATALLA DE LAS NAVAS.

(1212.)

Otro dia lunes á la media noche sonó en las tiendas de los justos voz de alegría, e comenzó el pregonero á pregonar que todos se aparejasen e se guisasen (1) para el dia de la lid de Nuestro Señor Jesucristo, e comenzasen de se armar los caballeros los cuerpos, e todos ficiéronlo así. E ellos armados todos dijéronles la misa de la Cruz. E la misa acabada, ficieron todos la confesion, e absolvielos á todos el arzobispo D. Rodrigo. E luego tomaron sus armas, e apartáronse en el campo, e ordenaron sus haces (2) así como lo habian entre sí puesto....

(1) *Se guisasen*: se preparasen.

(2) *Haces*: cuerpos ó tropas.

E los moros hicieron encima de un cabezo (1) á manera de plaza, de las astas de las saetas, e dentro estaba una haz buena de gente de pié. E enmedio desta plaza se asentó el Miramamolín, e tenia cerca de sí una espada, e tenia vestida una alquifara (2), que fuera de Abdemalique el primero, rey de los almohades, e tenia cerca de sí el libro de su mala porfia, el cual dicen Alcorán. E fuera de aquella plaza estaban otras haces de peones, que hicieron gran caba, e metieron en ella hasta los hinojos. E estaban dos á dos, unos delante e otros detrás, e tenían los muslos atados unos con otros, así que estoviesen firmes en la lid, por quanto estaban atados e tapiados e non podían huir. E delante de la plaza estaba una grande haz de caballeros de los almohades, muy bién armados e encabalgados, que era un grande espanto de los ver. A diestro e á siniestro estaban tantos de alarbes que no había cuento (3), e eran muy ligeros e muy atrevidos, e facian gran daño en los que no los habían usado (4), que cuando home cuidaba que fuian, entonces torvaban; e cuando cuidaban que eran vencidos, entonces se esforzaban; e cuando hallaban anchura e llano, entonces mataban. Estos andaban á una parte e á otra, e non tenían haz ninguna, porque hiciesen revolver las nuestras haces e derramar; porque los suyos non se pudiesen arrancar nin matar. E non creo que de los nuestros nin de los suyos ninguno pudiese decir ciertamente cuántos eran,

(1) *Cabezo*: el cerro alto ó cumbre de una montaña.

(2) *Alquifara*: manto.

(3) *No había cuento*: innumerables; que no podían contarse.

(4) *Los que no los habían usado*: los que no tenían costumbre ó práctica de pelear con ellos.

salvo que nos dijeron los moros que despues cautivamos que eran los moros de á caballo ochenta veces mil caballeros, e los de á pie que non se podia dar cuenta....

Los moros estovieron muy recios e muy fuertes en aquel lugar, e comenzaron á alongar (1) de sí los de la primera haz que tenia D. Diego Lopez de Haro, que sobian contra los moros por una sobida muy agra, e oviéronse algun poco á detener. E los de las haces de Castilla e de Aragon llegáronse en un tropel, e fueron á ayudar á los primeros, e fué allí la batalla muy grande, e estuvo la lid en prez (2) e en duda e en muy gran peligro, así que algunos, no de los mejores nin de los mayores, parecia que querian huir. Mas los de las primeras haces, e los de las medianeras de Castilla e de Aragon ayuntáronse todos en uno e lidiaban muy reciamente, e las costaneras otrosí pasáronse muy recias contra los moros; así que algunos de los pueblos como homes sin bien e sin vergüenza comenzaron ya como que querian fuir. El noble rey Don Alonso quando los vido, dijo así á grandes voces que todos lo oyeron, contra el arzobispo D. Rodrigo:—«¡Arzobispo: yo e vos aquí muramos!»—El arzobispo le dijo:—«Non quiera Dios que vos aquí murades, mas el dia de hoy vencereis aquí á vuestros enemigos.»—E el rey dijo:—«Vayamos apriesa á acorrer los de la primera haz, que estan en gran afincamiento».....—E nos, el arzobispo D. Rodrigo, damos testimonio delante de Dios e de los homes que el noble rey Don Alonso en todo esto

(1) *Alongar*: alejar, apartar.

(2) *Estuvo en prez*: fué gloriosa, reñida.

nunca mudó la color, nin la palabra, nin el continente: antes estuvo siempre muy sin miedo, como si fuese un leon, presto para morir ó vencer en toda guisa (1). Y él viendo que los que estaban en la delantera estaban aun en priesa e en queja non la pudo sofrir, mas aquejose (2) por los ir á acorrer (3). E enderezándolo Nuestro Señor, allegaron las señas (4) de los cristianos á la plaza á do estaba el Miramamolin. E la cruz otrosí, que siempre andaba delante del arzobispo de Toledo, traiala aquel dia un canónigo de Toledo que decian Domingo Pascual, e por todas las haces de los moros pasó, milagro de Nuestro Señor Jesucristo, sin ninguno de los suyos ser ferido, nin la cruz abatida, e duró todavia firme fasta el fin de la lid. E en el pendon de la provincia de Toledo estaba la imágen de la bendita e gloriosa Virgen Santa Maria, amparadora de España. E al golpe que llegó el pendon de la imágen de Santa María, los moros, que fasta aquella hora estuvieron fuertes e recios, luego volvieron las espaldas e comenzaron á fuir, e los cristianos firiendo e matando en ellos muy cruelmente de grandes feridas. E el Miramamolin, quando aquello vido, e con la gran queja que los cristianos daban en él e en los suyos, e por consejo de su hermano, que decian Cid Alazari, cabalgó en una yegua overa e fuyó con cuatro caballeros solos, que le fueron acompañando en aquel peligro, e llegó á Baeza.... E el campo yacia tan lleno de los moros muertos que non podíamos pasar por cima con muy buenos caballos que

(1) *Guisa*: manera.

(2) *Aquejose*: apresuróse.

(3) *Acorrere*: socorrer, amparar.

(4) *Señas*: pendones, banderas.

traíamos sobre los moros, si non con gran peligro.... E el alcancé duró por todas partes fasta en la noche. E de los nuestros non faltaron por todos si non fasta veinte e cinco homes muertos.

Cuales e cuantas cosas hicieron allí los ricos homes de Castilla e de Aragon e de Navarra, e los caballeros e todos los otros non creo que ninguno lo pudiese contar, que non podía home tener ojo á tanto quanto cada uno facia....

E esto así acabado, á la merced de Dios tornamos cuando se queria poner el sol, e asentámonos en las tiendas e real (1) de los moros, muy cansados, pero con mucha alegría, e muy esforzados por cuanta merced Dios nos ficiera. E ninguno de nos tornó á su real, si non homes de á pie, que fueron á traer algunas cosas de las que allí teníamos.... E los que quisieron robar, e cojer el campo fallaron mucho oro e plata e muchos paños preciados de oro e seda, e muchas joyas otras, e muchos dineros e vasos e tazas, e todo esto ovieron los homes de pie e algunos caballeros de Aragon. E los que habian celo de la Fe, e amor de Nuestro Señor Dios, e amaban la ley, e tenian vergüenza nunca tocaron en cosa ninguna, si non por alcanzar, matar e vencer. Ca el vencer les era riqueza, corona e gloria. E en aquello se trabajaron fasta la noche. E el arzobispo de Toledo hobiera defendido so pena de descomunión que home ninguno se parase á robar, mas que todos metiesen mientes en servir á Dios e al rey, e facer bien por vencer. E quanto es de los camellos e de las otras bestias, e de la vianda que allí fincó (2), que los moros

(1) *Real*: campamento.

(2) *Fincar*: quedar, permanecer.

trajeron, non hay home que la pudiese tener en cuento. E aquel dia lunes, e otro dia martes fincamos ahí por descansar e folgar. E los homes de á pie acarrearón todo lo que teníamos en nuestro real. E como quier que home non podia facer esto que aquí diremos, magüer ello sea verdad, sabed que en aquellos dias que allí estovimos, non quemamos otra leña en el real de los moros si non las astas de las lanzas e de saetas que los moros tenían, e non acabamos la meatad dellas, como quier que á sabiendas las quemábamos non habiéndolo menester.

(*Historia de la gran batalla de las Navas de Tolosa, que venció el noble rey Don Alonso á los moros, por el ARZOBISPO D. RODRIGO; publicada en el Catálogo de los obispos de las Iglesias, catredales de la diócesis de Jaen, por D. MARTIN DE JIMENA: Madrid 1654.*)

#### MUERTE DE SAN FERNANDO.

(1252.)

Tratóse de pasar la guerra á Africa, y con este intento en las marinas de Vizcaya, por mandado del rey Don Fernando, se apercebía una nueva y mas gruesa armada, cuando una récia dolencia le sobrevino, de que finó en Sevilla á 30 de Mayo el año que se contaba de 1252. Reinó en Castilla por espacio de treinta y cuatro años, once meses, veinte y tres dias: en Leon veinte y dos años, poco mas ó menos. Fué varon dotado de

todas las partes (1) de ánima y de cuerpo que se podían desear; de costumbres tan buenas, que por ellas ganó el renombre de Santo; título que le dió no mas el favor del pueblo que el merecimiento de su vida y obras excelentes: muchos dudaron si fuese mas fuerte, ó mas santo, ó mas afortunado. Era severo consigo, exorable para los otros; en todas las partes de la vida templado, y que, en conclusion, cumplió con todos los officios de un varon y príncipe justo y bueno.

En ningun tiempo dió mayor muestra de santidad que á la muerte. Comulgóle D. Ramon, arzobispo de Sevilla. Al entrar el Sacramento por la sala se dejó caer de la cama, y puestos los hinojos en tierra, con un dogal al cuello y la cruz delante, como reo pecador pidió perdon de sus pecados á Dios con palabras de grande humildad; ya que queria rendir el alma demandó perdon á cuantos allí estaban: espectáculo para quebrar los corazones, y con que todos se resolvian en lágrimas. Tomó la candela con ambas las manos, y puestos en el cielo los ojos: «El reino, dijo, Señor, que me diste, y la honra mayor que yo merecia, te le devuelvo: desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo me ofrezco á la tierra: recibe, Señor mio, mi ánima, y por los méritos de tu santísima pasion, ten por bien de la colocar entre los tus siervos.» Dicho esto mandó á la clerecía cantasen las letanias y el *Te Deum laudamus*, y rindió el espíritu bienaventurado. A su hijo Don Alonso, que nombró por heredero poco antes de morir, dió muchos avisos, y juntamente le encomendó con mucho cuidado á la reina Doña Juana y sus hijos, de los cuales se ha-

no 1582. como en Castilla por espacio de treinta años.  
 las cosas que se hicieron en su vida y muerte.

(1) Partes: prendas, cualidades.



llaron á su muerte D. Fadrique, D. Enrique, y D. Felipe, que era electo prelado de Sevilla, y D. Manuel; D. Sancho, electo de Toledo, no se halló por estar en su iglesia. Luego, el dia siguiente, le hicieron el entierramiento y honras con aparato real. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia mayor de Sevilla.

(MARIANA.—*Historia general de España.*)

### GUZMAN EL BUENO.

(1292.)

Entre los personajes malvados que hubo en aquel siglo, y los produjo muy malos, debe distinguirse al infante D. Juan, uno de los hermanos del rey. Inquieto, turbulento, sin lealtad y sin constancia, habia abandonado á su padre por su hermano, y despues á su hermano por su padre. En el reinado de Sancho fué siempre uno de los atizadores de la discordia, sin que el rigor pudiese escarmentarle, ni contenerle el favor. A cualquiera sopro de esperanza, por vana y vaga que fuese, mudaba de senda y de partido, no reparando jamás en los medios de conseguir sus fines, por injustos y atroces que fuesen: ambicioso sin capacidad, faccioso sin valor, y digno siempre del odio y del desprecio de todos los partidos. Acababa el rey su hermano de darle libertad de la prision á que le condenó en Alfaro cuando la muerte del señor de Vizcaya, cuyo cómplice habia sido. Ni el juramento que entonces hizo de mantenerse fiel, ni la autoridad y consideracion que le

dieron en el gobierno, pudieron sosegarle. Alborotóse de nuevo, y no pudiendo mantenerse en Castilla, se huyó á Portugal, de donde aquel rey le mandó salir por respeto á Don Sancho. De allí se embarcó, y llegó á Tánger, y ofreció sus servicios al rey de Marruecos. Aben-Jacob, que pensaba entonces hacer guerra al rey de Castilla, le recibió con todo honor y cortesía, y le envió, en compañía de su primo Amir, al frente de cinco mil ginetes, con los cuales pasaron el Estrecho y se pusieron sobre Tarifa.

Tentaron primeramente la lealtad del alcaide, ofreciéndole un tesoro si les daba la villa; y la vil propuesta fué desechada con indignacion. Atacáronla despues con todos los artificios bélicos que el arte y la animosidad les sugirieron, mas fueron animosamente rechazados. Dejan pasar algunos dias, y manifestando á Guzman el desamparo en que le dejan los suyos, y los socorros y abundancia que pueden venir á ellos, le proponen que, pues habia hecho desprecio de las riquezas que le daban, si él partia con ellos su tesoro descercarian la villa. «Los buenos caballeros, respondió Guzman, ni compran ni venden la victoria.» Furiosos los moros, se aprestaban nuevamente al asalto, cuando el inicuo infante acude á otro medio mas poderoso para vencer la constancia del caudillo.

Tenia en su poder al hijo mayor de Guzman, que sus padres le habian confiado anteriormente para que le llevase á la corte de Portugal, con cuyo rey tenían deudo. En vez de dejarlo allí, se le llevó al Africa, y le trajo á España consigo; y entonces le creyó instrumento seguro para el logro de sus fines. Sacóle maniatado de a tienda donde le tenia, y se le presentó al padre, intimándole que si no rëndia la plaza le matarian á su

vista. No era esta la primera vez que el infame usaba de este abominable recurso. Ya en los tiempos de su padre, para arrancar de su obediencia á Zamora, habia cogido un hijo de la alcadesa del alcázar, y presentándole con la misma intimacion, habia logrado que se le rindiese. Pero en esta ocasion su barbarie era sin comparacion mas horrible, pues, con la humanidad y la justicia, violaba á un tiempo la amistad, el honor y la confianza. Al ver al hijo, al oir sus gemidos, y al escuchar las palabras del asesino, las lágrimas vinieron á los ojos del padre; pero la fé jurada al rey, la salud de la pátria, la indignacion producida por aquella conducta tan execrable, luchan con la naturaleza, y vencen, mostrándose el héroe entero contra la iniquidad de los hombres y el rigor de la fortuna. «No enjendré yo hijo, prorrumpió, para que fuese contra mi tierra; antes enjendré hijo á mi pátria para que fuese contra todos los enemigos de ella. Si Don Juan le diese muerte, á mí dará gloria, á mi hijo verdadera vida, y á él eterna infamia en el mundo y condenacion eterna despues de muerto. Y para que vean cuán lejos estoy de rendir la plaza y faltar á mi deber, allá va mi cuchillo, si acaso les falta arma para completar su atrocidad.» Dicho esto, sacó el cuchillo que llevaba á la cintura, lo arrojó al campo, y se retiró al castillo.

Sentóse á comer con su esposa, reprimiendo el dolor en el pecho para que no saliese al rostro. Entre tanto el infante, desesperado y rabioso, hizo degollar la victima, á cuyo sacrificio los cristianos que estaban en el muro prorrumplieron en alaridos. Salió al ruido Guzman, y cierto de donde nacia, volvió á la mesa diciendo: «Cuidé que los enemigos entraban en Tarifa.» De allí á poco los moros, desconfiados de allanar su constancia, y te-

miendo el socorro que ya venia de Sevilla á los sitiados, levantaron el cerco, que habia durado seis meses, y se volvieron á Africa sin mas fruto que la ignominia y el horror que su execrable conducta merecia.

(D. MANUEL JOSÉ QUINTANA.—*Vidas de españoles célebres.*)

### LOS ALMOGÁVARES.

La antigüedad, madre del olvido, por quien han perecido claros hechos y memorias ilustres, entre otras que nos dejó confusas, ha sido el origen de los almogávares; pero segun lo que yo he podido averiguar, fué de aquellas naciones bárbaras que destruyeron el imperio y nombre de los romanos en España, y fundaron el suyo, que largo tiempo conservaron con esplendor y gloria de grande majestad, hasta que los sarracenos en menos de dos años le oprimieron, y forzaron á las reliquias deste universal incendio que entre lo mas áspero de los montes buscasen su defensa, donde las fieras muertas por su mano les dieron comida y vestido. Pero luego su antiguo valor y esfuerzo, que el regalo y delicias tenian sepultado, con el trabajo y fatiga se restauró, y les hizo dejar las selvas y bosques, y convertir sus armas contra moros, ocupadas antes en dar muerte á fieras.

Con la larga costumbre de ir divagando, nunca edificaron casas ni fundaron posesiones; en la campaña, y en las fronteras de enemigos tenian su habitacion y el sustento de sus personas y familias; despojos de sarracenos, en cuyo daño perpétuamente sacrificaban las

vidas, sin otra arte ni oficio mas que servir pagados en la guerra; y cuando faltaban las que sus reyes hacian con cabezas y caudillos particulares corrian las fronteras, de donde vinieron á llamar los antiguos el ir á las correrías, ir en almugavería. Llevaban consigo hijos y mujeres, testigos de su gloria ó afrenta; y como los alemanes en todos tiempos lo han usado, el vestido de pieles de fieras, abarcas y antiparas (1) de lo mismo. Las armas una red de hierro en la cabeza á modo de casco; una espada y un chuzo algo menor de lo que se usa hoy en las compañías de arcabuceros, pero la mayor parte llevaban tres ó cuatro dardos arrojadizos. Era tanta la presteza y violencia con que los despedian de sus manos, que atravesaban hombres y caballos armados; cosa al parecer dudosa, si Desclot y Montaner no lo refirieran, autores graves de nuestras historias, adonde largamente se trata de sus hechos, que pueden igualar con los muy celebrados de romanos y griegos.

Cárlos, rey de Nápoles, puestos ante su presencia algunos prisioneros almugávares, admirado de la vileza del traje, y de las armas, al parecer inútiles contra los cuerpos de hombres y caballos armados, dijo con algun desprecio que si eran aquellos los soldados con que el rey de Aragon pensaba hacer la guerra. Replicóle uno dellos, libre siempre el ánimo para la defensa de su reputacion: «Señor, si tan viles te parecemos, y estimas en tan poco nuestro poder, escoje un caballero de los mas señalados de tu ejército con las armas ofensivas y defensivas que quisiere, que yo te ofrezco con sola mi espada y dardo de pelear en campo con él.» Cárlos, con

(1) *Antiparas*: cierto género de medias, calzas ó polainas que cubrian las piernas y piés solo por la parte de adelante.

deseo de castigar la insolencia del almugávar, aplazó el desafío, y quiso asistir y ver la batalla. Salió un francés con su caballo armado de todas piezas, lanza, espada y maza para combatir, y él almugávar con sola su espada y dardo. Apenas entraron en la estacada cuando le mató el caballo, y queriendo hacer lo mismo de su dueño, la voz del rey le detuvo y le dió por vencedor y por libre. Otro almugávar en esta misma guerra, á la lengua del agua, acometido de veinte hombres de armas, mató cinco antes de perder la vida.

(D. FRANCISCO DE MONCADA.—*Expedicion de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*).

#### ROGER DE FLOR.

(1277—1303.)

Roger de Flor, á quien los nuestros eligieron por general y suprema cabeza, nació en Brindiz, de padres nobles: su padre fué aleman, llamado Ricardo de Flor, cazador del emperador Federico; su madre italiana y natural del mismo lugar. Murió Ricardo en la batalla que Carlos de Anjou tuvo con Coradino, cuyas partes seguía por ser nieto de Federico, su príncipe y señor. Carlos, insolente con la vitoria, despues de haber cortado la cabeza á Coradino, confiscó las haciendas de todos los que tomaron las armas en su ayuda. Con esta pérdida quedó Roger y su madre con suma pobreza, y con la misma se crió hasta edad de quince años, que

un caballero francés, religioso del Temple, llamado Vassail, se le aficionó con ocasion de asistir en Brindiz con el Alcon, nave del Temple, cuyo capitán era. Navegó juntamente con él Roger algunos años, y ganó tan buena opinion en el ejercicio que profesaba, que la Religion le recibió por suyo, dándole el hábito de fray sargento, en aquel tiempo casi igual al de caballero. Con él Roger comenzó á ser conocido y temido en todo el mar de Levante, y al tiempo que Ptolemaide, dicha por otro nombre Acre, se rindió á las armas de Melech Taseraf, sultan de Egipto, Roger, como refiere Pachimerio, era uno de los que asistían en un convento del Temple; y viendo que la ciudad no se podia defender, recogió muchos cristianos en un navio, con la hacienda que pudieron escapar de la crueldad y furia de los bárbaros.

No le faltaron á Roger enemigos de su misma Religion, que envidiosos de sus buenos sucesos, le descompusieron con su maestro, haciéndole cargo que se habia aprovechado por caminos no debidos á su profesion, y defraudado los derechos comunes, y alzándose con todos los despojos que sacó de Acre; que como ya esta célebre y famosa Religion se hallaba en su última vejez y cerca de su fin, sus partes se habian enflaquecido con los vicios de la mucha edad y tiempo. La envidia, la avaricia y ambicion habian ocupado sus ánimos en lugar del antiguo valor y de la mucha conformidad y piedad cristiana que los hizo tan estimados y venerados en todas las provincias.

Quiso el maestré con esta primera acusacion prendelle, pero Roger tuvo alguna noticia destes intentos, y conociendo la codicia de su cabeza y ruindad de sus hermanos, no le pareció aguardar en Marsella, donde á

la sazón se hallaba, sino retirarse á lugar mas seguro y dar tiempo á que la falsa y siniestra acusacion se desvaneciese. Retiróse á Génova, donde ayudado de sus amigos, y particularmente de Ticin de Oria, armó una galera, y con ella fué á Nápoles, y ofrecióse al servicio de Roberto, duque de Calábria, á tiempo que se prevenia y armaba para la guerra contra D. Fadrique. Hizo Roberto poco caso de su ofrecimiento y del ánimo con que se le ofrecia, juzgándole por tan corto como el socorro. Obligó á Roger este desprecio á que se fuese á servir á D. Fadrique, su enemigo, de quien fué admitido con muchas muestras de amor y agradecimiento.....

Fuese luego encendiendo la guerra entre Roberto y Fadrique, y Roger acreditóse en ella con importantes servicios, socorriendo diversas veces plazas apretadas del enemigo, y con la pequeña armada que llevaba á su cargo impidiendo la libre navegacion de los mares y costas de Nápoles, con que llegó á ser vicealmirante, y en menos de tres años hizo cosas tan señaladas que fué una de las mas principales causas de conservar á su principe en Sicilia, alcanzando juntamente para sí nombre inmortal y riquezas mas que de vasallo. En este estado se hallaba Roger cuando le tomaron los catalanes y aragoneses por general en la empresa que intentaban.....

Roger y las demás cabezas principales del ejército resolvieron que luego se enviasen dos embajadores al emperador Andrónico á proponelle su servicio. Hiciéronse las instrucciones, asistiendo á ellas con otros capitanes, Ramon Montaner, uno de los escritores de mayor crédito, que intervino siempre en los consejos y ejecuciones mas graves desta expedicion. Entregáronse á dos caballeros, cuyos nombres el tiempo y el descuido dejaron envueltos en tinieblas, para que luego partie-



sen á Constantinopla, y diesen su embajada de parte de toda la nacion. Llegaron en breves dias con una galera reforzada de Roger..... Propuso uno de los dos embajadores, el mas antiguo en años, su embajada: que los catalanes y aragoneses, despues de hechas las paces entre Cárlos, rey de Nápoles, y Don Fadrique, rey de Sicilia, á quien ellos servian, determinaron no buscar reposo en su pátria, sino acrecentar con nuevos hechos la gloria militar y fama adquirida en las pasadas guerras; que tenian para esto fuerzas bastantes en número y valor, soldados ejercitados por una larga y peligrosa guerra, capitanes conocidos por sus vitorias y nobleza de sangre; que en nombre de todos ellos le ofrecian su ayuda contra los turcos con doblado gusto y aficion por ocupar sus armas en favor de la casa de los Paleólogos, amigos únicos de la de Aragon.....

Quedaron los emperadores contentisimos con la no esperada embajada y ofrecimiento de los catalanes, á su parecer tan importante para sus intereses, porque entendieron que aquellos mismos que se les venian á ofrecer eran los que con tanto espanto y temor de toda Italia ganaron y sustentaron el reino de Sicilia. Agradeció con palabras magníficas el gusto con que toda la nacion le ofrecia servir, y con el mismo les recibió. Quiso que luego se platicasen las condiciones con que habian de militar; y así, los embajadores pidieron, conforme sus instrucciones, el sueldo para la gente de guerra, y que á Roger se le diese el titulo de *megaduque*, y por mujer una de sus nietas, porque queria con tales prendas asegurarse mas en su servicio. Andrónico, sin alterar ni mudar cosa de las que le pidieron, las concedió sin reparar en la calidad y estado de Roger, desigual al de su nieta.....

Remitió Andrónico los dos embajadores á Roger, concertado el casamiento, y le llevaron las insignias de megaduque, que es lo mismo que entre nosotros general de la mar; dignidad grande de aquel imperio, pero no de las mayores.....

Los embajadores volvieron á Sicilia, y hallaron á Roger en Licata, donde aguardaba su vuelta, y sabido el buen despacho que traian, se fué luego á ver con el rey, á dalle razon del honroso acogimiento que Andrónico hizo á sus embajadores, y cuán largo andaba en ofrecelles mercedes. Publicóse la jornada, y los capitanes recogieron su gente en Mesina, donde la armada se aprestaba, que en pocos dias estuvo en órden para navegar. Era la armada de treinta y seis velas, y entre ellas habia diez y ocho galeras y cuatro naves gruesas, la mayor parte armadas con dinero del rey y de Roger, que para la ejecucion desta jornada gastó la hacienda que adquirió en las guerras pasadas, y tomó veinte mil ducados de los genoveses en nombre del emperador Andrónico. Fué mucho menos el número de la gente de lo que se creyó, porque los dos Berengueres de Entenza y Rocafort no pudieron juntarse con Roger ni seguirle porque difirieron su partida para el siguiente año.....

Parecióle al emperador Andrónico que convenia á su seguridad y crédito dar á entender que los ofrecimientos hechos á los nuestros se habian de cumplir con mucha puntualidad, y para que esto se mostrase luego con las obras, dió principio por lo que parecia mas difícil, que fué el casamiento de Roger con su sobrina Maria, con que todos quedaron satisfechos, juzgando por ciertas las demás mercedes, como inferiores y mas fáciles de cumplir. Hiciéronse las bodas con la solemnidad de personas reales, porque el valor de Roger pudo

igualar la nobleza de la mujer. Era María hija de Azan, príncipe de los búlgaros, y de Irene, hermana de Andrónico; de quince años de edad, hermosa y por extremo entendida.

(MONCADA.—*Expedición de los catalanes* §c.)

#### ASESINATO DE ROGER DE FLOR.

(1304.)

En este tiempo, que los catalanes andaban llenos de tantos temores y esperanzas, ya Andrónico y Miguel trazaban de qué manera podían hacer un castigo señalado en ellos y castigar con sumo rigor su atrevimiento; que aunque esto claramente no lo dicen los historiadores griegos, el efecto lo publicó, y descubrió su alevosía. La desdichada suerte de Roger abrió el camino para que esto se ejecutase con gran seguridad de los griegos y notable pérdida nuestra. Llegóse el tiempo de la partida de Grecia para proseguir la guerra, y Roger determinó de ir á verse con Miguel Paleólogo para darle razon de lo que se había tratado con su padre en materia de la guerra, y pedirle dinero, como Nicéforo dice. Pero María, mujer de Roger, y su madre y hermanos, que como ladrones de casa, conocían bien la condicion de los suyos, sentían muy mal desta ida; y María, como á quien mas le importaba, advirtió á su marido en secreto que no se fuese ni se pusiese voluntariamente en las manos de Miguel y que no ofreciese la ocasion á quien con tanto cuidado la buscaba; que advirtiese

cuán huérfana quedaba ella, cuán desamparados los suyos si faltase su gobierno; que no se fiase tanto de su ánimo; que no diese crédito á sus palabras, nacidas no solo de su cuidado, pero de ciertas y seguras señales que tenia de que Miguel Paleólogo procuraba su ruina. Todas estas razones, acompañadas con lágrimas y ruegos, dijo María á su marido Roger, porque como griega y persona tan íntima de la casa del príncipe, aunque se recibían de ella porque no descubriese sus trazas, con todo este recato llegaban á su noticia muchas, que como mujer cuerda y cuidadosa de la vida del marido, pudo advertir y descubrir algo de lo que se maquinaba contra él. Hizo poco caso Roger de sus consejos, y ella cuanto menos recelo descubría en el marido, tanto mas crecía su cuidado, y procuraba intentar algunos medios para persuadirle; y el que debiera ser mas eficaz fué llamar á los capitanes mas principales del ejército, y descubrióles sus justas sospechas para que pidiesen á Roger que suspendiese su ida de Andrinópolis para visitar á Miguel Paleólogo. Al fin todos los capitanes juntos, á instancia de María, cuyas sospechas no les parecían vanas, fueron á Roger y le pidieron que dejase ó siquiera difiriese la jornada hasta estar mas asegurado y satisfecho del ánimo de Miguel. Respondióles resueltamente que por ningun temor que le pusiesen delante dejaria de hacer su viaje y cumplir con obligacion tan forzosa como visitar á Miguel, á quien debía el mismo respecto que al emperador su padre; que si antes de partir de Grecia para la jornada de Asia no se le daba razon de todos sus consejos y determinaciones, era darle ocasion de desavenirse con ellos; cosa de grande inconveniente para la conservacion de todos ellos; que los celos de María su mujer, nacían de amor y temor

de perdelle, y que pues eran sin otro fundamento no era justo que le detuviesen....

Resuelto ya de partirse, María su mujer con todos los de su casa no quiso quedarse en Galípoli, porque como tenia por cierta nuestra perdicion, no le pareció aventurarse, pues la obligacion de asistir en Galípoli faltaba con ausentarse su marido. Mandó Roger que Fernando Aones con cuatro galeras la llevase á Constantinopla, y él con trescientos caballos y mil infantes, dejando en su lugar á Berenguer de Entenza, caminó la vuelta de Andrinópolis, dicha por otro nombre Orestiade, ciudad principal de Tracia y corte de muchos emperadores y reyes, y que entonces lo era de Miguel....

Con el buen acogimiento que Miguel hizo á Roger y á los suyos creyeron que las sospechas de María fueron sin fundamento, y vivian tan sin cuidado ni recelo del daño que tan vecino tenian, que divididos y sin armas discurrían por la ciudad como entre amigos y confederados. Estaban dentro della los alanos con George, su general, cuyo hijo mataron en Asia los catalanes. Estaban tambien los turcoples, parte debajo del gobierno del búlgaro Basila; la otra obedecia á Meleco. Los romeos estaban debajo del gran primiserio Casiano y del duque y gran príncipe de compañías llamado Etriarca. Todos estos tuvieron por sospechosa la venida de Roger, y que solo venia á reconocer las fuerzas de Miguel, con pretexto de dalle la obediencia, y segun ellas disponer sus consejos. El que mas alteraba y movia los ánimos contra Roger y los catalanes era George, cabeza de los alanos, que con deseo de tomar satisfaccion, intentaba todos los medios que podia; finalmente, ó fuese por solo su motivo, ó con permission y órden del emperador Miguel, el dia antes de la partida de

Roger, estando comiendo con el emperador Miguel y la emperatriz Maria, gozando de la honra que sus principes le hacian, entraron en la pieza donde se comia George, alano, Meleco, turcople, con muchos de los suyos, y Gregorio: el primero cerró con Roger, y despues de muchas heridas, con ayuda de los suyos, le cortó la cabeza, y quedó el cuerpo despedazado entre las viandas y mesa del Príncipe, que se presumia habia de ser prenda segurísima de amistad, y no lugar donde se quitase la vida á un capitan amigo y de tantos y tan señalados servicios, huésped suyo, pariente suyo, y como tal honrado en su casa; en su mesa y en presencia de su mujer y suya.....

Este desastrado fin tuvo Roger de Flor, de edad de 37 años, hombre de gran valor y de mayor fortuna, dichoso con sus enemigos y desdichado con sus amigos; porque los unos le hicieron señalado y famoso capitan, y los otros le quitaron la vida. Fué de semblante áspero, de corazon ardiente, y diligentísimo en ejecutar lo que determinaba; magnífico, liberal, y esto le hizo general y cabeza de nuestra gente, pues con las dádivas granjeó amigos que le pusieron en este puesto, que fué uno de los mayores, fuera de ser emperador ó rey, que hubo en aquellos tiempos. Dejó á su mujer preñada, y despues parió un hijo que Montaner refiere que vivia en el tiempo que él comenzó su historia.

MONCADA. — (*Espedicion de los catalanes &c.*)

## DON PEDRO EL CRUEL.

(1350—1369.)

Luego que murió el rey Don Alonso, su hijo Don Pedro, habido en su legítima muger, como era razon fué en los mismos reales (de Algeciras) apellidado por rey, si bien no tenia mas de quince años y siete meses.... Su edad no era á propósito para cuidados tan graves; su natural mostraba capacidad de cualquier grandeza. Era blanco, de buen rostro, autorizado con una cierta majestad, los cabellos rubios, el cuerpo descollado; veíanse en él, finalmente, muestras de grandes virtudes, de osadía y consejo; su cuerpo no se rendia con el trabajo, ni el espíritu con ninguna dificultad podia ser vencido. Gustaba principalmente de la cetrería, caza de aves, y en las cosas de justicia era entero.

Entre estas virtudes se veían no menores vicios que entonces asomaban, y con la edad fueron mayores: tener en poco y menospreciar las gentes, decir palabras afrentosas, oír soberbiamente, dar audiencia con dificultad, no solamente á los extraños, sino á los mismos de su casa. Estos vicios se mostraban en su tierna edad: con el tiempo se les juntaron la avaricia, la disolucion en la lujuria y la aspereza de condicion y costumbres....

No faltaron perversos hombres que conquistaban la tierna edad y voluntad del rey con un pésimo género de servicio, que era proponerle todas las maneras de torpes entretenimientos, y ayudarle á conseguir sus deseos deshonestos, sin ningun respeto de lo honesto ni miedo de los hombres. En grandísimo perjuicio de la

república granjeaban el favor y privanza del rey. En el palacio todo era deshonestidad, fuera dél todo crueldad, á la cual todos los demás vicios reconocian y daban ventaja.....

Habiase el rey entregado de todo punto, para que le gobernase, á Doña María de Padilla y á sus parientes: ellos eran los que mandaban en paz y en guerra, por cuyo consejo y voluntad el rey y el reino se regian. Los grandes, y los mismos hermanos del rey, conformándose con el tiempo, caminaban tras los que seguian el tiempo próspero de su buena fortuna; y á porfía cada uno pretendia con presentes servicios y lisonjas, tener granjeada la voluntad de Doña Maria, con que se veia el reino lleno de una avenida de torpes y feas bajezas.....

El rey, con su acostumbrado descuido y desalmamiento, echó el sello á sus excesos con una nueva maldad tan manifiesta y calificada, que cuando las demás se pudieran algo disimular y encubrir, á ésta no se le pudo dar ningun color y excusa..... El rey, que no sabia refrenar sus apetitos y codicia, puso los ojos en Doña Juana de Castro, viuda, mujer que fué de don Diego de Castro, á quien ninguna en hermosura en aquel tiempo se igualaba, y pasaba el trabajo de su viudez con singular loa de su honestidad.

Sabia por cierto el rey, que por via de amores no cumpliria su deseo; procurólo con color de matrimonio. Fingió para esto que era soltero; alegó para esto que no estaba casado con su mujer Doña Blanca: presentó de todo indicios y testigos, que al fin al rey no le podian faltar. Nombró por jueces sobre el caso á D. Sancho, obispo de Avila, y á D. Juan, obispo de Salamanca. Ellos por sentencia que pronunciaron á favor del rey,



le dieron por libre del primer matrimonio. No se atrevieron á contradecir á un príncipe furioso. ¡Oh hombres nacidos, no ya para obispos, sino para ser esclavos! ¡Así pasaban los negocios por los desdichados hados de la infeliz Castilla!....

Luego que fué muerto Don Fadrique, (1) se partió el rey á grande priesa á Vizcaya; las manos, que ya tenia tintas en la fraternal sangre, queria en aquella provincia volverlas á ensangrentar con otro semejante ejemplo de severidad. Súpolo su hermano D. Tello, y huyóse á Francia en un navío, y de allí se fué á Aragon para vengar con las armas su injuria y la muerte del hermano. No faltó otro desdichado en quien, en su lugar, el rey ejecutase su saña: .....el infante D. Juan de Aragon..... Le hizo matar á sus maceros, y aun escribe un autor que él mismo le acabó de un golpe de jabalina que le dió con su propia mano. Su cuerpo le hizo echar de una ventana abajo, y caido en la plaza dijo á muchos vizcainos que le miraban: «Veis ahí á vuestro señor y al que demandaba el estado de Vizcaya.» Mandóle despues llevar á Búrgos, mas ni le dió sepultura ni se le hicieron las debidas honras ni obsequias, antes por mandado del rey, lo echaron en lo profundo del rio que nunca mas pareció. Con esto echó el sello y acabó de suplir lo que á un caso tan atroz faltaba de crueldad.... Prosiguióse por todo el reinó una grande carnicería, y de diversas partes le trageron á Búrgos seis cabezas de caballeros principales, que fué para él un espectáculo tan grato y apacible, quanto era horrendo y miserable á los hombres buenos que le miraban.....

(1) Por mandado del rey, su hermano, delante de sus ojos, por unos ballesteros de maza.

Dejadas pues las pláticas de paz volvía á encruelercerse la guerra, renovábanse las muertes, y crecían los odios.... Estaba el corazón del rey tan duro y obstinado que ningún motivo por tierno y miserable que fuese era poderoso para hacerle enternecer ó ablandar; parecía que le cegaba la divina justicia para que no huyese el cuchillo de su ira, que tenía ya levantado para descargarle sobre su cruel cabeza.....

Por vengar su ira, y hartar su corazón, mandó matar á dos hermanos suyos que tenía presos en Carmona; á D. Juan, que era de diez y ocho años, y á D. Pedro que no tenía mas de catorce, sin que le moviese á piedad la buena memoria de su padre el rey Don Alonso, ni á misericordia la inocencia y tierna edad de los inculpables hermanos suyos: ningún afecto blando podía mellar aquel acerado pecho.

Asombró esta crueldad á todo el reino; hizóse el rey mas aborrecible que antes. Refrescóse la memoria de tantas muertes de grandes y señores principales como, sin utilidad ninguna pública, ni particular injuria suya, ejecutó en pocos años un solo hombre, por mejor decir una carnícera, cruel y fiera bestia, tan bárbara y desatinada, que no tuvo miedo en un solo hecho quebrantar todas las leyes de humanidad, piedad, religion y naturaleza. Temblaban de miedo muchos ilustres varones, escarmentados en tanto número de cabezas de hombres señalados.....

Vuelto el Rey á Sevilla trató y hizo con el rey de Portugal en esta sazón, que se entregasen el uno al otro los caballeros que andaban huidos en sus reinos; asiento (1) en que quebrantaron su palabra y fé pública,

(1) Asiento: tratado, convenio.

alteraron la costumbre de los príncipes, y violaron el derecho de las gentes, que fué causa de otras nuevas muertes.....

Hizo al fin morir á la reina Doña Blanca con yerbas que por su mandado le dió un médico en Medina Sidonia, en la estrecha prision en que la tenia..... Abominable locura, inhumano, atroz y fiero hecho, matar á su propia mujer, moza de veinte y cinco años, agraciada, honestísima, prudente, santa, de loables costumbres y de la real sangre de la poderosa casa de Francia. No hay memoria entre los hombres, de mujer en España, á quien con tanta razon se le deba tener lástima como á esta pobre, desastrada y miserable reina.....

El rey Don Pedro, desamparado de los que le podian ayudar y sospechoso de los demás, lo que solo restaba se resolvió de aventurarse, encomendarse á sus manos y ponerlo todo en el trance y riesgo de una batalla..... Llevaba en su campo tres mil hombres de á caballo; pero la mitad dellos, mal pecado, eran moros y de quien no se tenia entera confianza, ni se esperaba que pelearian con aquel brio y gallardía que fuera necesario..... Con la hueste que hemos dicho bajó del Andalucía á Montiel, que es una villa en la Mancha y en los oretanos antiguos, cercada de muralla, con su pretíl, torres y barbacana, puesta en un sitio fuerte y fortalecida con un buen castillo. Sabida por Don Enrique la venida de Don Pedro, dejó á D. Gomez Manrique, arzobispo de Toledo, para que prosiguiese el cerco de aquella ciudad, y él con dos mil y cuatrocientos hombres de á caballo, por no esperar el paso de la infantería, partió con gran priesa en busca de Don Pedro. Al pasar por la villa de Orgáz, que está á cinco leguas de Toledo, se juntó con él Beltran Claquin con seiscientos caballos extranjeros

que traía de Francia; importantísimo socorro y á buen tiempo, porque eran soldados viejos y muy ejercitados y diestros en pelear..... Partió Don Enrique con esta caballería; caminó toda la noche, y al amanecer dieron vista á los enemigos antes que tuviesen nuevas ciertas que eran partidos de Toledo. Ellos, cuando vieron que tenían tan cerca á Don Enrique, tuvieron gran miedo y pensaron no hoviese alguna traicion y trato para dejarlos en sus manos; á esta causa no se fiaban los unos de los otros..... Los capitanes con mucha priesa y turbación hicieron recoger los mas de los soldados que tenían alojados en las aldeas cerca de Montiel; muchos dellos desampararon las banderas de miedo, ó por el poco amor y menos gana con que servían. Al salir del sol formaron sus escuadrones de ambas partes, y animaron sus soldados á la batalla. Don Enrique habló á los suyos....., luego con gran brio y alegría arremetieron á los enemigos; hirieron en ellos con tan gran denuedo, que sin poder sufrir este primer ímpetu en un momento se desbarataron. Los primeros huyeron los moros, los castellanos resistieron algun tanto; mas como se viesen perdidos y desamparados, se recogieron con el rey Don Pedro en el castillo de Montiel..... Don Enrique, visto como Don Pedro se encerró en la villa, á la hora la hizo cercar de una horma, pared de piedra seca, con gran vigilancia porque no se les pudiese escapar. Comenzaron los cercados á padecer falta de agua y de trigo, á lo poco que tenían les dañó de industria, á lo que parece, algun soldado de los de dentro, deseoso de que se acabase presto el cerco. Don Pedro, entendido el peligro en que estaba, pensó cómo podría huirse del castillo mas á su salvo. Hallábase con él un caballero que le era muy leal, natural de Trastámara; decíase

Men Rodriguez de Sanabria; por medio deste hizo á Beltran Claquin una gran promesa de villas y castillos y de docientas mil doblas castellanas, á tal que dejado á Don Enrique le favoreciese y le pusiese en salvo. Extrañó esto Beltran; decia que si tal consintiese incurriria en perpétua infamia de fementido y traidor; mas como todavía Men Rodriguez le instase, pidióle tiempo para pensar en tan grande hecho. Comunicado el negocio secretamente con los amigos de quien mas se fiaba, le aconsejaron que contase á Don Enrique todo lo que en este caso pasaba; tomó su consejo. Don Enrique le agradeció mucho su fidelidad, y con grandes promesas le persuadió á que con trato doble hiciese venir á Don Pedro á su posada, y le prometiese haria lo que deseaba. Concertaron la noche; salió Don Pedro de Montiel armado sobre un caballo con algunos caballeros que le acompañaban: entró en la estancia de Beltran Claquin con mas miedo que esperanza de buen suceso..... En esto entró Don Enrique armado; como vió á Don Pedro su hermano, estuvo un poco sin hablar como espantado; la grandeza del hecho le tenia alterado y suspenso, ó no le conocia por los muchos años que no se vieran. No es menos sino que los que se hallaron presentes entre miedo y esperanza vacilaban. Un caballero francés dijo á Don Enrique, señalando con la mano á Don Pedro: «Mirad que ese es vuestro enemigo.» Don Pedro, con aquella natural ferocidad que tenia, respondió dos veces: «Yo soy; yo soy.» Entonces Don Enrique sacó su daga y dióle una herida con ella en el rostro. Vinieron luego á los brazos, cayeron ambos en el suelo; dicen que Don Enrique debajo, y que con ayuda de Beltran, que les dió vuelta y le puso encima, le pudo herir de muchas puñaladas, con que le acabó de matar;

cosa que pone grima. Un rey, hijo y nieto de reyes, revolcado en su sangre, derramada por la mano de un su hermano bastardo. ¡Extraña hazaña! A la verdad, cuya vida fué tan dañosa para España, su muerte le fué saludable; y en ella se echa bien de ver que no hay ejércitos, poder, reinos ni riquezas que basten á tener seguro á un hombre que vive mal é insolentemente. Fué este un extraño ejemplo para que en los siglos venideros tuviesen que considerar, se admirasen y temiesen, y supiesen tambien que las maldades de los principes las castiga Dios, no solamente con el ódio y mala voluntad con que mientras viven son aborrecidos, ni solo con la muerte, sino con la memoria de las historias en que son eternamente afrentados y aborrecidos por todos aquellos que las leen, y sus almas sin descanso serán para siempre atormentadas.

(MARIANA.—*Historia general de España.*)

#### SUPPLICIO DE D. ÁLVARO DE LUNA.

(7 de Junio de 1453.)

Al magnífico e reverendo señor arzobispo de Toledo.

A vuestra merced largamente he narrado el fecho de la prision del maestre D. Alvaro, e cómo al rey dió la fortaleza de Portillo Alonso de Leon, e CCLXX doblas del maestre; á esta fortaleza fue pasado el maestre,

entregada al hijo del mariscal Iñigo de Stúñiga, e que se mandó á todo el consejo de los caballeros e de los doctores que ficiesen el proceso á D. Alvaro; e que el rey fue á Maqueda, e se la entregó Fernando de Rivadeneira, criado de D. Alvaro, aunque mejor le fuera no haber tirado al rey los tiros de pólvora que fizo tirar de la fortaleza; e que el rey andó á Escalona, e la fortaleza, aunque bien fuerte e proveida, se la entregó la mujer e el hijo del maestre que allí eran, porque así se lo aconsejó Diego de Avellaneda, que era alcaide del maestre; e aquí ovo el rey grande haber del maestre. E á él, que preso en Portillo lo tenía Diego de Stúñiga, hijo del mariscal, se llevó á Valladolid; e luego el maestre se metió en dos pensamientos asaz (1) uno contra el otro, que seria para lo librar ó que era para lo degollar.

A la fin con buena custodia de gente armada lo llevaba el hijo del mariscal á recado (2): e al camino, echados á mano, salieron unos frailes del convento del Abrojo, que sus conocidos eran, e sin le decir cosa de tristura ni de muerte, con él se andaban, e le decian que el mundo es un amo que mala soldada da á los que le sirven; e que el home sabio e cristiano la debe de tomar de Dios, que es el que quanto mas da mas lo mantiene, e que por último da un paraiso que fin no ha. E diz Diego de Stúñiga que lo guardaba, que el maestre tomó mala sospecha deste sermon, e que les demandó (3) si iba á morir; e el fraile le dijo que todos mientras vivos éramos, á morir íbamos, e que un home preso era mas vecino á morir, e quel era sentenciado

(1) *Asaz*: bastante.

(2) *A recado*: á su cargo, á su cuidado.

(3) *Demandó*: preguntó.

ya; e quel maestre dijo: fasta ser cierto de morir se puede temer el morir; mas en siendo cierto, no era la muerte tan espantosa á un cristiano, e quel era pronto e moriria, si el rey lo quisiese.

E ansi fue metido en Valladolid el maestre, e llevado á apear á la casa de Alonso Lopez de Vivero, á donde algunos allegados e mozos viles de la casa le ficieron un alarido desforme, e con feas palabras le decian que venia á morir á la casa del inocente quel habia matado: e que esto le embravó asaz al maestre, e Diego de Stúñiga con un cabo de lanza los comenzó á garrotear fasta que callaron. E pareció al rey que no pasase allí la noche el maestre, porque la gente de la casa no le alborotase la ánima, e fue llevado á casa de Alonso de Stúñiga, e diz que pasó una noche de gran contricion e dolor.

El rey no se holgaba mientras: que si la reina no anduviera alerta, aunque la sentencia era dada, e el palenque era fecho, yo por mí tengo que lo liberara el rey. E me mandó que á verle fuese; e yo supliqué á su señoría que tal no me mandase, que bien del maestre habia recebido, e yo no era (1) en que dejase de pagar sus pecados; mas el corazon se sumia en dolor de ver el mísero estado en que hombre tan señalado e alto era venido; e al rey le plugo que no fuese. Se confesó devotamente, e recibió el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo; é bien puesto para morir, segun que lo narra el virtuoso Fray Alonso de Espina, le sacaron para el cadalso. E delante le iban pregonando asi á la letra: «Esta es la justicia que manda facer el rey nuestro señor

---

(1) Yo no era, etc.... Yo no me oponia á que pagase sus pecados.



á este cruel tirano, usurpador de lo de la corona real, en pena de sus maldades: mándale degollar por ello.»

E dice el padre Espina que á cada vuelta (1) qué! pregon sonaba decia el maestre: «mas merezco,» con ánimo devoto e de valor. E llegado al cadalso fizo reverencia á la cruz que sobre un paño negro estaba; e luego miró un poco el garabato de fierro que en un palo estaba, e dijo otra vuelta: «mas merezco.» E se paseó por el cadalso, ca parece estuvo dubdando si fablaria al pueblo ó si callaria. E se quitó del pulgar un anillo que era de sellar las cartas de su puridad (2), e se lo donó á un page suyo que se llamaba Morales, e le dijo: «toma este postrimero don que te puedo facer:» e el page lloró tan fuertemente, que mucha de la gente que presente era en la plaza lloró tambien á grito alto. E llamó á Barrasa, criado del príncipe, que á un canto le viera, e le dijo: «dile al príncipe, mi señor, que mejor galardone á los que lealmente le servirán, que el rey mi señor me há á mí galardonado.» E los frailes le dijeron que pensase en la otra vida, e se desenabrazase de cosas desta vida; e D. Alvaro dijo que no por eso dejaba de facer lo del alma, que moria con la fé que los santos mártires. E el verdugo le quiso con un cordel atar ambas las muñecas; e don Alvaro sacó del seno una cinta, e se la dió para que le atase. E le demandó si el garabato era para meter en él su cabeza, e le dijo que sí, e dijo: «despues de yo degollado, el cuerpo e la cabeza nada son.» E luego se comenzó á componer la ropa, e descubrió el collar (3), e se tendió en

(1) *Vuelta*: vez.

(2) *Las cartas de su puridad*: sus cartas reservadas, particulares.

(3) *El collar*: el cuello.

el paño del cadalso: e el verdugo le cortó con gran sutileza el gargüero de primero, para matarlê de súbito porque menos dolor sintiera, e luego de vagar (1) le acabó de cortar la parte de hácia el cogote. E porque nada le faltase de lo que con los mas miseros se faz, fue demandada la limosna para lo enterrar; e despues de ajuntada buena cantía de dinero, lo llevaron á tres dias á la hermita que es fuera de la villa, donde á los malhechores entierran.

E así acabó sus dias este caballero tan levantado e tan abatido de la fortuna. E dice un criado de la cámara del rey que saberlo puede, que dos veces el rey llamó á Solís, su maestresala, e le dió un papel cerrado, e que lo llevase á Diego de Stúñiga antes que al condestable lo degollaran, e otras dos veces se lo volvió á tomar diciendo: «déjalo, déjalo;» e á lo último se echó sobre el lecho, e non le dijeron á S. A. que D. Alvaro era ya degollado hasta despues que ovo comido.

Yo mé siento tan adolorado deste subceso, que no sé como no lo mostrar; e mostrarlo es facer ofensa á la justicia que el rey guarda e á la bondad de S. A.; ca narro de vero, que si no es santo, es un rey muy arri-  
mado á la santidad. Nuestro Señor, &c.

(BACHILLER HERNAN GOMEZ DE CIBDADREAL.—*Centon epistolario.*)

(1) *Luego de vagar*: luego mas despacio.

### GUERRA DE GRANADA.

(1482—1485.)

En este tiempo, pues, que los moros tenían mas necesidad de conformidad, permitió Dios que sus fuerzas se disminuyesen con division, para que los Reyes Católicos tuviesen mas comodidad en hacerles guerra. Era Abil-Hascen hombre viejo y enfermo y tan sujeto á los amores de una renegada que tenía por mujer, llamada la Zoraya, no porque fuese este su nombre propio, si no por ser muy hermosa, la comparaban á la estrella del alba, que llaman Zoraya, que por amor della había repudiado á la Ayxa, su mujer principal, que era su prima hermana, y con grandísima crueldad hecho degollar algunos de sus hijos sobre una pila de alabastro, que se ve hoy día en los alcázares de la Alhambra, en una sala del cuarto de los Leones, y esto, á fin de que quedase el reino á los hijos de la Zoraya. Mas la Ayxa, temiendo que no le matase al hijo mayor llamado Abi-Abdilehí, ó Abí-Abdala, que todo es uno, se lo había quitado de delante descolgándole secretamente de parte de noche por una ventana de la torre de Comáres con una soga hecha de los almaizares y tocas de sus mujeres; y unos caballeros llamados los Abencerrages habían llevádole á la ciudad de Guadix, queriendo favorecerle, porque estaban mal con el rey, á causa de haberles muerto ciertos hermanos y parientes.....

Estas cosas fueron causa de que toda la gente prin-

cipal del reino aborreciesen á Abil-Hacen , y contra su voluntad trageron de Guadix á Abi-Abdilehí , su hijo, y estando un dia en los Alijares , le metieron en la Alhambra y le saludaron por rey; y cuando el viejo vino del campo, no le quisieron acoger dentro , llamándole cruel, que habia muerto sus hijos y la nobleza de los caballeros de Granada. El cual se fué huyendo con poca gente al valle de Lecrin y se metió en la fortaleza de Mondújar, y favoreciéndose del valeroso esfuerzo de un hermano que tenia, llamado también Abi-Abdeli ó Abdilehí, guerreó cruelísimamente con su hijo....

Estando pues las cosas en este estado, por el mes de marzo del año del Señor 4483 y del imperio de los alárabes 895, el marqués de Cádiz y D. Alonso de Cárdenas mestre de Santiago, y otros muchos caballeros entraron con sus gentes á correr el término de la ciudad de Málaga, que cae á la parte de Levante donde llaman la Jarquía; y recogiendo los moros de aquellos lugares, que son muchos, cuando ya volvian con gran presa dieron en ellos y los desbarataron, y mataron á D. Diego, D. Lope y D. Beltran, hermanos del marqués, y á D. Lorenzo y D. Manuel, sus sobrinos, y con ellos otros muchos parientes y criados suyos; y prendieron al conde de Cifuentes y á D. Pedro de Silva, su hermano, y á otros muchos caballeros. Esta fué la batalla que dicen de las lomas de Cútar, la cual fué á 24 de marzo, viernes por la mañana; y en ella fueron muertos y presos la mayor parte de los cristianos que allí se hallaron. Con esta victoria se ensoberbeció tanto el nuevo rey Abi-Abdilehí, que determinó de hacer una entrada por su persona en los lugares de la Andalucía, pareciéndole que toda aquella tierra estaria sin defensa por la mucha gente que se habia perdido en la Jarquia; y juntado

el mayor número de caballos y de peones que pudo, llevando consigo al Alatar, alcaide de Loja, y muchos caballeros de Granada, fué á poner su real sobre Lucena, villa del alcaide de los Donceles. Contáronnos algunos moros antiguos que saliendo el rey de Granada por la puerta Elvira, topó el asta del estandarte que llevaba delante en el arco de la puerta y se quebró, y que los agoreros le dijeron que no fuese mas adelante, sino que se volviese, porque le sucedería muy mal; y que llegando á la rambla de Beiro, como un tiro de ballesta de la ciudad, atravesó una zorra por medio de toda la gente y casi por junto al propio rey, y se fué sin que la pudiesen matar, lo cual tuvieron por tan mal agüero, que muchos moros de los principales se quisieron volver á la ciudad, diciendo que habia de ser su perdicion aquella jornada; mas el rey no quiso dejar de proseguir su camino, y llegando á Lucena, hizo talar los pñes, viñas y huertas de la comarca, y robar toda la tierra. Estaba á la sazón en la villa de Baena el conde de Cabra, y sabiendo la entrada del enemigo y el daño que hacia, recogió á gran priesa la mas gente que pudo y caminó con ella la vuelta de Lucena, para juntarse con el alcaide de los Donceles; lo cual sabido por el rey moro alzó su real, y con gran presa de captivos y de ganados se fué retirando la vuelta de Loja; y los cristianos, con mas ánimo que fuerzas, porque eran muy pocos en comparacion de los enemigos, siguieron luego al alcance, y en descubriéndolos, los acometieron en un arroyo que llaman de Martin Gonzalez, legua y media de Lucena, por el mes de abril deste año; y siendo Dios servido darles victoria, prendieron al rey Abi-Abdilehi, y matando al alcaide Alatar y otros muchos caballeros moros, cobraron la

presa que llevaban, y cargados de despojos con nueve banderas que ganaron aquel día, volvieron alegres y victoriosos á sus villas.

No fué de poco momento la prision del rey moro para la conquista de aquel reino, porque estando las cosas de los moros turbadas, entró el rey Don Hernando aquel año con su ejército en la vega de Granada, y haciendo grandes talas en los sembrados, huertas y viñas y en los términos de las villas de Íllora y Montefrío, cercó la villa de Tájora, que los moros habian vuelto á fortalecer, y la combatió y ganó por fuerza; y haciéndola destruir y asolar otra vez, volvió á invernar á Córdoba. Nació una competencia honrosa entre el conde de Cabra y el alcaide de los Donceles sobre á cual dellos pertenecia el prisionero rey; y los Reyes Católicos, gratificándoles cumplida y graciosamente aquel servicio, mandaron que se lo llevasen á Córdoba; los cuales lo hicieron así. Y estando en aquella ciudad trató el moro con ellos por medio de algunos caballeros que si le ponian en libertad seria su vasallo y les pagaria tributo en cada un año, y haria en su nombre guerra á los otros moros que no lo quiesiesen ser. Sobre esto hubo diversos pareceres entre los consejeros, y al fin se tuvo por buen consejo hacer lo que el moro pedia, considerando que mientras hubiese dos reyes enemigos en el reino de Granada tendrian los cristianos mejor disposicion de hacerles guerra; y no solamente le concedieron los Reyes Católicos lo que pedia, mas ofreciéronle que le favorecerian para que guerrearase con su padre y con los pueblos que durante su prision se le hubiesen revelado; y dándole libertad, le enviaron á su tierra. Llegado pues el moro á Granada, no fué tan bien recibido de los ciudadanos como se pen-

saba; porque cuando supieron las capitulaciones que dejaba hechas con los reyes cristianos, y que habia de ser su vasallo, los propios que habian puéstole en el reino fueron los primeros que se alzaron contra él, y favoreciendo la parte de Abi-Abdilehí, su tío, que tenia el bando del rey viejo, determinaron de hacer guerra á los cristianos. Y porque el tío y el sobrino tenian un mismo nombre, para diferenciarlos, y aun por oprobio del sobrino que habia estado captivo, le llamaron el Zogoybi, que quiere decir el desventuradillo, y al tío Zagal, que es nombre de valiente.

(LUIS DEL MÁRMOL CARVAJAL.—*Rebelion y castigo de los moriscos de Granada.*)

#### SITIO DE GRANADA Y FUNDACION DE SANTA FE.

(1491.)

Venida la primavera del año de nuestro Salvador 1491, los Católicos Reyes, habiendo estado el principio del año en Sevilla, partieron de allí pasada Pascua Florida para ir á cercar á Granada. El rey Don Hernando entró en la Vega, y mandó al marqués de Villena que con tres mil caballos y diez mil peones fuese al valle de Lecrin y destruyese todos los lugares que se habian alzado. Y porque si acaso los moros viniesen sobre él con mayor pujanza, no recibiese daño en la aspereza de aquellos cerros, como aquel que en nada se descuidaba, partió luego en su seguimiento con el resto del ejército. El marqués de Villena entró en el Valle, y

destruyendo los lugares bajos, que estaban mal apercebidos, volvió al Padúl con muchos captivos y despojos; mas encontrándole allí el rey, le mandó volver; y pasando mas adelante destruyó toda aquella tierra, porque esto era lo que convenia que se hiciese antes de poner cerco á Granada. Y aunque el Zogoybi, sabido el camino que el rey Don Hernando llevaba, envió algunos alcaides con mucha gente de á pié para que ocupasen los pasos de Tablate y Lanjaron, por donde necesariamente habian de pasar los cristianos, no fueron parte para defendérselo, porque los capitanes del rey acometieron el barranco de Tablate por la puente, y por otro paso dificultosísimo que estaba á la parte de arriba una legua de allí; y echando á los moros de las cumbres de aquellos cerros que tenian ocupadas, pasó el rey hasta Lanjaron, y allí estuvo mientras la gente destruia los lugares del valle y de la taa de Órgiba y otros de aquellas sierras. Hecho esto y talados todos los sembrados de la comarca, volvió el rey con todo su ejército al Padúl, y por aquella parte entró en la vega de Granada, y asentó su real junto á unas fuentes que llaman los Ojos de Huércal, y están dos leguas de aquella famosísima ciudad, con determinacion, siendo Dios servido, de no le alzar hasta ganarla. Duró este cerco ocho meses y diez dias, con gran contienda de entrambas partes, desde 26 dias del mes de Abril hasta 2 de Enero del año del Señor 1492. En el qual tiempo hubo hechos muy notables de caballeros y peones, así cristianos como moros, que procuraban señalarse en presencia de sus reyes, unos por fama, y otros por premio, y muchos por religion. A este cerco vino la Católica Reina Doña Isabel, que en todas las cosas graves y de mayor importancia se queria hallar, para animar con su real presencia á sus vasallos;



y trajo consigo al príncipe D. Juan y á la infanta Doña Juana, sus hijos. Y porque una noche se pegó fuego á la tienda de la reina con una vela que descuidadamente dejó encendida una moza de cámara, y se quemaron otras tiendas que estaban par della, los reyes mandaron hacer en el real casas de tapias cubiertas de teja, donde se metiese la gente, puestas por su orden con sus calles ordenadas en medio, y despues tomando las ciudades y los maestrazgos á su cargo de fortalecer cada cual su cuartel, hicieron una ciudad cercada de muros y de torres con una honda cava, dejando dos calles principales en medio derechas, puestas en cruz, que van á dar á cuatro puertas, que responden á los cuatro vientos, quedando en medio una plaza de armas espaciosa y ancha donde poderse juntar la gente del ejército. Cada edificador dejó una piedra con su epitáfio en la parte del muro que le cupo edificar, puesta en el lugar mas preeminente de su cuartel, las cuales verá todavía el curioso que anduviere al deredor dellos por la parte de fuera. A esta ciudad llamaron los Católicos Reyes Santa Fé, nombre digno de su conquista, y con ella quedó el real seguro de fuegos, y fuerte contra cualquier impetu de los enemigos, los cuales desmayaron luego que la vieron edificada, entendiendo que el cerco era de propósito y con presupuesto de no levantar de allí el real hasta ganarles á Granada.

(MÁRMOL CARVAJAL.—*Rebelion y castigo de los moriscos.*)

**ENTRADA DE LOS REYES CATÓLICOS EN GRANADA.**

(2 de Enero de 1492.)

Llegado el día señalado en que el rey moro había de entregar las fortalezas de la ciudad de Granada á los Reyes Católicos, que fué á 2 días del mes de Enero del año de nuestra salvacion 1492, y del imperio de los alárabes 902, y de la era de César 1533, conforme á la computacion árabe, que cuentan 41 años desde la era de César hasta el nacimiento de Cristo, el cardenal Don Pedro Gonzalez de Mendoza, arzobispo de Toledo, fué á tomar posesion dellas, acompañado de muchos caballeros y de un suficiente número de infantería debajo de sus banderas. Y porque, conforme á las capitulaciones, no había de entrar por las calles de la ciudad, tomó un nuevo camino, que ocho días antes se había mandado hacer, á manera de carril, para poder llevar las carretas de la artillería; el cual iba por defuera de los muros á dar al lugar donde está la ermita de San Anton, y por delante de la puerta de los molinos al cerro de los Mártires y á la Alhambra. Partido el cardenal con la gente que había de ocupar las fortalezas, luego partieron los Reyes Católicos de su real de Santa Fé con todo el ejército puesto en ordenanza, y caminando poco á poco por aquella espaciosa y fértil vega, pasaron á un lugar pequeño, llamado Armilla, que está media legua de Granada, donde paró la reina con todas las ordenanzas. Llegado el cardenal al cerro de las mazmorras de los Mártires, que los moros llaman Habul, salió á recibirle el rey Abdilehí, bajando á pié de la fortaleza de

la Alhambra, dejando en ella á Jucef-Aben-Comixa, su alcaide; y habiendo hablado un poco en secreto con él, dijo el moro en alta voz: «Id, señor, y ocupad los alcázares por los reyes poderosos á quien Dios los quiere dar por su mucho merecimiento y por los pecados de los moros;» y por el mismo camino que el cardenal había subido fué á encontrar al rey Don Hernando para darle obediencia. El cardenal entró luego en la Alhambra, y hallando todas las puertas abiertas, el alcaide Aben-Comixa se la entregó y se apoderó della, y á un mismo tiempo ocupó las torres bermejas y una torre que estaba en la puerta de la calle de los Goméres; y mandando arbolar la cruz de plata que le traian delante, y el estandarte real sobre la torre de la campana, como sus altezas se lo habian mandado, dió señal de que las fortalezas estaban por ellos. Habíase adelantado á este tiempo el rey Don Hernando, y caminaba hácia la ciudad en resguardo del cardenal, y la reina Doña Isabel estaba con toda la otra gente en el lugar de Armilla con grandísimo cuidado, porque le parecía que se tardaba en hacerle la señal; y cuando vió la cruz y el estandarte sobre la torre, hincando las rodillas en el suelo con mucha devocion, dió muchas gracias á Dios por ello, y los de su capilla comenzaron á cantar el himno de *Te-Deum laudamus*. El rey Don Hernando paró sobre la ribera del rio Genil, en el lugar donde agora está la ermita de San Sebastian, y allí llegó el rey moro, acompañado de algunos caballeros y criados suyos, y así á caballo como venia, porque su alteza no consintió que se apease, llegó á él y le besó en el brazo derecho. Hecho este acto de sumision, se apartaron los reyes; el Católico se fué á la Alhambra, y el pagano la vuelta de Andarax. Algunos quieren decir que volvió primero á

la ciudad y que entró en una casa donde tenia recogida su familia en la Alcazaba; mas unos moriscos muy viejos que, segun ellos decian, se hallaron presentes aquel dia, nos certificaron que no habia hecho mas de hacer reverencia al Rey Católico y caminar la vuelta de la Alpujarra, porque cuando salió de la Alhambra habia enviado su familia delante, y que en llegando á un viso que está cerca del lugar del Padul, que es de donde últimamente se descubre la ciudad, volvió á mirarla, y poniendo los ojos en aquellos ricos alcázares que dejaba perdidos, comenzó á sospirar réciamente, y dijo: *Alabaquibar*, que es como si dijésemos *Dominus Deus Sabaoth*, poderoso señor, Dios de las batallas; y que viéndole su madre sospirar y llorar, le dijo: «Bien haces, hijo, en llorar como mujer, lo que no fuiste para defender como hombre.» Despues llamaron los moros aquel viso el *Fex de Alabaquibar*, en memoria deste suceso. Volviendo pues á nuestros cristianos, que caminaban la vuelta de la ciudad, el rey y la reina y todos los caballeros y señores subieron á la Alhambra, y á la puerta de la fortaleza les dió el alcaide Jucef-Aben-Comixa las llaves della, y sus altezas las mandaron dar luego á D. Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla.....

Entrando pues sus altezas en la Alhambra, los capitanes de la infantería ocuparon las otras fortalezas, torres y puertas, pacíficamente, sin alboroto ni escándalo. Los moros de la ciudad se encerraron en sus casas, que no pareció ninguno si no eran los que necesariamente habian de servir en alguna cosa. Luego subieron los mas principales ciudadanos á hacer reverencia y besar las manos á sus altezas, mostrando mucho contento de tenerlos por señores. Y dende á pocos dias,

viendo la equidad de aquellos reyes y que les hacian guardar cuanto les habian prometido, acudieron á hacer lo mismo algunos lugares de la sierra y de la Alpujarra y todos los demás que hasta entonces no habian venido á darles ohediencia.

(MARMOL CARVAJAL.—*Rebelion y castigo de los moriscos.*)

### CRISTÓBAL COLON.

(1470—1486.)

Era Cristóbal Colon natural de Cugureo, ó como algunos quieren, de Nervi, aldea de Génova, ciudad de Italia muy nombrada. Descendia, á lo que algunos dicen, de los Pelestreles de Placencia de Lombardia. Comenzó de pequeño á ser marinero, oficio que usan mucho los de la ribera de Génova; y así, anduvo muchos años en Suria y en otras partes de Levante. Despues fué maestro de hacer cartas de navegar, por do le nació el bien. Vino á Portugal por tomar razon de la costa meridional de Africa, y de lo mas que portogueses navegaban para mejor hacer y vender sus cartas. Casóse en aquel reino, ó como dicen muchos en la isla de la Madera....

Propuso Cristóbal Colon de las ir á buscar (las Indias). Empero, quanto mas lo deseaba, tanto menos tenia con qué; porque allende de no tener caudal para bastecer un navio, le faltaba favor de rey para que si hallase la riqueza que imaginaba nadie se la quitase. Y viendo al rey de Portugal ocupado en la conquista de

Africa y navegacion de Oriente, que urdia entonces, y al de Castilla en la guerra de Granada, envió á su hermano Bartolomé Colon, que tambien sabia el secreto, á negociar con el rey de Inglaterra Enrique VII, que muy rico y sin guerras estaba, le diese navios y favor para descubrir las Indias, prometiendo traerle dellas muy gran tesoro en poco tiempo. E como trajo mal despacho, comenzó á tratar del negocio con el rey de Portugal Don Alonso el quinto, en quien tampoco halló favor ni dineros para ir por las riquezas que prometia; ca le contradecia el licenciado Calzadilla, obispo que fué de Viseo, y un maestre Rodrigo, hombres de crédito en cosmografía, los cuales porfiaban que ni habia ni podia haber oro ni otra riqueza al occidente, como afirmaba Colon; por lo cual se paró (1) muy triste y pensativo; mas no perdió por eso punto de ánimo ni de la esperanza de su buena ventura que despues tuvo. Y así, se embarcó en Lisboa y vino á Pálos de Moguer, donde habló con Martin Alonso Pinzon, piloto muy diestro, y que se le ofreció, y que habia oido decir cómo navegando tras el sol por via templada se hallarian grandes y ricas tierras; y con fray Juan Perez de Marchena, fraile francisco en la Rábida, cosmógrafo y humanista, á quien en puridad (2) descubrió su corazon, el cual fraile lo esforzó mucho en su demanda y empresa, y le aconsejó que tratase su negocio con el duque de Medina Sidonia, don Enrique de Guzman, gran señor y rico, e luego con D. Luis de la Cerda, duque de Medinaceli, que tenia muy buen aparejo en su puerto de Santa Maria para darle los navios y gente necesaria. Y como entrambos

(1) *Se paró*: se quedó.

(2) *En puridad*: en secreto.

duques tuvieron aquel negocio y navegacion por sueño y cosa de italiano burlador, que así habian hecho los reyes de Inglaterra y Portugal, animólo á ir á la corte de los Reyes Católicos, que holgaban de semejantes avisos, y escribió con él á Fray Fernando de Talavera, confesor de la reina Doña Isabel. Entró pues Cristóbal Colon en la corte de Castilla el año 1486: dió peticion de su deseo y negocio á los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel, los cuales curaron poco della, como tenían los pensamientos en echar los moros del reino de Granada. Habló con los que le decian privar y valer con los reyes en los negocios; mas como era extranjero y andaba pobremente vestido, y sin otro mayor crédito que el de un fraile menor, ni le creian ni aun le escuchaban, de lo cual sentia él gran tormento en la imaginacion. Solamente Alonso de Quintanilla, contador mayor, le daba de comer en su despensa, y le oia de buena gana las cosas que prometia de tierras nunca vistas, que le era un entretenimiento para no perder esperanza de negociar bien algun dia con los Reyes Católicos. Por medio pues de Alonso de Quintanilla tuvo Colon entrada y audiencia con el cardenal D. Pero Gonzalez de Mendoza, arzobispo de Toledo, que tenia grandísima cabida y autoridad con la reina y con el rey, el cual lo llevó delante dellos despues de haberle muy bien examinado y entendido. Los reyes oyeron á Colon por esta via y leyeron sus memoriales; y aunque al principio tuvieron por vano y falso cuanto prometia, le dieron esperanza de ser bien despachado en acabando la guerra de Granada, que tenían entre manos. Con esta respuesta comenzó Cristóbal Colon á levantar el pensamiento mucho mas que hasta entonces, y á ser estimado y graciosamente oido de los cortesanos, que hasta

allí burlaban dél, y no se descuidaba punto en su negociacion quando hallaba coyuntura. Y así, apretó el negocio tanto en tomándose Granada, que le diéron lo que pedia para ir á las nuevas tierras que decia, á traer oro, plata, perlas, piedras, especias y otras cosas ricas. Diéronle asimesmo los reyes la decena parte de las rentas y derechos reales en todas las tierras que descubriese y ganase sin perjuicio del rey de Portugal, como él certificaba. Los capitulos deste concierto se hicieron en Santa Fé, y el privilegio de la merced en Granada y en 30 de Abril del año que se ganó aquella ciudad. Y porque los Reyes no tenían dineros para despachar á Colon, les prestó Luis de Sant Angel, su escribano de racion, seis cuentos de maravedises, que son en cuenta mas gruesa diez y seis mil ducados.

(FRANCISCO LOPEZ DE GÓMARA.—*Historia de las Indias.*)

#### DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO.

(1492—1493.)

Armó Cristóbal Colon tres carabelas en Palos de Moguer á costa de los Católicos Reyes, por virtud de las provisiones que para ello llevaba. Metió en ellas ciento y veinte hombres, entre marineros y soldados. De la una hizo piloto á Martin Alonso Pinzon, de otra á Francisco Martin Pinzon, con su hermano Vicente Yañez Pinzon, y él fué por capitan y piloto de la flota en la mayor y mejor, y metió consigo á su hermano Bartolomé Colon, que también era diestro marinero.



Partió de allí viernes 3 de agosto; pasó por la Gomera, una isla de las Canarias, donde tomó refresco. Desde allí siguió la derrota que tenia por memoria, y á cabo de muchos dias topó tanta yerba, que parecia prado, y que le puso gran temor, aunque no fué de peligro; y dicen que se volviera, sino por unos celajes que vió muy lejos, teniéndolos por certísima señal de haber tierra cerca de allí. Prosiguió su camino, y luego vió lumbre un marinero de Lepe y un Salcedo. A otro dia siguiente, que fué 11 de octubre del año 1492, dijo Rodrigo de Triana: «¡tierra, tierra!» á cuya tan dulce palabra acudieron todos á ver si decia verdad; y como la vieron, comenzaron el *Te Deum laudamus*, hincados de rodillas y llorando de placer. Hicieron señal á los otros compañeros para que se alegrasen y diesesen gracias á Dios, que les habia mostrado lo que tanto deseaban. Allí viérades los extremos de regocijo que suelen hacer marineros: unos besaban las manos á Colon, otros se le ofrecian por criados, y otros le pedian mercedes. La tierra que primero vieron fué Guanahani, una de las islas Lucayos que caen entre la Florida y Cuba, en la cual se tomó luego tierra, y la posesion de las Indias y Nuevo Mundo, que Cristóbal Colon descubria, por los Reyes de Castilla.

De Guanahani fueron á Barucoa, puerto de Cuba, donde tomaron ciertos indios; y tornando atrás á la isla de Haiti, echaron áncoras en el puerto que llamó Colon Real. Salieron muy aprisa en tierra, porque la capitana tocó en una peña y se abrió en parte que ningun hombre pereció. Los indios, como los vieron salir á tierra con armas y á gran prisa, huyeron de la costa á los montes, pensando que fuesen como caribes que los iban á comer. Corrieron los nuestros tras ellos, y al-

canzaron una sola mujer. Diéronle pan y vino y confites, y una camisa y otros vestidos, que venia desnuda en carnes, y enviáronla á llamar la otra gente. Ella fué y contó á los suyos tantas cosas de los nuevamente llegados, que comenzaron luego á venir á la marina y hablar á los nuestros, sin entender ni ser entendidos mas de por señas, como mudos. Traian aves, pan, fruta, oro y otras cosas, á trocar por cascabeles, cuentas de vidrio, agujas, bolsas y otras cosillas así, que no fué pequeño gozo para Colon. Saludáronse Cristóbal Colon y Guacanagari, rey, ó como allí dicen, cacique de aquella tierra. Diéronse presentes el uno al otro en señal de amistad. Trajeron los indios barcas para sacar la ropa y cosas de la carabela capitana que se quebró. Andaban tan humildes, tan bien criados y serviciales como si fueran esclavos de los españoles. Adoraban la cruz, dábanse en los pechos, é hincábanse de rodillas al Ave-María, como los cristianos. Preguntaban por Cipango; ellos entendian por Cibao, donde habia mucho oro: no cabia de placer Cristóbal Colon oyendo Cibao y viendo gran muestra de oro allí, y ser la gente simple y tratable; ni veia la hora de volver á España á dar nueva y muestra de todo aquello á los Reyes Católicos. Y así, hizo luego un castillejo de tierra y madera, con voluntad del cacique y con ayuda de sus vasallos, en el cual dejó treinta y ocho españoles con el capitán Rodrigo de Arana, natural de Córdoba, para entender la lengua y secretos de la tierra y gente, entre tanto que él venia y tornaba. Esta fué la primera casa ó pueblo que hicieron españoles en Indias. Tomó diez indios, cuarenta papagayos, muchos gallipavos, conejos (que llaman hutias), batatas, ajies, maíz, de que hacen pan, y otras cosas extrañas y diferentes de las nuestras, para

testimonio de lo que habia descubierto. Metió asimismo todo el oro que rescatado habian, en las carabelas, y despedido de los treinta y ocho compañeros que allí quedaban, y de Guacanagari, que lloraba, se partió con dos carabelas y con todos los demás españoles de aquel puerto real, y con próspero viento que tuvo llegó á Pálos en cincuenta dias, de la misma manera que dicho habemos halló las Indias.

Estaban los Reyes Católicos en Barcelona cuando Colon desembarcó en Pálos, y hubo de ir allá. Mas aunque el camino era largo, y el embarazo de lo que llevaba mucho, fué muy honrado y famoso, porque salian á verle por los caminos á la fama de haber descubierto otro mundo, y traer dél grandes riquezas y hombres de nueva forma, color y traje.....

Finalmente, él entró en la corte con mucho deseo y concurso de todos, á 3 de Abril, un año despues que partió della. Presentó á los Reyes el oro y cosas que traía del otro mundo; y ellos y cuantos estaban delante se maravillaron mucho en ver que todo aquello, esceptó el oro, era nuevo como la tierra donde nascia. Loaron los papagayos por ser de muy hermosas colores: unos muy verdes, otros muy colorados, otros amarillos, con treinta pintas de diversa color; y pocos dellos parecian á los que de otras partes se traen. Las hutias ó conejos eran pequeñitos, orejas y cola de raton, y el color gris. Probaron el ají, especia de los indios, que les quemó la lengua, y las batatas, que son raices dulces, y los gallipavos, que son mejores que pavos y gallinas. Maravilláronse que no hubiese trigo allá, sino que todos comiesen pan de aquel maiz. Lo que mas miraron fué los hombres, que traian cercillos de oro en las orejas y en las narices, y que ni fuesen blancos, ni negros, ni loros,

sino como tiriciados (1) ó membrillos cochos (2). Los seis indios se bautizaron, que los otros no llegaron á la corte; y el rey, la reina y el príncipe D. Juan, su hijo, fueron los padrinos, por autorizar con sus personas el santo bautismo de Cristo en aquellos primeros cristianos de las Indias y Nuevo Mundo. Estuvieron los reyes muy atentos á la relacion que de palabra hizo Cristóbal Colon, y maravillándose de oír que los indios no tenían vestidos, ni letras, ni moneda, ni hierro, ni trigo, ni vino, ni animal ninguno mayor que perro; ni navios grandes, sino canoas, que son como artesas hechas de una pieza. No pudieron sufrirse cuando oyeron que allá, en aquellas islas y tierras nuevas, se comian unos hombres á otros, y que todos eran idólatras; y prometieron, si Dios les daba vida, de quitar aquella abominable inhumanidad, y desarraigar la idolatría en todas las tierras de Indias que á su mando viniesen: voto de cristianísimos reyes, y que cumplieron su palabra. Hicieron mucha honra á Cristóbal Colon, mandándole sentar delante dellos, que fué gran favor y amor; ca es antigua costumbre de nuestra España estar siempre en pié los vasallos y criados delante el rey, por acatamiento de la autoridad real. Confirmáronle su privilegio de la decena parte de los derechos reales: diéronle título y oficio de almirante de las Indias, y á Bartolomé Colon de adelantado. Puso Cristóbal Colon alrededor del escudo de armas que le concedieron esta letra:

Por Castilla y por Leon

Nuevo mundo halló Colon.

(LOPEZ DE GÓMARA.—*Historia de las Indias.*)

(1) *Tiriciados*: ictiriciados, enfermos de ictiricia.

(2) *Cochos*: cocidos.

## ATENTADO CONTRA EL REY CATÓLICO.

(1492.)

Los reyes Don Fernando y Doña Isabel..... con dejar á D. Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla, por alcaide del Alhambra y capitán general de aquel nuevo reino, por principio del mes de Junio partieron de Granada la vuelta de Aragon. Llevaban en su compañía sus hijos el príncipe y las infantas. Entraron en aquel reino por la parte de Borgia, para donde tenían concertada la junta de la hermandad. De allí pasaron á Zaragoza, donde dieron orden que los jurados y otros oficiales del regimiento fuesen puestos en aquellos oficios, no por eleccion de los ciudadanos, como antes se acostumbraba, sino por nombramiento del rey, orden que no duró mucho tiempo. Llegaron á Barcelona por el mes de Octubre. Allí sucedió un caso atroz: tenia costumbre el rey Don Fernando de dar audiencia pública por lo menos un dia en la semana; sucedió que un viernes, á 7 de Diciembre, se entretuvo en ella mas de lo acostumbrado. Al salir de la audiencia, un hombre llamado Juan Canamares, catalán de nacion, natural de Remensa, sin ser sentido se llegó al rey, y con la espada desnuda le tiró un golpe para matalle, del cual quedó herido debajo de la oreja. Fué grande la turbacion de la ciudad; prendieron al malhechor por saber si alguno se lo habia aconsejado. Averiguóse que estaba loco y que acometió aquel caso por haber soñado que muerto el rey le sucederia en la corona; sin embargo le atenacearon vivo y despues de muerto le quemaron. (MARIANA.—*Historia general de España.*)

## LA REINA CATÓLICA Á SU CONFESOR.

(1492.)

Fué la herida tan grande, segun dice el doctor Guadalupe, que yo no tuve corazon para verla, tan larga y tan honda, que de honda entraba cuatro dedos, y de larga, cosa que me tiembla el corazon en decirlo, que en quien quiera espartára su grandeza, quanto mas en quien era. Mas hizolo Dios con tanta misericordia, que parece se midió el lugar por donde podia ser sin peligro, y salvó todas las cuerdas y el hueso de la nuca, y todo lo peligroso. De manera que luego se vió que no era peligrosa; mas despues de la calambre y el temor de la sangre, nos puso en peligro; y al seteno dia vino tal accidente, de que tambien os escribí yo ya sin congoja, mas creo que muy desatinada de no dormir. Y despues al seteno dia vino tal accidente de calentura, y de tal manera, que esta fué la mayor afrenta (1) de todas las que pasamos, y esto duró un dia y una noche; de que no diré yo lo que dijo San Gregorio en el oficio de Sábado Santo; mas que fué noche del infierno: que creed, padre, que nunca tal fué visto en toda la gente ni en todos estos dias, que ni los oficiales hacian sus oficios, ni persona hablaba una con otra; todos en romerías y en procesiones y limosnas; y mas prisa de confesar que nunca fué en Semana Santa, y todo esto sin amonestacion de nadie. Las iglesias y monasterios de continuo sin cesar de noche y de dia, diez y doce clérigos y frailes rezando: no se puede decir lo que pasaba.

(1) *Afrenta*: peligro, trabajo.

Quiso Dios por su bondad haber misericordia de todos; de manera que cuando Herrera partió, que llevaba otra carta mía, ya su señoría estaba muy bueno, como él habrá dicho, y despues acá lo está siempre (muchas gracias y loores á Nuestro Señor); dé manera que ya él se levanta y anda acá fuera, y mañana, placiendo á Dios, calvalgará por la ciudad á otra casa donde nos mudamos. Ha sido tanto el placer de verle levantado, cuanta fué la tristeza; de manera que á todos nos ha resucitado. No se como sirvamos á Dios tan grande merced, que no bastarian otros de mucha virtud á servir esto, ¿qué haré yo que no tengo ninguna? Esta era una de las penas que yo sentia, ver al rey padecer lo que yo merecia, no mereciéndolo él que pagaba por mí. Esto me mataba de todo: plegue á Dios que le sirva de aquí adelante como debo, y vuestras oraciones y consejos ayuden para esto, como siempre habeis hecho; mas agora mas en especial en esto que tanto os he encargado.

(DOÑA ISABEL LA CATÓLICA.—*Carta á Fr. Hernando de Talavera, arzobispo de Granada, fechada en Barcelona á 30 de Diciembre de 1492.*)

### EL GRAN CAPITAN.

(1453—1491.)

Gonzalo Fernandez de Córdoba, llamado por su excelencia en el arte de la guerra *el Gran Capitan*, nació en Montilla en 1453. Su padre fué D. Pedro Fernandez de Aguilar, rico-hombre de Castilla, que murió muy

mozo; y su madre doña Elvira de Herrera, de la familia de los Enriquez. Dejaron estos señores dos hijos, don Alonso de Aguilar, y Gonzalo, el cual se crió en Córdoba, donde estaba establecida su casa bajo el cuidado de un prudente y discreto caballero llamado Diego Cárcamo. Este le inspiró la generosidad, la grandeza de ánimo, el amor á la gloria y todas aquellas virtudes que despues manifestó con tanta gloria en su carrera. Ellas habian de ser su patrimonio y su fortuna, pues recayendo por la ley todos los bienes de su casa en su hermano mayor D. Alonso de Aguilar, Gonzalo no podia buscar poder, riqueza ni consideracion pública sino en su mérito y sus servicios.....

.....Fué llamado á Segovia por la princesa doña Isabel, que, casada con el príncipe heredero de Aragon, se disponia á defender sus derechos á la sucesion de Castilla contra los partidarios de la princesa doña Juana, hija dudosa de Enrique IV.....

Entonces fué cuando Gonzalo se presentó en Segovia; y si su juventud y su inesperienza no le dejaban tomar parte en los consejos políticos y en la direccion de los negocios, las circunstancias que en él resplandecian le constituian la mayor gala de la corte de Isabel. La gallardia de su persona, la majestad de sus modales, la viveza y prontitud de su ingenio, ayudadas de una conversacion fácil, animada y elocuente, le conciliaban los ánimos de todos, y no permitian á ninguno alcanzar á su crédito y estimacion. Dotado de unas fuerzas robustas, y diestro en todos los ejercicios militares, en las cabalgadas, en los torneos, manejando las armas á la española ó jugando con ellas á la morisca, siempre se llevaba los ojos tras de sí, siempre arrebatava los aplausos; y las voces unánimes de los que le contemplaban



le aclamaban príncipe de la juventud. Añadiase á estas prendas eminentes la que mas domina la opinion de los hombres, una liberalidad sin límites, y una profusion verdaderamente real. Cuando Covarrubias, un doméstico de la princesa, vino de su parte á decirle que cuánta gente traia consigo para señalarle larga y cumplida quitacion: «Yo, señor maestre-sala, respondió él, soy venido aquí no por respeto de interés, sino por la esperanza de servir á su alteza, cuyas manos beso.» Sus muebles, sus vestidos, su mesa eran siempre de la mayor elegancia y del lujo mas exquisito. Reprendiale á veces el prudente ayo aquella ostentacion, muy superior á sus rentas y aun á sus esperanzas, por magnificas que fuesen; y su hermano D. Alonso de Aguilar desde Córdoba le exhortaba á que se sujetase en ella y no quisiese al fin ser el escarnio y la burla de los mismos que entonces le aplaudian. «No me quitarás, hermano mio, contestó Gonzalo, este deseo que me alienta de dar honor á nuestro nombre y de distinguirme. Tú me amas, y no consentirás que me falten los medios para conseguir estos deseos, ni el cielo faltará tampoco á quien busca su elevacion por tan laudables caminos.» Esta dignidad y esta grandeza de espíritu le anunciaban ya interiormente, y como que manifestaban á España la gran carrera á que le llamaba el destino.....

Acabada la guerra de Portugal, y apaciguado el interior del reino, Isabel y Fernando volvieron su atencion á los moros de Granada..... Tuvieron estos la imprudencia de provocar á los cristianos, que estaban en plena paz con ellos, y tomar á Zahara, villa fuerte situada entre Ronda y Medinasidonia. Esta injuria fué la señal de una guerra sangrienta y porfiada, que duró diez años y se terminó con la ruina del poder moro. Gonzalo

servió en ella al principio de voluntario, despues de gobernador de Álora, y al fin mandando una parte de la caballeria. Apenas hubo en todo el discurso de esta larga contienda lance alguno de consideracion en que él no se hallase. Señalóse entre los mas valientes cuando la toma de Tájara, y lo mismo le aconteció en el asalto y ocupacion de los arrabales de Loja. Defendia esta plaza en persona el rey Moro Boabdil, poco antes cautivo, despues aliado, y últimamente enemigo del rey de Castilla. Loja no podia ya sostenerse, y aquel príncipe, encerrado en la fortaleza, no osaba rendirse, temiendo los rigores de su vencedor, justamente irritado contra él. En tal estrecho se acordó del agasajo y obsequios que habia recibido de Gonzalo durante su cautiverio, y esperando mucho de su mediacion, le convidó á que subiese al castillo para conferenciar juntos sobre el caso. Pidió Gonzalo al instante licencia á su rey para subir. Todos los cortesanos, y Fernando mismo, se lo desaconsejaban, recelando alguna alevosía de parte de aquel bárbaro.—«Pues el rey de Granada me llama, replicó él, para que le remedie por este camino, el miedo no me estorbará hacerlo, ni dejaré de aventurarlo todo por tal hecho.»—Con efecto subió á la fortaleza y persuadió á Boabdil á que se rindiese, asegurándole de la benignidad con que sería acogido por el rey de Castilla. Hizolo así, y entregada la plaza á condiciones harto favorables, pudo libremente irse el príncipe moro á sus tierras de Vera y Almería. Rindióse poco despues Íllora (1486) llamada el ojo derecho de Granada por su inmediacion á aquella ciudad y por su fortaleza. Gonzalo, que en esta ocasion hizo las mismas pruebas de valor y capacidad que siempre, quedó encargado por los reyes de la defensa de Íllora, y talando desde ella los campos del

enemigo, interceptando los víveres, quemando las alquerías, y aun á veces llegándose á las murallas de Granada y destruyendo los molinos contiguos, no dejaba á los infieles un momento de reposo. Dicese que entonces fué cuando ellos, espantados á un tiempo y admirados de una actividad y una inteligencia tan sobresalientes, empezaron á darle el título de *Gran Capitan* que sus hazañas posteriores confirmaron con tanta gloria suya.....

Quiso la Reina ver un dia mas de cerca á Granada, y Gonzalo la escoltaba de los primeros; los moros salieron á escaramuzar, y tuvieron que volverse con mucha pérdida; mas él, no contento con lo que habia hecho en el dia, se quedó en celada por la noche para dar sobre los granadinos que saliesen á recojer los muertos. Salieron con efecto, pero en tanto número, y cerraron con tal ímpetu, que su osadía pudo costar cara á Gonzalo, que cercado de enemigos, muerto el caballo, y desamparado de los suyos, hubiera perecido á no haberle socorrido un soldado dándole su caballo. Es sabido generalmente el rebato que hubo en el campo cuando se quemó la tienda de la reina por el descuido de una de sus damas. Gonzalo al instante envió á Íllora por la recámara de su esposa doña Maria Manrique, con quien, por muerte de doña Leonor de Sotomayor su mujer primera, se habia casado poco tiempo habia en segundas nupcias. La magnificencia de las ropas y muebles fué tal, tal la prontitud con que fueron traídos, que Isabel admirada, dijo á Gonzalo «que donde habia verdaderamente prendido fuego era en los cofres de Íllora;» á lo que respondió él cortesantemente «que todo era poco para ser presentado á tan gran reina.»

(QUINTANA.—*Vidas de españoles célebres.*)

## DESAFIO DE BARLETA.

(1502.)

El duque de Nemours, confiado en la superioridad de sus fuerzas, pensaba hostigar continuamente á los nuestros; y el hostigado era él mismo, teniendo que sufrir el desabrimiento de ver á los suyos casi siempre inferiores en las escaramuzas y reencuentros parciales que tenian, ya sobre forrajes y mantenimientos, ya sobre la posesion de los pueblos inmediatos á Barleta. Pero lo que mas alentó los ánimos de los nuestros y abatió á los franceses, fueron los dos célebres desafíos que sucedieron entonces. El primero fué entre españoles y franceses. Confesaban los enemigos que el español les era igual en la pelea de á pié; pero decian al mismo tiempo que era muy inferior á caballo: negábanlo los españoles, y decian que en una y otra lucha llevaban ventaja á sus contrarios, como estaba experimentado en los encuentros que diariamente ocurrían. Vino la altercacion á parar en que los franceses enviaron un mensaje á Barleta, proponiendo que si once hombres de armas españoles querian hacer campo con otros tantos de los suyos, ellos estaban prestos á manifestar al mundo cuán superiores les eran. El mensaje vino un lunes 19 de setiembre (1502), y se aplazaba para el dia siguiente, con la condicion de que los rendidos habian de quedar prisioneros. Aceptóse el duelo al punto: dierónse rehenes de una y otra parte para la seguridad del campo, y el puesto se señaló en un sitio junto á Arani, á mitad del camino entre Barleta y Viselo. Escogióronse de los

nuestros once campeones , entre los cuales el mas célebre era Diego García de Paredes , que á pesar de tres heridas que tenia en la cabeza quiso asistir á aquella honrosa contienda. Diéronseles las mejores armas, los mejores caballos ; nombróseles por padrino á Próspero Colonna , la segunda persona del ejército , y ya que estuvieron aderezados, el Gran Capitan hizolos venir ante sí, y delante de los principales caudillos les dijo: «Que no pudiendo dudar de la justicia de su causa y de cuán buenos y esforzados caballeros eran, debian esperar con certeza la victoria ; que se acordasen que la gloria y la reputacion militar, no solo de ellos mismos, sino la del ejército, la de la nacion y la de sus principes , dependia de aquel conflicto, y por tanto peleasen como buenos, y se ayudasen unos á otros, llevando el propósito de morir antes que volver sin la gloria de la batalla.»

Todos lo juraron animosamente, y á la hora señalada salieron , acompañados cada cual de su paje de armas, al lugar del desafio. Llegaron antes que sus contrarios, y luego que estuvieron al frente unos de otros, los padrinos les dividieron el sol, y las trompetas dieron la señal del combate. Arremetieron furiosamente, y del primer encuentro los nuestros derribaron cuatro franceses, matándoles los caballos ; al segundo los enemigos derribaron uno de los españoles, que cayendo entre los cuatro franceses que estaban á pié, y asaltado de todos ellos á un tiempo, le fué forzoso rendirse. A este punto un español mató á un francés de una estocada, y otro rindió á su contrario. Los dos que se habian rendido de una parte y otra se separaron fuera de la lid ; cayó otro francés del caballo, y por matarle ó rendirle todos los españoles cargaron sobre él, y todos los franceses arrebatadamente á defenderle. Heríanse de todos modos, con

las hachas, con los estoques, con las dagas; la sangre les corria por entre las armas, y el campo se cubria con los pedazos de acero que la violencia de los golpes hacia saltar en la tierra. Estremecianse los circunstantes y esperaban dudosos el éxito de una lucha que tan tenazmente se sostenia. En esta tercera refriega los españoles mataron cinco caballos de sus enemigos, y estos dos de los nuestros. Quedaban siete franceses á pié y dos á caballo, mientras que los españoles, siendo ocho á caballo y dos á pié, parecia que nada les quedaba ya sino echarse sobre sus adversarios para ganar la victoria. Acometieron pues á concluir la batalla; mas los franceses, atrincherándose entre los caballos muertos, flanqueados de sus dos hombres de armas que les quedaban montados, y asiendo de las lanzas que habia por el suelo, esperaron á sus contrarios, cuyos caballos, espantados á la vista de los cadáveres, se resistian á sus ginetes y se negaban á entrar. Varias veces embistieron y otras tantas tuvieron que retroceder: entonces García de Paredes á voces les decia que se apeasen y acometiesen á pié, que él no podia hacerlo por las heridas que tenia en la cabeza; y al mismo tiempo arremetió con su caballo á aportillar la trinchera, y solo por gran rato estuvo haciendo guerra á sus enemigos. Estos se defendieron de él, y le hirieron el caballo tan malamente, que tuvo que retirarse por no caer entre ellos. Mientras él peleaba así, los franceses movian partido y confesaban que habian errado en decir que los españoles no eran tan diestros caballeros como ellos, y que así podrian salir todos como buenos del campo. A los mas de los nuestros parecia bien este partido; mas Paredes no admitia ningun concierto: decia á sus compañeros que de ningun modo cumplieran con su honra sino rindiendo á aquellos hom-

bres ya medio vencidos; y mal enojado de que no siguiesen su dictámen, herido como estaba, perdida la espada de la mano, y no teniendo á punto otras armas, se volvió á las piedras con las que se habia señalado el término del campo, y empezó á lanzarlas contra los franceses. Parece al leer esto que se ven las luchas de los héroes en Homero y Virgilio, cuando, rotas las lanzas y las espadas, acuden á herirse con aquellas enormes piedras que el esfuerzo de muchos no podia mover de su sitio. Apearónse, en fin, los españoles; y los franceses, viéndolos venir, volvieron á ofrecer el partido de que la cosa quedase así, y ellos saliesen del campo, quedándose en él los nuestros, y recogiendo para sí los despojos que estaban esparcidos por el suelo. Habia durado la batalla mas de cinco horas; la noche era entrada, y Próspero Colonna aconsejó á los españoles que su honor quedaba en todo su puesto aceptando este partido. Hiciéroló así; canjearónse los dos rendidos uno por otro, y los franceses tomaron el camino de Viselo, los nuestros el de Barteta. Los jueces sentenciaron que todos eran buenos caballeros, habiendo manifestado los españoles mas esfuerzo, y los franceses mas constancia. Entre estos se señaló mucho el célebre Bayard, á quien se llamaba el «caballero sin miedo y sin tacha»; entre los nuestros los que mas bien pelearon fueron Paredes y Diego de Vera.

Sin embargo del honor adquirido por los españoles, el Gran Capitan quedó mal enojado del éxito de la batalla, y se dice que quiso castigar á los combatientes porque habiendo tenido esfuerzo para hacerse superiores en ella, no habian tenido constancia y saber para completar el triunfo y rendir á sus contrarios. Es notable aquí el honrado proceder de Paredes: él habia re-

ñido en la lid á sus compañeros por el concierto que hacian; él fué quien los defendió delante de su general, diciendo que pues sus contrarios confesaron el error en que estaban respecto á los españoles, no habia para qué tener en poco lo que se habia hecho, porque al fin los franceses eran tan buenos caballeros como ellos. «Por mejores los envié yo al campo,» respondió Gonzalo; y puso fin á la contestacion.

Quisieron todavía los nuestros apurar mas su ventaja, y al dia siguiente de la pelea Gonzalo de Aller, el caballero español que habia sido rendido, envió á desafiar al francés á quien habia cabido la misma suerte, diciendo que se rindió con mas justa causa que él; y que si otra cosa decia se lo haria conocer de su persona á la suya con sus armas y caballo. Aceptó el francés el desafío, pero no acudió al dia señalado; y Aller le arrastró pintado en una tabla á la cola de su caballo. Lo mismo le sucedió á Diego García con un oficial francés llamado Formans, que desafiado por los denuestos é injurias que escribia de los españoles é italianos, aceptó el duelo y no vino á medirse con el español. Por último, veinte y dos hombres de armas nuestros retaron otros tantos franceses, y ellos respondieron que no querian pelear tantos á tantos, y que de ejército á ejército se verian.

(QUINTANA.—*Vidas de españoles célebres*)



## BATAÑA DE CIRINOLA.

No prometia la trabajosa marcha que hicieron aquel día (27 Abril de 1593) los nuestros ningun suceso afortunado. Era el terreno por donde caminaban seco y arenoso, el calor del día grande, y superior la fatiga; caíanse los caballos y los hombres de sed y de cansancio; algunos, sofocados, morían. En vano hallaron pozos con agua: ésta, mas propia para bestias que para hombres, si les apagaba la sed, los dejaba inútiles á marchar. Algunos odres llenos de agua del Ofanto, que Gonzalo habia hecho prevenir á su salida de Cánas, no eran bastantes al ánsia y necesidad que todos tenían: uno y otro auxilio servia mas de confusión que de alivio. Gonzalo en aquel aprieto levantaba á los caídos, animaba á los desmayados, dábales de beber por su mano, y mandando que los caballos subiesen á las ancas á los infantes, dió el ejemplo con la orden, subiendo en el suyo á un alférez alemán. Si los enemigos, que ya se habian movido á seguirlos, los hubieran alcanzado en la llanura, tenían conseguida la victoria. Así toda el ánsia de Gonzalo era por llegar al sitio donde proyectaba sentar su campo y esperar allí el ataque de los franceses.

Cirinola está situada sobre una altura, y en el declive que forma el cerro habia plantadas muchas viñas defendidas por un pequeño foso. En este recinto sentó su real Gonzalo, agrandando el foso cuanto le permitió la premura del tiempo, levantando el borde interior

manera de rebellin, y guarneciéndole á trechos con gárrios y puntas de hierro para inutilizar la caballería enemiga. Recogieronse al fin las tropas al campo, y habiendo encontrado agua, el ánsia de apaciguar la sed los puso en confusion; de manera que toda la habilidad de Gonzalo y de sus oficiales apenas era bastante para llamarlos al deber y ponerlos en orden. En esto el polvo anunciaba ya la venida de los enemigos, y los corretores vinieron á avisarlo al general. Eran los nuestros cinco mil y quinientos infantes y mil y quinientos caballos, entre hombres de armas, arqueros y jinetes. Gonzalo los dividió en tres escuadrones, que colocó en tres diversas calles que formaban las viñas: uno de españoles mirando hácia Cirinola, mandado por Pizarro, Zamúdio y Villalba; otro de alemanes, regido por capitanes de su nacion; y el tercero de españoles, al cargo de Diego García de Parédes y Pedro Navarro, apostado junto á la artillería para ayudarla y defenderla; flanqueó estos cuerpos con los hombres de armas, que dividió en dos trozos, mandados por Diego de Mendoza y Próspero Colonna; á Fabricio su primo y á Pedro de Paz dió el cuidado de los caballos ligeros, que puso fuera de las viñas para que maniobrasen con facilidad. La pausa que hicieron los franceses, consultando lo que habian de hacer, dió lugar á estas disposiciones y á que la gente, tomando algun respiro, pudiese disponer el cuerpo y el espíritu á la pelea. La excesiva fatiga que habian sufrido aquel dia hacia dudar á Gonzalo de su resistencia, cuando Parédes, viéndole todo sumergido en estos pensamientos, «para ahora, señor, le dice, es necesaria la firmeza de corazón que siempre soleis tener: nuestra causa es justa, la victoria será nuestra, y yo os la prometo con los pocos españoles que aquí so-

mos.» Gonzalo admitió agradecido el venturoso anuncio, y se preparó á recibir al enemigo.

Estaba ya para caer la noche, y Nemours, mas prudente que dichoso, queria dilatar el ataque para el dia siguiente; pero sus oficiales, principalmente Alegre, creyendo ya asir la victoria y acabar con aquel ejército fugitivo, opinaban que se acometiese al instante, y Alegre añadía que no poida esto diferirse sin nota de cobardía. A esta increpacion Nemours, picado vivamente, dá la señal de embestir, y él se pone al frente de la vanguardia, compuesta de los hombres de armas. Seguiale Chandénier, coronel de los suizos, con otro escuadron, donde iba toda la infantería; y últimamente Alegre, con los caballos ligeros, cerraba las líneas, que no se presentaban totalmente de frente, sino con algun intervalo retrasada una de otra. Comenzó á disparar la artillería, que era igual de una y otra parte; pero con algun mas daño de los franceses, por dominarlos la española desde la altura. A las primeras descargas un accidente hizo volar la pólvora de los nuestros, y la llamarada que levanta parece abrasar todo el campo; se anuncia este revés á Gonzalo, y él con cara alegre contesta: «Buen ánimo, amigos; esas son las luminarias de la victoria. El duque de Nemours y su escuadron, para libertarse del mal que les hacia la artillería, acometieron la lanza en ristre y á toda carrera contra la parte de donde les venia el daño; mas halláronse allí atajados por el foso, por los gárfios de hierro y por la resistencia que les hizo el tercio que mandaba Paredes; siéndoles forzoso dar el flanco á los nuestros, y correr á buscar otro paraje menos defendido para saltar al campo. En esta ocasion tuvieron que sufrir todo el fuego de la escopetería alemana, que estaba mas allá; entonces cayó el

general francés muerto de un arcabuzazo, y los caballos que le seguían, sin jefe y sin orden, comenzaron á huir. El escuadrón mandado por Chandénier quiso probar mejor fortuna; pero fué recibido por la infantería española, que lanzaba todas sus armas arrojadas contra ellos, y no hizo efecto ninguno. El mismo Chandénier, que por la bazaría y brillo de sus armas y por su arrojo llamaba hácia sí la atención y los tiros, cayó también sin vida; caen al mismo tiempo los mejores capitanes suizos, y el desorden que esto causa hace inclinar la victoria hácia los españoles. Estos, queriendo apurar su ventaja, salieron de sus líneas. Paredes, al frente de su tercio, y el Gran Capitán con los hombres de armas, arrollan por todas partes á los enemigos, que á pesar del valor que emplearon Alegre y los príncipes de Melfi y Bisiñano, que iban en la retaguardia francesa, se vieron rotos y dispersos y se abandonaron á la fuga. La noche detuvo el alcance y atajó la mortandad. Próspero Colonna entró sin resistencia en el campamento enemigo, y viendo cerrada la noche, se alojó en la tienda del general francés, de cuya mesa y cena disfrutó, causando con su ausencia la mayor angustia á su primo Fabricio y al Gran Capitán, que viendo que no volvía le lloraban por muerto.

Este fué el éxito de la batalla de Cirinola, que si se regula por el número de los combatientes y por los muertos no se contará entre las mas grandes, pero que se hace muy ilustre por el acierto y conducta del general vencedor y por las consecuencias importantes que tuvo. Los ejércitos eran casi iguales, ó algo superior el de los franceses; de estos murieron cerca de cuatro mil, y de los nuestros algunos dicen que ciento, otros que nueve. La acertada elección de terreno y el

auxilio sacado del foso, unido á la temeridad de los enemigos, dieron la victoria y la hicieron poco costosa, á pesar de ser su caballería tan superior, que Gonzalo afirmaba que semejante escuadron de hombres de armas no habia venido á Italia mucho tiempo habia.

Al dia siguiente se halló entre los muertos el general francés, á cuya vista no pudo el vencedor dejar de verter lágrimas, considerando la triste suerte de un caudillo jóven, bizarro y galan en su persona, con quien tantas veces habia conversado como amigo y como aliado. Hízole llevar á Barleta, donde se hicieron sus exequias con la misma magnificencia y bizarría que si fuesen celebradas por sus huestes vencedoras; y él se dispuso á seguir el rumbo que su buena estrella le señalaba.

(QUINTANA—*Vida de españoles célebres.*)

#### TOMA DE ORÁN.

(1509.)

Haciáanse por toda Castilla grandes aparejos de gente, armas, vituallas y naves para pasar á la conquista de Africa. Entendia en esto el cardenal de España con tanta aficion y cuidado como si desde niño se criara en la guerra. Para dar mas calor á la empresa, no solo proveia de dinero para el gasto, sino determinó pasar en persona á Africa. La masa del ejército se hacia en Cartagena.... Acudieron hasta ochocientas lanzas de las guardas ordinarias, sin otra mucha gente que se mandó alistar

de á pié y de á caballo hasta en número de catorce mil hombres. Los principales caudillos Diego de Vera, que llevaba cargo de la artillería, y don Alonso de Granada Venegas, señor de Campo Tejar, que llevó á su cargo la gente de á caballo y de á pié del Andalucía por mandado del Rey Católico. El coronel Gerónimo Vianelo, de quien se hacia gran caudal para las cosas del mar, y por general el conde Pedro Navarro. Iban demás desto muchos caballeros aventureros. Estuvo la armada junta en el puerto de Cartagena el mes pasado, en que iban diez galeras, y otras ochenta velas; entre pequeñas y grandes. Antes de hacerse á la vela resultaron algunos desgustos entre el cardenal y el conde Pedro Navarro; la principal causa fué la condicion del conde poco cortesana y sufrida, en fin, como de soldado; y porque el cardenal nombró por capitanes algunos criados suyos de compañías que tenia ya el conde encomendadas á otros; pusiéronse algunos de por medio, concertaron que el conde hiciese pleito homenaje de obedecer en todo lo que el cardenal le mandase. Con tanto se hicieron á la vela; salieron del puerto de Cartagena un miércoles, á 16 del mes de Mayo, y otro dia, que era la fiesta de la Ascension, tomaron el puerto de Mazalquivir. Declaróse que la empresa era contra Orán, ciudad muy principal del reino de Tremecen, de hasta seis mil vecinos, asentada sobre el mar, parte extendida en el llano, parte por un recuesto arriba, toda rodeada de muy buena muralla; las calles maltrazadas, como de moros, gente poco curiosa en edificar. Dista de la ciudad de Tremecen por espacio de ciento y cuarenta millas, y está enfrente de Cartagena. Solia ser uno de los principales mercados de aquellas costas por el gran concurso de mercaderes ginoveses y catalanes que acudian á

aquella ciudad. La riqueza era tan grande, que de ordinario sustentaban armada de fustas y bergantines, con que hacian grandes daños en las costas del Andalucía. Llegaron los nuestros al puerto ya de noche; otro dia al alba comenzaron á desembarcar; en esto y en ordenar la gente se gastaron muchas horas. Formaron cuatro escuadrones cuadrados de cada dos mil y quinientos hombres y los caballos por los lados. Entre tanto que esto se hacia, el cardenal se entró en la iglesia de Mazalquivir. Al tiempo que los escuadrones estaban para acometer á los moros que acudieron á tomalles el paso para la ciudad é impedilles que no subiesen á la sierra, salió en una mula muy acompañado de clérigos y frailes, y por guion un Fray Hernando, religioso de San Francisco, que llevaba delante la cruz, y ceñida su espada sobre el saco, como todos los demás que allí se hallaron por orden del cardenal, que ántes de acometer habló á los soldados.....

Cercáronle los soldados y capitanes; suplicáronle volviese á rogar á Dios por ellos, que confiaban en su Magestad cumplirian todos muy enteramente con lo que era razon y su razonamiento les obligaba. Condescendió con sus ruegos, volvióse á Mazalquivir, y en una capilla de San Miguel continuó en lágrimas y gemidos todo el tiempo que los suyos pelearon. Eran ya las tres de la tarde. El conde por quedar tan poco tiempo estuvo dudoso si dejaria la pelea para el dia siguiente. Acudió al cardenal. El fué de parecer que no dejase resfriar el ardor de los soldados. Luego dada la señal de acometer, comenzaron á subir la sierra; y dado que los moros, que se mostraban en lo alto en número de doce mil de á pié y á caballo, sin los que de cada hora se les allegaban, arrojaban piedras y todo

género de armas, llegaron los nuestros á encumbrar. Adelantáronse algunos soldados de Guadalajara contra el orden que llevaban. Destos uno, por nombre Luis de Contreras, fué muerto, y los otros forzados á retirarse. Cortaron la cabeza al muerto, lleváronla á la ciudad, entregáronla á los mozos y gentes soez, que la rodaban por las calles apellidando que era muerto el Alfaquí, que así llamaban al cardenal. Vióla uno de los cautivos que otro tiempo estuvo en su casa, advirtió que le faltaba un ojo y que las facciones eran diferentes. Dijo: — «No es esta cabeza de nuestro Alfaquí por cierto, sino de algun soldado ordinario.»—Los de á caballo, que iban por la falda de la sierra, comenzaron á escaramuzar. Descargó la artillería, que hizo algun daño en los enemigos. Los peones llegaron á las manos con los contrarios, y poco á poco les ganaron parte de la sierra, que era muy agria, hasta llegar á unos caños de agua. Reparó allí la gente un poco. Pasaron la artillería á lo mas áspero de la sierra, con que y con las espadas echaron della á los moros, y les hicieron volver las espaldas. Siguieron los nuestros el alcance sin orden hasta pasar de la otra parte de la ciudad á causa que los moros halláron cerradas las puertas. Acudió número de alárabes con el mezuar de Oran, que era el gobernador. Mientras estos con los que pudieron recoger peleaban, parte de los nuestros intentó de escalar el muro. Acudieron los de dentro á la defensa. Los de las galeras que acometieron la ciudad por la parte del mar tuvieron con tanto lugar de apoderarse de algunas torres y de toda el alcazaba. Desta manera fué la ciudad entrada por los cristianos y puesta á saco. Los moros que peleaban en el campo, como vieron la ciudad tomada, y las banderas de España tendidas por los



muros, intentaron de entrar dentro. Salieron por las espaldas algunas compañías de soldados, con que los tomaron en medio y hicieron en ellos grande estrago. Murieron este dia cuatro mil moros, y quedaron presos hasta cinco mil. Túvose en mucho esta victoria, y casi por milagrosa, lo uno por el poco orden que guardaron los cristianos, lo otro porque apenas la ciudad era tomada, cuando llegó el mezuar de Tremecen con tanta gente de socorro, que fuera imposible ganalla. Atribuyóse el buen suceso comunmente á la fé y celo del cardenal y á su oracion muy ferviente; el cual con grande alegría entró en aquella ciudad y consagró la mezquita mayor con nombre de Santa María de la Victoria.

(MARIANA.—*Historia general de España*)

### DESCRIPCION DE MÉJICO.

(1519.)

La gran ciudad de Méjico, que fué conocida en su antigüedad por el nombre de *Tenuchitlan*, ó por otros de poco diferente sonido, sobre cuya denominacion se cansan voluntariamente los autores, tendria en aquel tiempo sesenta mil familias de vecindad, repartida en dos barrios, de los cuales se llamaba el uno *Tlatelulco*, habitacion de gente popular; y el otro *Méjico*, que por residir en él la corte y la nobleza, dió nombre á toda la poblacion.

Estaba fundada en un plano muy espacioso, coro-

nado por todas partes de altísimas sierras y montañas, de cuyos rios y vertientes rebalsadas en el valle se formaban diferentes lagunas, y en lo mas profundo los dos lagos mayores, que ocupaba con mas de cincuenta poblaciones la nacion mejicana. Tendria este pequeño mar treinta leguas de circunferencia, y los dos lagos que le formaban se unian y comunicaban entre sí por un dique de piedra, que los dividia, reservando algunas aberturas con puentes de madera, en cuyos lados tenian sus compuertas levadizas para cebar el lago inferior siempre que necesitaban de socorrer la mengua del uno con la redundancia del otro. Era el mas alto de agua dulce y clara, donde se hallaban algunos pescados de agradable mantenimiento; y el otro de agua salobre y oscura, semejante á la marítima: no porque fuesen de otra calida las vertientes de que se alimentaba, sino por vicio natural de la misma tierra, donde se detenian.....

En el medio casi de esta laguna salobre tenia su asiento la ciudad..... Era su clima benigno y saludable, donde se dejaban conocer á su tiempo el frio y el calor, ambos con moderada intension; y la humedad, que por la naturaleza del sitio pudiera ofender á la salud, estaba corregida con el favor de los vientos, ó morigerada con el beneficio del sol.

Tenia hermosísimos lejos en medio de las aguas esta gran poblacion, y se daba la mano con la tierra por sus diques ó calzadas principales: fábrica suntuosa, que servia tanto al ornamento como á la necesidad: la una de dos leguas hácia la parte del Mediodía, por donde hicieron su entrada los españoles: la otra de una legua, mirando al Septentrion; y la otra poco menor por la parte occidental. Eran las calles bien niveladas y espaciosas: unas de agua con sus puentes, para la comuni-

cacion de los vecinos; otras de tierra sola, hechas á la mano; y otras de agua y tierra, los lados para el paso de la gente, y el medio para el uso de las canoas ó barcas de tamaños diferentes que navegaban por la ciudad ó servian al comercio, cuyo número toca en increíble, pues dicen que tendria Méjico entonces mas de cincuenta mil, sin otras embarcaciones pequeñas que allí se llamaban *acales*, hechas de un tronco, y capaces de un hombre que remaba por sí.

Los edificios públicos y casas de los nobles, de que se componia la mayor parte de la ciudad, eran de piedra y bien fabricadas; las que ocupaba la gente popular humildes y desiguales; pero unas y otras en tal disposicion, que hacian lugar á diferentes plazas de terraplen, donde tenian sus mercados.

Era entre todas la de Tlatelulco de admirable capacidad y concurso, á cuyas ferias acudian ciertos dias en el año todos los mercaderes y comerciantes del reino con lo mas precioso de sus frutos y manufacturas; y solian concurrir tantos, que siendo esta plaza, segun dice Antonio de Herrera, una de las mayores del mundo, se llenaba de tiendas puestas en hileras, y tan apretadas, que apenas dejaban calle á los compradores. Conocián todos su puesto, y armaban su oficina de bastidores portátiles, cubiertos de algodón basto capaz de resistir al agua y al sol. No acaban de ponderar nuestros escritores el orden, la variedad y la riqueza de estos mercados. Habia hileras de plateros, donde se vendian joyas y cadenas extraordinarias, diversas hechuras de animales, y vasos de oro y plata labrados con tanto primor, que algunos de ellos dieron que discurrir á nuestros artifices, particularmente unas calderillas de asas movibles que salian así de la fundicion, y otras piezas

del mismo género, donde se hallaban molduras y relieves, sin que se conociese impulso de martillo ni golpe de cincel. Había también hileras de pintores, con raras ideas y países de aquella interposición de plumas que daba el colorido y animaba la figura; en cuyo género se hallaron raros aciertos de la paciencia y la proligidad. Venían también á este mercado cuantos géneros de telas se fabricaban en todo el reino para diferentes usos, hechas de algodón y pelo de conejo que hilaban delicadamente las mujeres, enemigas en aquella tierra de la ociosidad y aplicadas al ingenio de las manos. Eran muy de reparar los búcaros y hechuras esquisitas de finísimo barro que traían á vender, diverso en el color y en la fragancia, de que labraban con primor extraordinario cuantas piezas y vasijas son necesarias para el servicio y el adorno de una casa; porque no usaban de oro ni de plata en sus bajillas: profusión que solo era permitida en la mesa real, y esto en días muy señalados. Hallábanse con la misma distribución y abundancia los mantenimientos, las frutas, los pescados, y finalmente cuantas cosas hizo venales el deleite y la necesidad.

Los templos, si es lícito darles este nombre, se levantaban suntuosamente sobre los demás edificios; y el mayor, donde residía la suma dignidad de aquellos inmundos sacerdotes, estaba dedicado al ídolo *Vizcilitzli*, que en su lengua significaba Dios de la guerra, y le tenían por el supremo de sus dioses; primacia de que se infiere cuánto se preciaba de militar aquella nación.....

Su primera mansión era una gran plaza en cuadro, con su muralla de sillería, labrada por la parte de afuera con diferentes lazos de culebras encadenadas que

daban horror al pórtico, y estaban allí con alguna propiedad. Poco antes de llegar á la puerta principal estaba un humilladero no menos horroroso: era de piedra, con treinta gradas de lo mismo que subian á lo alto, donde habia un género de azotea prolongada, y fijos en ella muchos troncos de crecidos árboles puestos en hilera; tenian estos sus taladros iguales á poca distancia, y por ellos pasaban de un árbol á otro diferentes varas, ensartando cada una por las sienes algunas calaveras de hombres sacrificados, cuyo número, que no se puede referir sin escándalo, tenian siempre cabal los ministros del templo, renovando las que padecian algun destrozo con el tiempo: lastimoso trofeo, en que manifestaba su rencor el enemigo del hombre, y aquellos bárbaros le tenian á la vista sin algun remordimiento de la naturaleza, hecha devocion la inhumanidad, y desaprovechada en la costumbre de los ojos la memoria de la muerte.

Tenia la plaza cuatro puertas correspondientes en sus cuatro lienzos, que miraban á los cuatro vientos principales. En lo alto de las portadas habia cuatro estatuas de piedra que señalaban el camino, como despidiendo á los que se acercaban mal dispuestos, y tenian su presuncion de dioses liminares, porque recibian algunas reverencias á la entrada. Por la parte interior de la muralla estaban las habitaciones de los sacerdotes y dependientes de su ministerio, con algunas oficinas que corrian todo el ámbito de la plaza sin ofender el cuadro, dejándola tan capaz, que solian bailar en ella ocho y diez mil personas cuando se juntaban á celebrar sus festividades.

Ocupaba el centro de esta plaza una gran máquina de piedra, que á cielo descubierto se levantaba sobre

las torres de la ciudad, creciendo en disminucion hasta formar una media pirámide los tres lados pendientes, y en el otro labrada la escalera: edificio suntuoso y de buenas medidas, tan alto, que tenia ciento y veinte gradās la escalera, y tan corpulento, que terminaba en un plano de cuarenta piés en cuadro; cuyo pavimento enlosado primorosamente de varios jaspes guarnecia por todas partes un pretil con sus almenas retorcidas á manera de caracoles, formado por ambas haces de unas piedras negras semejantes al azabache, puestas con órden, y unidas con betunes blancos y rojos que adornaban mucho el edificio.

Sobre la division del pretil donde terminaba la escalera estaban dos estátuas de mármol, que sustentaban, imitando bien la fuerza de los brazos, unos grandes candeleros de hechura extraordinaria: mas adelante una losa verde, que se levantaba cinco palmos del suelo y remataba en esquina, donde afirmaban por las espaldas al miserable que habian de sacrificar para sacarle por los pechos el corazon: y en la frente una capilla de mejor fábrica y materia, cubierta por lo alto con su techumbre de maderas preciosas, donde tenian el idolo sobre un altar muy alto, y detrás de cortinas. Era de figura humana, y estaba sentado en una silla con apariencias de trono, fundada sobre un globo azul, que llamaban cielo, de cuyos lados salian cuatro varas con cabezas de sierpes, á que aplicaban los hombros para conducirle cuando le manifestaban al pueblo. Tenia sobre la cabeza un penacho de plumas varias en forma de pájaro, con el pico y la cresta de oro bruñido, el rostro de horrible severidad, y mas afeado con dos fajas azules, una sobre la frente y otra sobre la nariz; en la mano derecha una culebra ondeada que le servia

de baston, y en la izquierda cuatro saetas que veneraban como traídas del cielo, y una rodela con cinco plumas blancas puestos en cruz, sobre cuyos adornos y la significacion de aquellas insignias y colores, decian notables desvarios con lastimosa ponderacion.

(D. ANTONIO DE SOLÍS Y RIVADENEYRA.—*Historia de la conquista de Méjico.*)

### SERVICIO DOMÉSTICO DE MOTEZUMA.

En lo del servicio de Moteczuma y de las cosas de admiracion que tenia por grandeza y estado, hay tanto que escribir, que certifico á vuestra alteza que yo no sé por dó comenzar, que pueda acabar de decir alguna parte dellas; porque, como ya he dicho, ¿qué mas grandeza puede ser, que un señor bárbaro como este tuviese contrahechas de oro y plata y piedras y plumas todas las cosas que debajo del cielo hay en su señorío, tan al natural lo de oro y plata, que no hay platero en el mundo que mejor lo hiciese; y lo de las piedras, que no baste juicio compreheader con qué instrumentos se hiciese tan perfecto; y lo de pluma, que ni de cera ni en ningun broslado (1) se podría hacer tan maravillosamente? El señorío de tierra que este Moteczuma tenia, no se ha podido alcanzar cuanto era, porque á ninguna parte, docientas leguas de un cabo y de otro de aquella su gran ciudad, enviaba sus mensajeros, que no fuese cumplido su mandado, aunque habia algunas provincias en medio destas tierras con quien él tenia guerra.....

(1) *Broslado*: bordado.

Cada una destas provincias servia con su género de servicio, segun la calidad de la tierra; por manera que á su poder venia toda suerte de cosas que en las dichas provincias habia. Era tan temido de todos, así presentes como ausentes, que nunca príncipe del mundo lo fué mas. Tenia, así fuera de la ciudad como dentro, muchas casas de placer, y cada una de su manera de pasatiempo, tan bien labradas quanto se podria decir, y cuales requerian ser para un gran príncipe y señor. Tenia dentro de la ciudad sus casas de aposentamiento, tales y tan maravillosas, que me pareceria casi imposible poder decir la bondad y grandeza dellas. E por tanto no me porné en expresar cosa dellas, mas de que en España no hay su semejable. Tenia un casa poco menos buena que esta, donde tenia un muy hermoso jardin con ciertos miradores que salian sobre él, y los mármoles y losas dellos eran de jaspe, muy bien obradas. Habia en esta casa aposentamientos para se aposentar dos muy grandes príncipes con todo su servicio. En esta casa tenia diez estanques de agua, donde tenia todos los linages de aves de agua que en estas partes se hallan, que son muchos y diversos, todas domésticas; y para las aves que se crían en la mar eran los estanques de agua salada, y para las de rios, lagunas de agua dulce; la cual agua vaciaban de cierto á cierto tiempo por la limpieza, y la tornaban á henchir por sus caños; y á cada género de aves se daba aquel mantenimiento que era proprio á su natural y con que ellas en el campo se mantenian. De forma que á las que comian pescado se lo daban, y las que gusanos, gusanos, y las que maiz, maiz, y las que otras semillas mas menudas, por consiguiente se las daban. E certifico á vuestra alteza que á las aves que solamente comian pescado se les daba



cada día diez arrobas dél, que se toma en la laguna salada. Había para tener cargo destas aves trecientos hombres, que en ninguna otra cosa entendían. Había otros hombres que solamente entendían en curar las aves que adolecían. Sobre cada alberca y estanque de estas aves había sus corredores y miradores muy gentilmente labrados, donde el dicho Moteczuma se venía á recrear y á las ver.....

La manera de su servicio era que todos los días luego en amaneciendo eran en su casa de seiscientos señores y personas principales, los cuales se sentaban, y otros andaban por unas salas y corredores que habían en la dicha casa, y allí estaban hablando y pasando tiempo, sin entrar donde su persona estaba. Y los servidores destes y personas de quien se acompañaban henchían dos ó tres grandes patios y la calle, que era muy grande. Y estos estaban sin salir de allí todo el día hasta la noche. E al tiempo que traían de comer al dicho Moteczuma, asimismo lo traían á todos aquellos señores tan complidamente quanto á su persona, y también á los servidores y gentes destes les daban sus raciones. Había cotidianamente la dispensa y botillería abierta para todos aquellos que quisiesen comer y beber. La manera de como les daban de comer, es que venían trecientos ó cuatrocientos mancebos con el manjar, que era sin cuento, porque todas las veces que comía y cenaba le traían de todas las maneras de manjares, así de carnes como de pescados y frutas y yerbas que en toda la tierra se podían haber. Y porque la tierra es fría, traían debajo de cada plato y escudilla de manjar un braserico con brasa porque no se enfriase. Poníanle todos los manjares juntos en una gran sala en que él comía, que casi toda se henchía, la cual estaba toda

muy bien esterada y muy limpia, y él estaba asentado en una almohada de cuero pequeña muy bien hecha. Al tiempo que comian estaban allí desviados dél cinco ó seis señores ancianos, á los cuales él daba de lo que comia. Y estaba en pié uno de aquellos servidores que le ponía y alzaba los manjares, y pedía á los otros que estaban mas afuera lo que era necesario para el servicio. E al principio y fin de la comida y cena siempre le daban agua á manos, y con la toalla que una vez se limpiaba, nunca se limpiaba mas, ni tampoco los platos y escudillas en que le traían una vez el manjar se los tornaban á traer, sino siempre nuevos, y así hacían de los brasericos. Vestíase todos los días cuatro maneras de vestiduras, todas nuevas, y nunca mas se las vestía otra vez. Todos los señores que entraban en su casa no entraban calzados, y cuando iban delante dél algunos que él enviaba á llamar, llevaban la cabeza y ojos inclinados, y el cuerpo muy humillado, y hablando con él no le miraban á la cara; lo cual hacían por mucho acatamiento y reverencia. Y sé que lo hacían por este respeto porque ciertos señores reprehendían á los españoles, diciendo que cuando hablaban conmigo estaban exentos (1), mirándome la cara, que parecía desacatamiento y poca vergüenza. Cuando salía fuera el dicho Moteczuma, que era pocas veces, todos los que iban con él y los que topaba por las calles le volvían el rostro, y en ninguna manera le miraban, y todos los demás se postraban hasta que él pasaba. Llevaba siempre delante sí un señor de aquellos con tres varas delgadas altas que creo se hacía porque se supiese que iba allí su persona. Y

(1) *Exentos*: libre, sin miramiento ni respeto.

cuando lo descendian de las andas, tomaba la una en la mano y llevábala hasta donde iba. Eran tantas y tan diversas las maneras y ceremonias que este señor tenia en su servicio, que era necesario mas espacio del que yo al presente tengo para las relatar, y aun mejor memoria para las retener, porque ninguno de los soldanes ni otro ningun señor infiel de los que hasta agora se tiene noticia, no creo que tantas ni tales ceremonias en servicio tengan.

(HERNAN CORTÉS: segunda de las *cartas de relacion*, fechada en la villa de Segura de la Frontera, de Nueva España, á 30 de Octubre de 1520.)

#### ENTREVISTA DE HERNAN-CORTÉS Y MOTEZUMA.

(8 de Noviembre de 1519.)

Habia dos leguas de calzada que pasar hasta Méjico, y se tomó la mañana, porque deseaba Cortés hacer su entrada y cumplir con la primera funcion de visitar á Motezuma, quedando con alguna parte del dia para reconocer y fortificar su cuartel. Siguióse la marcha con la misma orden; y dejando á los lados la ciudad de Magicalcingo en el agua, y la de Cuyoacan en la ribera, sin otras grandes poblaciones que se descubrian en la misma laguna, se dió vista desde mas cerca, y no sin admiracion, á la gran ciudad de Méjico, que se levantaba con exceso entre las demás, y al parecer se le conocia el predominio hasta en la soberbia de sus edificios. Salieron á poco menos que la mitad del camino mas de

cuatro mil nobles y ministros de la ciudad á recibir el ejército, cuyos cumplimientos detuvieron largo rato la marcha, aunque solo hacian reverencia, y pasaban delante para volver acompañando. Estaba poco antes de la ciudad un baluarte de piedra con dos castillejos á los lados, que ocupaba todo el plano de la calzada, cuyas puertas desembocaban sobre otro pedazo de calzada, y esta terminaba en una puente levadiza que defendia la entrada con segunda fortificacion. Luego que pasaron de la otra parte los magnates del acompañamiento, se fueron desviando á los lados para franquear el paso al ejército, y se descubrió una calle muy larga y espaciosa, de grandes casas, edificadas con igualdad y correspondencia, cubiertos de gente los miradores y terrados; pero la calle totalmente desocupada; y dijeron á Cortés que se habia despejado cuidadosamente, porque Motezuma estaba en ánimo de salir á recibirle para mayor demostracion de su benevolencia.

Poco despues se fué dejando ver la primera comitiva real, que serian hasta doscientos nobles de su familia, vestidos de librea, con grandes penachos conformes en la hechura y el color. Venian en dos hileras con notable silencio y compostura, descalzos todos y sin levantar los ojos de la tierra: acompañamiento con apariencias de procesion. Luego que llegaron cerca del ejército se fueron arrimando á las paredes en la misma orden, y se vió á lo lejos una gran tropa de gente mejor adornada y de mayor dignidad, en cuyo medio venia Motezuma sobre los hombros de sus favorecidos en unas andas de oro bruñido, que brillaba con proporcion entre diferentes labores de pluma sobrepuesta, cuya primorosa distribucion procuraba oscurecer la riqueza con el artificio. Seguian el paso de las andas cuatro per-

sonajes de gran suposición, que le llevaban debajo de un pálio hecho de plumas verdes, entretegidias y dispuestas de manera que formaban tela, con algunos adornos de argentería; y poco delante iban tres magistrados con unas varas de oro en las manos, que levantaban en alto sucesivamente como avisando que se acercaba el rey para que se humillasen todos y no se atreviesen á mirarle; desacato que se castigaba como sacrilegio. Cortés se arrojó del caballo poco antes que llegase, y al mismo tiempo se apeó Motezuma de sus andas, y se adelantaron algunos indios que alfombraron el camino para que no pusiese los pies sobre la tierra, que á su parecer era indigna de sus huellas.

Prevínose á la función con espacio y gravedad; y puestas las dos manos sobre los brazos del señor de Iztacpalapa y el de Tezcuco, sus sobrinos, dió algunos pasos para recibir á Cortés. Era de buena presencia; su edad hasta cuarenta años; de mediana estatura; mas delgado que robusto; el rostro aguileño, de color menos oscuro que el natural de aquellos indios; el cabello largo hasta el extremo de la oreja; los ojos vivos y el semblante magestuoso, con algo de intención: su traje un manto de sutilísimo algodón, anudado sin desaire sobre los hombros, de manera que cubria la mayor parte del cuerpo, dejando arrastrar la falda. Traía sobre sí diferentes joyas de oro, perlas y piedras preciosas, en tanto número, que servian mas al peso que al adorno. La corona una mitra de oro ligero que por delante remataba en punta, y la mitad posterior algo mas obtusa se inclinaba sobre la cerviz; y el calzado unas suelas de oro macizo, cuyas correas, tachonadas de lo mismo, ceñían el pié y abrazaban parte de la pierna, semejante á las cáligas militares de los romanos.

Llegó Cortés apresurando el paso sin desautorizarse, y le hizo una profunda sumision, á que respondió poniendo la mano cerca de la tierra, y llevándola despues á los lábios, cortesía de inaudita novedad en aquellos príncipes, y mas desproporcionada en Motezuma, que apenas doblaba la cerviz á sus dioses, y afectaba la soberbia ó no la sabia distinguir de la magestad; cuya demostracion, y la de salir personalmente al recibimiento, se reparó mucho entre los indios y cedió en mayor estimacion de los españoles; porque no se persuadian á que fuese inadvertencia de su rey, cuyas determinaciones veneraban, sujetando el entendimiento. Habíase puesto Cortés sobre las armas una banda ó cadena de vidrio, compuesta vistosamente de varias piedras que imitaban los diamantes y las esmeraldas, reservada para el presente de la primera audiencia; y hallándose cerca en estos cumplimientos, se la echó sobre los hombros á Motezuma. Detuviéronle, no sin alguna destemplanza, los dos braceros, dándole á entender que no era lícito el acercarse tanto á la persona del rey; pero él los reprendió, quedando tan gustoso del presente que le miraba y celebraba entre los suyos como presea de inestimable valor; y para desempeñar su agradecimiento con alguna liberalidad, hizo traer, entretanto que llegaban á darse á conocer los demás capitanes, un collar que tenia la primera estimacion entre sus joyas. Era de unas conchas carmesíes de gran precio en aquella tierra, dispuestas y engarzadas con tal arte, que de cada una de ellas pendian cuatro gambaros ó cangrejos de oro imitados prolijamente del natural. Y él mismo con sus manos se le puso en el cuello á Cortés, humanidad y agasajo que hizo segundo ruido entre los mejicanos. El razonamiento de Cortés fué breve y rendido, como lo

pedia la ocasion, y su respuesta de pocas palabras, que cumplieron con la discrecion en faltar á la decencia. Mandó luego al uno de aquellos dos príncipes sus colaterales, que se quedase para conducir y acompañar á Hernan-Cortés hasta su alojamiento; y arrimado al otro volvió á tomar sus andas y se retiró á su palacio con la misma pompa y gravedad.

(SOLIS.—*Historia de la conquista de Méjico.*)

### COMBATE SOBRE LAS LAGUNAS.

(10 de Julio 1520.)

Seria poco menos de media noche cuando salieron del cuartel, sin que las centinelas ni los batidores hallasen que reparar ó que advertir; y aunque la lluvia y la oscuridad favorecian el intento de caminar cautamente, y aseguraban el recelo de que pudiese durar el enemigo en sus reparos, se observó con tanta puntualidad el silencio y el recato, que no pudiera obrar el temor lo que pudo en aquellos soldados la obediencia. Pasó el puente levadizo á la vanguardia, y los que le llevaban á su cargo le acomodaron á la primera canal; pero aferró tanto en las piedras que le sustentaban con el peso de los caballos y artillería, que no quedó capaz de poderse mudar á los demás canales, como se había presupuesto; ni llegó el caso de intentarlo, porque antes de pasar el ejército el primer tramo de la calzada, fué necesario acudir á las armas, y se hallaron acometidos por todas partes cuando menos lo recelaban.

Fué digna de admiracion en aquellos bárbaros la maestría con que dispusieron su faccion , y observaron con vigilante disimulacion el movimiento de sus enemigos. Juntaron y distribuyeron sin rumor la multitud inmanejable de sus tropas; sirviéronse de la oscuridad y del silencio para lograr el intento de acercarse sin ser descubiertos. Cubrióse de canoa's armadas el ámbito de la laguna, que venian por los dos costados sobre la calzada; entrando al combate con tanto sosiego y desembarazo, que se oyeron sus gritos y el estruendo belicoso de sus caracoles casi al mismo tiempo que se dejaron sentir los golpes de sus flechas.

Pereceria sin duda todo el ejército de Cortés si hubieran guardado los indios en el pelear la buena ordenanza que observaron al acometer; pero estaba en ellos violenta la moderacion, y al empezar la cólera cesó la obediencia y prevaleció la costumbre, cargando de tropel sobre la parte donde reconocieron el bulto del ejército, tan oprimidos unos de otros que se hacian pedazos las canoas, chocando en la calzada; y era segundo peligro de las que se acercaban el impulso de las que procuraban adelantarse. Hicieron sangriento destrozo los españoles en aquella gente desnuda y desordenada; pero no bastaban las fuerzas al continuo ejercicio de las espadas y los chuzos; y á breve rato se hallaron tambien acometidos por la frente, y llegó el caso de volver las caras á lo mas ejecutivo del combate; porque los indios que se hallaban distantes, ó los que no pudieron sufrir la pereza de los remos, se arrojaron al agua, y sirviéndose de su agilidad y de sus armas, treparon sobre la calzada, en tanto número, que no quedaron capaces de mover las armas; cuyo nuevo sobresalto tuvo en aquella ocasion circunstancias de socorro, por-



que fueron fáciles de romper, y muriendo casi todos, bastaron sus cuerpos á cegar el canal, sin que fuese necesario otra diligencia que irlos arrojando en él para que sirviesen de puente al ejército. Así lo refieren algunos escritores, aunque otros dicen que se halló dichosamente una viga de bastante latitud que dejaron sin romper en la segunda puente, por la cual pasó desfilada la gente, llevando por el agua los caballos al arbitrio de la rienda. Como quiera que sucediese, que no son fáciles de concordar estas noticias, ni todas merecen reflexión, la dificultad de aquel paso inexcusable se venció mediando la industria ó la felicidad, y la vanguardia prosiguió su marcha sin detenerse mucho en el último canal, porque se debió á la vecindad de la tierra la disminución de las aguas, y se pudo exguazar fácilmente lo que restaba del lago: teniéndose á dicha particular que los enemigos, de tanta gente como les sobraba, no hubiesen echado alguna de la otra parte, porque fuera entrar en nueva y mas peligrosa disputa los que iban saliendo á la ribera, fatigados y heridos, con el agua sobre la cintura; pero no cupo en su advertencia esta prevención, ni al parecer descubrieron la marcha; ó sería lo mas cierto, que no se hizo lugar entre su confusión y desórden el intento de impedirla.

Pasó Hernan-Cortés con el primer trozo de su gente, y ordenando, sin detenerse, á Juan de Xaramillo que cuidase de ponerla en escuadron como fuese llegando, volvió á la calzada con los capitanes Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid, Alonso Dávila, Francisco de Morla y Gonzalo Dominguez. Entró en el combate animando á los que peléaban, no menos con su presencia que con su ejemplo; reforzó su tropa con los soldados que parecieron bastantes, para detener al enemigo por

las dos avenidas; y entre tanto mandó que se retirase lo interior de las hileras, haciendo echar al agua la artillería para desembarazar el paso y dar corriente á la marcha. Fué mucho lo que obró su valor en este conflicto; pero mucho mas lo que padeció su espíritu, porque le traía el aire á los oídos, envueltos en el horror de la oscuridad, las voces de los españoles que llamaban á Dios en el último trance de la vida; cuyos lamentos, confusamente mezclados con los gritos y amenazas de los indios, le traían al corazón otra batalla entre los incentivos de la ira y los afectos de la piedad.

Sonaban estas voces lastimosas á la parte de la ciudad, donde no era posible acudir, porque los enemigos que andaban en la laguna cuidaron de romper el puente levadizo antes que acabase de pasar la retaguardia, donde fué mayor el fracaso de los españoles, porque cerró con ellos el principal grueso de los mejicanos, obligándolos á que se retirasen á la calzada, y haciendo pedazos á los menos diligentes, que por la mayor parte fueron de los que faltaron á su obligacion y rehusaron entrar en la batalla por guardar el oro que sacaron del cuartel. Murieron estos ignominiosamente, abrazados con el peso miserable que los hizo cobardes en la ocasion y tardos en la fuga. Destruyeron su opinion y dañaron injustamente al crédito de la nacion, porque se pusieron en el cómputo de los muertos como si hubieran vendido á mejor precio la vida; y de buena razon no se habian de contar los cobardes en el número de los vencidos.

Retiróse finalmente Cortés con los últimos que pudo recoger de la retaguardia, y al tiempo que iba penetrando con poca ó ninguna oposicion el segundo espacio de la calzada, llegó á incorporarse con él Pedro de

Alvarado, que debió la vida poco menos que á un milagro de su espíritu y su actividad; porque hallándose combatido por todas partes, muerto el caballo, y con uno de los canales por la frente, fijó su lanza en el fondo de la laguna, y saltó con ella de la otra parte, ganando elevacion con el impulso de los piés, y librando el cuerpo sobre la fuerza de los brazos.

Acabó de salir el ejército á tierra con la primera luz del dia, y se hizo alto cerca de Tacuba, no sin recelos de aquella poblacion numerosa y parcial de los mejicanos; pero se tuvo atencion á no desamparar luego la cercanía de la laguna, por dar algun tiempo á los que pudiesen escapar de la batalla; y fué bien discurrida esta detencion, porque se logró el recoger algunos españoles y tlascaltecas, que mediante su valor ó su diligencia salieron nadando á la ribera, ó tuvieron suerte de poderse ocultar en los maizales del contorno.

(SOLIS.—*Historia de la conquista de Méjico.*)

#### JUAN DE PADILLA.

(1521.)

Entendida bien por Juan de Padilla y los otros capitales comuneros la ventaja que el campo del emperador les hacia, no atreviéndose á pelear, y temiendo de ser salteados y entrados, cayeron tarde en el error que habian hecho de haber esperade tanto en Torre de Lobaton, y tomaron por el mas sano consejo salir de alli luego lo mas aprisa y secreto que pudiesen, y no parar hasta en-

trar en Toro, donde podian estar seguros con la gente y favor de la ciudad, y esperar que de Leon y Zamora y Salamanca les enviasen socorro.....

Queriendo, pues, poner en efeto Juan de Padilla lo que tenia acordado, otro dia, que fué mártes, á 23 de dicho mes de Abril, antes que amaneciese, con el mas cuidado que pudo, mandó levantar y armar su gente, y en comenzando á amanecer, empezó á caminar con ella la via de Toro, en muy buena órden, llevando delante su artilleria é infanteria en dos escuadrones, y él con la gente de á caballo en su retaguardia.

Los gobernadores y el capitan general fueron luego avisados por sus corredores que en el campo traian, cómo Juan de Padilla salia de Lobaton, y la via que llevaba, y luego á la mayor prisa que fué posible mandaron tocar al arma, y partieron en su alcance con todo su campo; y porque les llevaban tanta ventaja que era imposible alcanzarle yendo al paso de la infanteria, dejada órden que caminasen euanto pudiesen, se adelantaron con toda la caballeria y alguna artilleria de campo, que al paso que llevaban podia ir tirada por caballos; y llegando á vista de los enemigos, les mataron con sus tiros algunos soldados y les fueron dando algunos alcances, pensando desordenarlos y romperlos ó entreteñerlos hasta que su infanteria los alcanzase; pero ellos caminaban tan en órden y cerrados que no bastó esto para les desordenar en mas de dos leguas que caminaron así; y aun dícese por cierto que dos veces hizo Juan de Padilla alto, y quisiera dar la batalla en dos buenos sitios que se le ofrecieron, viendo que lo habia de haber con la caballeria sola, sino que sus compañeros fueron de contrario parecer y se lo estorbaron. Caminando desta manera los unos y los otros, llegando cerca de un lugar

que es de la orden de Santiago, llamado Villalar, acabada de subir una cuesta, descubrieron un gran prado que estaba antes de llegar al lugar, por el cual los escuadrones de los comuneros comenzaron á caminar mas aprieta y á se desordenar algo de la vanguardia, con pensamiento de entrar en el lugar.

El capitan general del campo imperial y aquellos señores que con él venian, reconociendo esto, determinaron de dar en ellos; y sin mas lo dilatar, todos á un tiempo, hechas dos batallas, como se habia ordenado en la batalla real, á la mano derecha los gobernadores y todos los mas de los grandes y señores que allí se hallaron, y en la mano izquierda la vanguardia, y en ella el conde de Haro, capitan general, con la gente de las guardas y de señores, partieron para ellos.

Ya en este tiempo habia disparado dos veces la artillería de los enemigos desde Villalar, á donde habian llegado, y mató algunos escuderos de la vanguardia, á uno dellos junto al conde de Haro, y otra pelota (1) llevó el pié á Pedro de Ulloa, un caballero de Toro, hijo de Garcí Alonso de Ulloa. Juan de Padilla, que aquel día iba como hombre de armas, con una ropeta de brocado sobre ellas, visto que ya no podia excusarse sino huyendo, determinó de pelear, y habiendo esforzado y mandado esperar su gente, con algunos capitanes y la gente de á caballo que quiso tener con él, salió al encuentro á la batalla real, y rompiendo los unos y los otros, él acertó á encontrarse con D. Pero de Bazan, vizconde de Baldueña, el cual, aunque iba á la gineta, como caballero esforzado, no dudó su encuentro; pero

(1) Pelota: bala.

llegando primero y con mas fuerza la lanza de Juan de Padilla, lo sacó de la silla sin herillo; y siendo fácilmente rompidos Juan de Padilla y los que con él arremetieron, las batallas pasaron á dar en su infanteria, la cual si quisiera pelear bien, la victoria fuera harto sangrienta, segun la ventaja que en el número hacian; pero habiéndose comenzado á desordenar por se entrar en el lugar, que fué causa de su perdicion, hubo poca resistencia, y aunque algunos cargaron las picas y esperaron, fueron asimismo rompidos, y los unos y los otros volvieron las espaldas huyendo. El conde de Haro y algunos señores mancebos y otros caballeros siguieron el alcance gran trecho; Juan de Padilla y D. Pedro Maldonado ó Pimentel, y Francisco Maldonado, capitán de Salamanca, y Juan Bravo, capitán de Segovia, habiendo peleado animosamente, fueron presos en la batalla, y el Juan de Padilla mal herido en una pierna, al cual prendió D. Alonso de la Cueva, caballero muy esforzado, vecino de Jaen, y D. Hernando de Ulloa, capitán de Toro, y otros escaparon huyendo. Fueron muertos de los comuneros casi quinientos hombres, y no mas porque aquellos señores usaron con los vencidos de misericordia; de los del campo del rey quince ó veinte escuderos y pocos mas heridos.... Traian los del campo de la comunidad cruces coloradas, y los del campo del emperador cruces blancas, que fué remedio que muchos de la comunidad tuvieron para escaparse, quitándose las coloradas y poniéndose las blancas....

Presos estos caballeros, como tengo dicho, otro dia miércoles se mandó hacer justicia dellos; y así, fueron degollados Juan de Padilla y Juan Bravo y Francisco Maldonado en el lugar de Villalar con público pregon, en que los declaraban por traidores; el cual como oyese

Juan Bravo, capitan de Segovia, cuando lo llevaban por la calle, dijo al pregonero que mentia él y quien se lo habia mandado; y Juan de Padilla, pareciéndole que no era tiempo de semejantes palabras, le dijo: «Señor Juan Bravo, ayer era dia de pelear como caballeros, pero hoy no es sino de morir como cristianos;» y llegados al lugar donde fueron degollados, queriendo el verdugo empezar por Juan de Padilla, dicen que le dijo Juan Bravo que le degollase á él primero, porque no viese muerte de tan buen caballero.

Así acabaron los vanos pensamientos destes caballeros con título y nombre de traidores, por haberse puesto en armas contra su rey, que no puede ser mayor deshonra ni afrenta. Perdieron, juntamente con la vida, la nobleza y hidalguía que heredaron de sus padres, ganada por ser leales, en lo cual pueden tomar ejemplo todos los caballeros y hidalgos para nunca apartarse del servicio de su rey por ninguna cosa que acontezca, pues no solamente lo mandan así las leyes humanas, pero las divinas y santas lo disponen tambien; y tanto, que dice San Pablo que aun á los malos reyes y principes debemos ser leales.

*(Relacion de las comunidades de Castilla, escrita por el muy ilustre caballero PERO MEJIA.)*

### PRISION DE FRANCISCO I.

(1525.)

Como el rey de Francia vió que no podia hacer tornar sus esguizaros, que era la gente de que mas estima hacia, á la batalla, y que claramente parecia su

perdicion, trató de ponerse en salvo, y tomó el camino de la puente del Tesin. Iba casi solo, cuando un arcabucero le mató el caballo, y yendo á caer con él llegó un hombre de armas de la compañía de D. Diego de Mendoza, llamado Juanes de Urbieta, vascongado, natural de Hernani en Guipúzcoa, y como le vió tan señalado, fué sobre él al tiempo que el caballo cayó. Y poniéndole el estoque á un costado por las escotaduras de las armas, le dijo que se rindiese. El rey, viéndose en peligro de muerte, dijo: «¡la vida, que yo soy el rey!» El guipuzcoano lo entendió, aunque era dicho en francés, y diciéndole que se rindiese, él dijo: «Yo me rindo al emperador.» Como esto dijo, el guipuzcoano alzó los ojos, y vió allí cerca al alférez de su compañía, que cercado de franceses estaba en peligro, porque le querian quitar el estandarte. Juanes, como buen soldado, por socorrer su bandera, sin tener acuerdo de pedir gaje ó señas de rendido dijo: «Si vos sois el rey de Francia hacedme una merced.» El rey le dijo que se la prometia. Entonces alzando la vista del almete, le mostró ser mellado, que le faltaban dos dientes delanteros de la parte de arriba; y le dijo: «en esto me conoceréis.» Y dejándole en tierra, la una pierna debajo del caballo, se fué á socorrer á su alférez.

Hízolo tan bien, que con su llegada dejó el estandarte de ir en manos de los franceses.

Entre tanto llegó á donde el rey estaba, otro hombre de armas de Granada, llamado Diego de Avila, el cual como viese al rey en tierra con tales atavíos, fué á él á que se le rindiese. El rey le dijo quien era, y que él estaba rendido al emperador. Preguntado si habia dado gaje, dijo que no. El Diego de Avila se le pidió, y el rey le dió el estoque, que bien sagriento traia, y una ma-



nopla. Apeado Avila procuraba sacarlo de debajo del caballo, cuando llegó allí otro hombre de armas, gallego de nacion, llamado Pita, el cual le ayudó. Y al levantar tomó al rey la órden que de San Miguel en una cadena traia al cuello; que es la órden de caballeria que los caballeros de Francia traen, como los del emperador el toison. Por esta le ofreció el rey seis mil ducados; pero él no quiso sino traerla al emperador.

Estando ya el rey de Francia en pié, acudieron hácia aquella parte algunos soldados arcabuceros, los cuales no conociéndole le quisieron matar, porque no daban crédito á los que le tenian, que decian ser el rey. Y sin duda ellos no le pudieran salvar la vida, si á la sazón no viniera por allí Mr. de la Mota, deudo y muy gran amigo del duque de Borbon, que con él habia andado, y desmandándose hácia aquella parte vió la contienda que allí tenian, porque ya se habia llegado copia de soldados de á caballo y de á pié. Unos, alegando lo que el marqués les habia encomendado, le querian matar, no creyendo ser el rey; otros le querian defender.

Como Mr. de la Mota entendiese que toda la contienda era por no haber quien le conociese, pidió que se le dejasen ver. Llegado, luego conoció quien era. Entonces, hincadas las rodillas por tierra, le quiso besar la mano. El rey le conoció, y haciéndole levantar le dijo que le rogaba que hiciese como quien siempre habia sido. Viendo esto los soldados se certificaron ser aquel el rey; y quitándole Diego de Avila el almete, el rey, por limpiarse el sudor, con una poca de sangre que en una mano tenia, se ensangrentó un poco el rostro, por donde algunos pensaron que estaba herido en él, pero no fué así.

Luego llegaron algunos soldados. Unos le tomaron

los penachos y bandereta que en el yelmo traía; otros cortando pedazos del sayo de sobre las armas, como por reliquias, para memoria. Cada cual que podía llevaba su pedazo, de suerte que en breve espacio no le dejaron nada del sayo. A todo esto siempre se mostró magnánimo, mostrando reír y holgar de todo, y los soldados le daban bien de qué, porque le decían cosas donosas para reír.....

Uno llegaba y le decía: «Ea, señor, que en semejantes toques se provean los valores de los príncipes;» y otros le decían que tuviese paciencia, porque podía estar seguro que sería mejor tratado en poder del emperador, que no lo fuera el emperador en poder suyo. Otros le decían que con pensar haber sido preso de la mejor nación de todo el mundo lo debía tener por bien empleado. De todo esto, y mucho mas que le decían, él se reía, y hacia que le declarasen en su lengua todas las palabras que él no entendía, lo cual hacia Mr. de la Mota, que allí venía.

En esto llegó un soldado español, arcabucero, llamado Roldan, que bien se lo podía llamar por su esfuerzo; traía dos pelotas, una de plata y otra de oro de su arcabuz en la mano; y llegado al rey le dijo: «Señor, V. A. sepa que ayer cuando supe que la batalla se habia de dar, hice seis pelotas de plata y una de oro para VV. Mrs. (1) y la de oro para vos. De las de plata, las cuatro yo creo que fueron bien empleadas, porque no las eché sino para sayo de brocado ó carmesí. Otras muchas pelotas de plomo he tirado por allí á gente comun; Mr. no topé mas: por eso me sobraron dos de las suyas. La de oro véisla aquí, y agradecedme la

(1) VV. Mrs.: vos Messieurs, ó como diría probablemente: vuestros *Monsieurs*.

buena voluntad, que cierto deseaba daros la mas honrosa muerte que á príncipe se ha dado. Pero, pues no quiso Dios que en la batalla os hubiese visto, tomadla para ayuda á vuestro rescate, que ocho ducados pesa una onza.

Tendió la mano el rey, la tomó, y le dijo que le agradecía el deseo que habia tenido, y mas la buena obra que en darle la pelota hacia.

(FR. PRUDENCIO DE SANDOVAL.—*Historia del emperador Carlos V.*)

### PIZARRO Y ALMAGRO.

(1525.)

Diego de Almagro y Francisco Pizarro, que ricos eran y antiguos en aquellas tierras, hicieron compañía con Hernando Luque, señor de la Taboga, maestre-escuela de Panamá, clérigo rico, y que llamaron Hernandoloco, por ello. Juraron todos tres de no apartar compañía por gastos ni reveses que les viniesen, y de partir igualmente la ganancia, riquezas y tierras que descubriesen y adquiriesen todos juntos y cada uno por sí. Entró en la capitulación, á lo que algunos dicen, Pedrarias de Avila; mas salióse antes de tiempo por las ruines nuevas que de las tierras de la línea trajera su capitán Francisco Becerra. Concertada pues y capitulada la compañía, ordenaron que Francisco Pizarro fuese á descubrir, y Hernando Luque quedase á granjear las haciendas de todos, y Diego de Almagro que anduviese á proveer de gente, armas y comida al Pizarro, donde



quiera que descubriese y poblase; y aun tambien que conquistase él por su parte, si hallase coyuntura y disposicion en la tierra que llegase. Año pues de 1525 fueron á descubrir y poblar, con licencia del gobernador Pedrarias, segun dicen algunos, Francisco Pizarro é Diego de Almagro. El Pizarro partió primero con ciento y catorce hombres en un navío. Navegó hasta cien leguas, y tomó tierra en parte que los naturales se le defendieron, y le hirieron de flecha siete veces, y aun le mataron algunos españoles; por lo cual se volvió á Chinchama, que cerca es de Panamá, arrepentido de la empresa. Almagro, que por acabar un navío, partió algo despues, fué con setenta españoles á dar en el rio que llamó de Sant Juan, y como no halló rastro de su compañero, tornó atrás. Salió á tierra, donde vió señales de haber estado allí españoles, y fué al lugar que hirieron á Pizarro, y porque peleando le quebraron los indios un ojo y le maltrataron su gente, quemó el pueblo, y dió vuelta á Panamá, pensando que otro tanto habia hecho Pizarro. Mas como entendió que estaba en Chinchama, fuese luego allá para comunicar con él la vuelta á la tierra que habian descubierto, ca le pareciera bien y con oro. Juntaron allí hasta docientos españoles y algunos indios de servicio. Embarcáronse con ellos en sus dos navíos y en tres grandes canoas que hicieron. Navegaron con muy gran trabajo y peligro de las corrientes que causa el continuo viento Sur en aquellas riberas. Mas á la fin tomaron tierra en una costa anegada, llena de rios y manglares, y tan lluviosa que casi nunca escampaba. Viven allí los hombres sobre árboles, á manera de picazas, y son guerreros y esforzados; y así, defendieron su tierra matando hartos españoles. Acudian tantos á la marina con armas, que la

hinchian, y voceaban réciaamente á los nuestros, llamándolos hijos de la espuma del mar sobre que andaban, ó que no tenían padres; hombres desterrados ó haraganes, que no paraban en cabo ninguno á cultivar la tierra para tener qué comer; y decian que no querian en su tierra hombres de cabellos en las caras, ni vagamundos que corrompiesen sus antiguas y santas costumbres.....

Pizarro y Almagro deseaban conquistar aquella tierra por la muestra de piedras y oro que los naturales tenían; mas como la hambre y la guerra les habia muerto muchos españoles, no podian sin nuevo socorro. E así, fué Almagro á Panamá por ochenta españoles, con los cuales y con la comida y refresco, que tambien trujo, cobraron ánimo los hambrientos que vivos estaban. Habíanse mantenido muchos dias con palmitos amargos, marisco, pesca, aunque poca, y fruta de manglares, que es sin zumo ni sabor, y si alguno tiene es amargo y salado. Nascen estos árboles ribera de la mar, y aun dentro en ella y en tierras salobres. Llevan muy gran fruta y pequeña hoja, aunque muy verde. Son muy altos, derechos y recios, por lo cual hacen dellos mástiles de naos.

Juraron de nuevo sobre la hostia consagrada Pizarro y Almagro su vieja compañía y amistad, y concertaron que Almagro fuese á descubrir la costa y tierra de hácia el estrecho de Magallanes, porque decian los indios ser muy rica tierra el Chili, que por aquella parte estaba; y que si buena y rica tierra hallase, que pedirían la gobernacion della para él, y si no, que partirian la de Pizarro,

como la demas hacienda entre sí; harto buen concierto era, si engañoso no fuera. Juraron empero entrambos de nunca ser el uno contra el otro, por bien ni mal que les fuese, y aun afirman muchos que dijo Almagro cuando juraba, que Dios le confundiese cuerpo y alma si lo quebrantaba, ni entraba con treinta leguas en e Cuzco, aunque el emperador se lo diese. Otros que dijo: «Dios le confunda el cuerpo y alma al que lo quebrantare.»

(LOPEZ DE GÓMARA.—*Historia general de las Indias.*)

#### MUERTE DE ATABALIBA.

(1533.)

Urdióse la muerte de Atabaliba por dondē menos pensaba; ca Filipillo, lengua, (1) se enamoró y amigo de una de sus mujeres, por casar con ella si el muria. Dijo á Pizarro y á otros que Atabaliba juntaba de secreto gente para matar los cristianos y librarse. Como esto se comenzó á sonruir entre los españoles, comenzaron ellos á creerlo, y unos decian que lo matasen para seguridad de sus vidas y de aquellos reinos; otros que lo enviasen al emperador, y nó matasen tan gran príncipe, aunque culpa tuviese. Esto fuera mejor; mas hicieron lo otro, á instancia, segun muchos cuentan, de los que Almagro llevó; los cuales pensaban, ó se lo

(1) Lengua: intérprete.

decian, que mientras Atabaliba viviese no ternian parte en oro ninguno, hasta hinchir la medida de su rescate. Pizarro, en fin, determinó matarlo por quitarse de cuidado, y pensando que muerto ternian menos que hacer en ganar la tierra. Hizósele proceso sobre la muerte de Guaxcar, rey de aquellas tierras, y probósele tambien que procuraba matar los españoles. Mas esto fué maldad de Filipillo, que declaraba los dichos de los indios que por testigos tomaban, como se le antojaba, no habiendo español que lo mirase ni entendiese. Atabaliba negó siempre aquello, diciendo que no cabia en razon tratar él tal cosa, pues no podria salir con ella vivo por las muchas guardas y prisiones que tenia; amenazó á Filipillo, y rogó que no le creyesen. Cuando la sentencia oyó, se quejó mucho de Francisco Pizarro, que habiéndole prometido de soltarlo por rescate, lo mataba; rogóle que lo enviase á España, y que no ensangrentase sus manos y fama en quien jamás le ofendió, y lo habia hecho rico. Cuando le llevaban á justiciar pidió el bautismo por consejo de los que lo iban consolando; que otramente vivo lo quemaran; bautizáronlo, y ahogáronlo á un palo atado; enterráronle á nuestra usanza entre otros cristianos con pompa, puso luto Pizarro, é hizole honradas obsequias. No hay que reprehender á los que le mataron, pues el tiempo y sus pecados los castigaron despues; ca todos ellos acabaron mal, como en el proceso de su historia vereis.

(LOPEZ DE GÓMARA.—*Historia general de las Indias.*)

## EJECUCION DE ALMAGRO.

(1540.)

Con la vitoria y prendimiento de Almagro enriquecieron unos y empobrecieron otros, que usanza es de guerra, y mas de la que llaman civil, por ser hecha entre ciudadanos, vecinos y parientes. Fernando Pizarro se apoderó del Cuzco sin contradiccion, aunque no sin murmuracion... Hizo proceso contra Almagro, publicando que para enviarlo juntamente con él preso á los reyes, y de allí á España; mas como le dijeron que Mesa y otros muchos habian de salir al camino y soltarlo, ó porque lo tenia en voluntad, por quitarse de ruido sentenciólo á muerte. Los cargos y culpas fueron que entró en el Cuzco mano armada; que causó muchas muertes de españoles;..... que dió y quitó repartimientos sin tener facultad del emperador; que habia quebrado las treguas y juramentos; que habia peleado contra la justicia del rey en Abancay y en las Salinas. Otras hubo tambien que callo por no se tan acriminadas. Almagro sintió grandemente aquella sentencia. Dijo muchas lástimas y que hacian llorar á muy duros ojos. Apeló para el emperador; mas Fernando, aunque muchos se lo rogaron ahincadamente, no quiso otorgar la apelacion. Rogóselo él mesmo, que por amor de Dios no le matase, diciendo que mirase como no le habia él muerto, pudiendo, ni derramado sangre de pariente ni amigo suyo, aunque los habia tenido en poder; que mirase cómo él habia sido la mayor parte para subir Francisco Pizarro, su caro hermano, á la cumbre de honra y ri-



queza que tenia ; dijole que mirase cuán viejo , flaco y gotoso estaba , y que revocase la sentencia por apelacion para dejalle vivir en la cárcel siquiera los pocos y tristes dias que le quedaban , para llorar en ellos y allí sus pecados. Fernando Pizarro estuvo muy duro á estas palabras , que ablandáran un corazon de acero , y dijo que se maravillaba que hombre de tal ánimo temiese tanto la muerte. El replicó , que pues Cristo la temió , no era mucho temella él ; mas que se conhortaria (1) con que segun su edad , no podia vivir mucho. Estuvo Almagro récio de confesar , pensando librarse por allí , ya que por otra via no podia. Empero confesóse , hizo testamento , y dejó por herederos al rey y á su hijo D. Diego. No queria consentir la sentencia , de miedo de la ejecucion , ni Fernando Pizarro otorgar la apelacion porque no la revocasen en Consejo de Indias , y porque tenia mandamiento de Francisco Pizarro. En fin , la consintió. Ahogáronle , por muchos ruegos , en la cárcel , y despues lo degollaron públicamente en la plaza del Cuzco , año de 1540.....

Era Diego de Almagro natural de Almagro ; nunca se supo de cierto quién fué su padre , aunque se procuró. Decian que era clérigo , y no sabia leer. Era esforzado , diligente , amigo de honra y fama ; franco , mas con vanagloria ; ea queria supiesen todos lo que daba. Por las dádivas lo amaban los soldados , que de otra manera muchas veces los maltrataba de lengua y manos. Perdonó mas de cien mil ducados , rompiendo las obligaciones y conocimientos á los que fueron con él al Chili. Liberalidad de principe mas que de soldado ; pero

(1) *Se conhortaria*: se confortaría , se consolaría.

cuando murió no tuvo quien pusiése un paño en su degolladero. Tanto pareció peor su muerte, cuanto él menos cruel fué, ca nunca quiso matar hombre que tocase á Francisco Pizarro.

(LOPEZ DE GÓMARA.—*Historia general de las Indias.*)

#### ASESINATO DE PIZARRO.

(1541.)

Vuelto que fué Francisco Pizarro á los reyes, procuró hacer su amigo á D. Diego de Almagro; mas él no quería, ni aun mostró serlo, porque de suyo y por consejo de Juan de Rada, á quien el padre le encomendara cuando murió, estaba puesto en tomar venganza dél matándole. Pizarro le quitó los indios, porque no tuviese qué dar de comer á los de Chile que se llegaban, pensando necesitarlo por allí á que viniese á su casa, y estorbar la junta y monipodio que contra él podian hacer. El y ellos se indignaron mucho mas por esto, y traian, aunque á escondidas, cuantas armas podian á casa de D. Diego. Avisaron dello á Pizarro; mas él no hizo caso, diciendo que harta mala ventura tenia sin buscar más. Atarón una noche tres sogas de la picota, y pusiéronlas, una en derecho de casa de Pizarro, otra del teniente y doctor Juan Ve'azquez, y otra del secretario Antonio Picado; mas ningun castigo ni pesquisa por ello se hizo, que dió mucha osadía á los almagristas; y así, vinieron de docientas y mas leguas muchos á tratar con D. Diego la muerte de Pizarro; que á rio vuelto, ganancia de pescadores. No querian matarle, aunque determinados estaban, hasta ver primero respuesta de Diego de Alma-

gro, que, como dije, habia ido á España á acusar á los Pizarros; mas apresuráronse á ello con la nueva que iba el licenciado Vaca de Castro, y con que les decian que Pizarro los queria matar; lo cual, si verdad no era, fué malicia de algunos que, deseando la muerte de Pizarro, tiraban la piedra y escondian la mano. Tornaron á decir á Pizarro como sin duda ninguna le querian matar, que se guardase. Él respondió que las cabezas de aquellos guardarían la suya; y que no queria traer guarda, porque no dijese Vaca de Castro que se armaba contra él. Fué Juan de Rada con cuatro compañeros á casa de Pizarro á descubrir lo que allí pasaba. Pregontóle por qué queria matar á D. Diego y á sus criados. Juró Pizarro que tal no queria ni pensaba; mas antes lo querian matar á él, segun muchos le certificaban, y por eso compraban armas. Rada respondió, que no era mucho que comprasen ellos corazas, pues él compraba lanzas. Atrevida y determinada respuesta, y gran descuido y desprecio de Pizarro, que, oyendo aquello y sabiendo lo otro, no le prendía. Pidióle Rada licencia para irse D. Diego de aquella tierra con sus criados y amigos. Pizarro, que no entendia la disimulacion, cogió unas naranjas, ca se paseaba en el jardin, y dióselas, diciendo que eran de las primeras de aquella tierra, y si tenia necesidad que la remediaria. Con tanto Rada se despidió, y se fué á contar esta plática á los conjurados, que juntos estaban; los cuales determinaron de matar á Pizarro estando en misa el dia de Sant Juan. Uno de los determinados descubrió la conjuracion al cura de la iglesia mayor, el cual habló luego aquella noche á Pizado y al mesmo Pizarro, dándole noticia de la traicion. Pizarro, que cenando estaba con sus hijos, se demudó algo; mas de ahí á un poco dijo que no lo creia, porque

no habia mucho que Juan de Rada le habló, y que el descubridor decia aquello por echarle cargo. Envió con todo por Juan Velazquez, su teniente; y como no vino, por estar en la cama malo, fué luego allá con solo Antonio Picado y unos pajes con hachas, y dijo al doctor que remediase aquel monipodio. Él respondió que podia estar seguro, teniendo él la vara en la mano. De Picado me maravillo, que no avivó la tibieza del gobernador ni del teniente en remediar tan notorio peligro. Pizarro descuidó con su teniente, y no fué á la iglesia, siendo dia de Sant Juan, por los conjurados, que propuesto tenían de matarlo en misa; mas oyóla en casa. El teniente, Francisco de Chaves y otros caballeros se fueron, saliendo de misa mayor, á comer con Pizarro, y cada vecino á su casa. Viendo los conjurados que Pizarro no salió á misa, entendieron cómo eran descubiertos, y aun perdidos si no hacian presto. Eran muchos los de Chile que favorecian á D. Diego, y pocos los escogidos y ofrecidos al hecho; ca no querian mostrarse hasta ver cómo salia el trato que traia Juan de Rada. Él, que mañoso era y esforzado, tomó luego once compañeros muy bien armados, ..... y como todos estaban comiendo, fué adonde Pizarro comia, las espadas sacadas, y voceando, por medio de la plaza: «muera el tirano, muera el traidor, que ha hecho matar á Vaca de Castro.» Esto decian por indignar la gente. Pizarro, sintiendo las voces y ruido, conoció lo que era, cerró la puerta de la sala, dijo á Francisco Chaves que la guardase con hasta veinte hombres que dentro habia, y entróse á armar. Rada dejó un compañero á la puerta de la calle, que dijese como ya era muerto Pizarro, para que acudiesen á lo favorecer todos los de Chile, que serian docientos, y subió con los otros diez. Chaves abrió la puerta, pen-

sando detenerlos y amansarlos con su autoridad y palabras. Ellos, por entrar antes que cerrasen, diéronle una estocada por respuesta. Él echó mano á la espada, diciendo: «¡Cómo, señores! ¿y á los amigos tambien?» Y diéronle luego una cuchillada que le llevó la cabeza á cercen, y rodó el cuerpo las escaleras abajo. Como esto vieron los que dentro estaban, descolgáronse por las ventanas á la huerta, y el doctor Velazquez el primero, con la vara en la boca, porque no le embarazase las manos. Solamente quedaron, y pelearon en la sala siete; los dos quedaron heridos y los cinco muertos: Francisco Martín de Alcántara, medio hermano de Pizarro; Vargas y Escandon, pajes de Pizarro; un negro, y otro español, criado de Chaves. Defendieron la puerta de la cámara do se armaba Pizarro una pieza. Cayeron los pajes muertos. Salió Pizarro bien armado, y como no vió mas de á Francisco Martín, dijo: «¡A ellos, hermano; que nosotros bastamos para estos traidores!» Cayó luego Francisco Martín, y quedó solo Francisco Pizarro, esgrimiendo la espada tan diestro, que ninguno se acercaba, por valiente que fuese. Rempujó Rada á Narvaez, en qué se ocupase. Embarazado Pizarro en matar aquel, cargaron todos en él, y retrujéronlo á la cámara, donde cayó de una estocada que por la garganta le dieron. Murió pidiendo confesion, y haciendo la cruz, sin que nadie dijese: «Dios te perdona,» á 24 de Junio, año de 1544..... Nació en Trujillo, y echáronlo á la puerta de la iglesia. Mamó una puerca ciertos dias, no se hallando quien le quisiese dar leche. Reconociólo después el padre, y traíalo á guardar los puercos, y así no supo leer. Dióles un día mosca á sus puercos, y perdiólos. No osó tornar á casa de miedo, y fuese á Sevilla con unos caminantes, y de allí á las Indias. Estuvo en

Santo Domingo, pasó á Uraba con Alonso de Hojeda, y con Vasco Nuñez de Balboa á descubrir la mar del Sur, y con Pedrarias á Panamá. Descubrió y conquistó lo que llaman el Perú, á costa de la compañía que tuvieron él y Diego de Almagro y Hernando Luque. Halló y tuvo mas oro y plata que otro ningun español de cuantos han pasado á Indias, ni que ninguno de cuantos capitanes han sido por el mundo. No era franco ni escaso; no pregonaba lo que daba. Procuraba mucho por la hacienda del rey. Jugaba largo con todos, sin hacer diferencia entre buenos y ruines. No vestia ricamente, aunque muchas veces se ponía una ropa de martas que Fernando Cortés le envió. Holgaba de traer los zapatos blancos y el sombrero, porque así lo traía el Gran Capitan. No sabia mandar fuera de la guerra, y en ella trataba bien los soldados. Fué grosero, robusto, animoso, valiente y honrado; mas negligente en su salud y vida.

(LOPEZ DE GÓMARA.—*Historia general de las Indias.*)

### CONQUISTA DE TÚNEZ.

(1535.)

....El emperador Carlos V, por espantar á sus enemigos y defender la causa comun de la cristiandad, comenzó á ponerse á punto para la jornada de Túnez, porque sabia que Barbarroja ponía en orden muy grande armada para ir sobre Nápoles, ó á lo menos apoderarse de Sicilia..... El Papa Paulo, cuando supo la determinacion de su majestad, alabó mucho su santo celo, y ofrecióse de ayudarle con doce galeras armadas á su

costa, y luego hizo capitán dellas á Virginio Ursino, dándole por compañero y colega á Paulo Justiniano, persona muy diestra y ejercitada en las cosas de la mar.... Mandó su majestad aparejar con toda brevedad, así en España como en Italia, todas las cosas necesarias para la guerra; y cuando supo que ya estaba todo á punto, partióse de Castilla para la ciudad de Barcelona. Los señores y repúblicas de Italia todos acudieron con sus socorros, teniéndose por seguros de sus cosas con ver que la guerra se hacia contra infieles. Solos los venecianos se estuvieron quedos, porque no osaron quebrantar la tregua que tenían con Soliman treinta años habia, desde que se capituló la paz con Bayaceto. Estaba en Barcelona el príncipe Doria con treinta galeras, y la una dellas de cuarenta remos, la mas hermosa y bien artillada, y entoldada de paños ricos, que jamás se vió, para que en ella pasase la persona de su majestad: los galeotes que remaban en ella iban vestidos de raso, y los soldados de seda y de recamados muy costosos. Envió el Pontífice, por honrarle, al príncipe Doria un breve llano de favores, y un estoque bendito, con la empuñadura sembrada de piedras de inestimable valor, la vaina esmaltada y las guarniciones de oro, con un riquísimo cinto de lo mismo, y un bonete de felpa con muy muchas perlas; que todas estas son insignias que los pontífices suelen enviarlas á los grandes príncipes cuando comienzan alguna guerra de propósito contra infieles. El marqués del Vasto, por orden de su majestad, puso en Génova todas las compañías de gente española, italianos y tudescos, de que él era capitán general.... Siguió la via de Sicilia para recoger de camino las galeras del Papa y las de Nápoles. Tomó puerto en Civita-Vieja, adonde el Papa Paulo le estaba esperando para

ver la gente y echarles á todos la bendicion. Allí dió de su mano el Pontífice, con las ceremonias acostumbradas, á Virginio Ursino las insignias de capitán general.... El emperador tenia juntos ya en Barcelona ocho mil infantes y setecientos caballos de sus guardas ordinarias, que, conforme á la costumbre antigua, se pagan en estos reinos para su seguridad, sin otros algunos con que sirvieran los señores de Castilla. Estaban así mesmo con su majestad otros muchos señores y caballeros, que no quisieron quedar ellos holgando y en sus casas, viendo ir á su rey en una demanda tan justa.... Vino tambien allí el infante D. Luis de Portugal, hermano de la emperatriz nuestra señora, con veinte y cinco carabelas y con un galeon; el mayor y mas bien armado que hasta entonces se habia visto en la mar; en estas carabelas iban hasta dos mil infantes. Estaban tambien con su majestad sesenta náuíos gruesos de Flandes, con mucha gente y con remeros de los condenados por justicia, para suplir las galeras si alguno faltase. Partieron casi á un tiempo su majestad de Barcelona y el marqués del Vasto de Palermo, y viniéronse á juntar en el puerto de Cállor, en Cerdeña. Allí se esperó hasta que llegaren las galeras de España; y como llegaron, luego el emperador se dió á la vela, y fué á tomar puerto en Útica, ciudad de Berbería.... Salióse presto su majestad de Útica, y fuese á poner á vista de Túnez, adonde estaba el corsario Barbarroja, el cual quedó atónito de ver tanta multitud de velas, que pasaban, entre grandes y pequeñas, de mas de setecientas; pero lo que mas espanto le puso fué saber que venia allí el emperador en persona; cosa que nunca él pensó que fuera posible; y porque Aloisio Presenda, cautivo genovés, le habia dicho que el emperador no habia de



ir con la armada, sino solo Andrea Doria, y no con tanto aparato como allí habia, mandóle luego cortar la cabeza, diciendo que le habia engañado. Llamó á consejo sus capitanes: dijoles que no habia qué temer, pues el tiempo era tan caluroso, la tierra herviente y arenosa, y los enemigos no acostumbrados á tan excesivos calores; y que si la guerra duraba, necesariamente, pues eran tantos, les habian de faltar mantenimientos, que todo el negocio consistia en defender la Goleta, por ser aquella la principal fuerza de la ciudad y aun del reino.....

Batióse la Goleta por mar y por tierra con grandísima furia, en 12 dias del mes de Julio del año 1535. Duró la batería dende la mañana hasta pasado medio dia; parecia que se hundia el cielo y la tierra, tanto, que del gran ruido se alteró la mar, que parecia estaba en tormenta: pusieron por tierra una torre con sus barbaccanas; todas las troneras donde los turcos tenian su artillería vinieron al suelo con los mismos artilleros, y quedó tan abierto el muro, que fácilmente se pudo dar el asalto. Cuando hubieron de arremeter salió delante un fraile con un crucifijo en las manos, animando á los soldados á la pelea, y lo mesmo hacia su majestad, que andaba de uno en otro, esforzando á todos. Fué tan animoso el acometimiento, que Sinan y los suyos no osaron esperar, y se salieron huyendo por una puerta trasera, y se fueron á meter en la ciudad. Ganóse con esto fácilmente la Goleta, y juntamente se ganaron casi todas las galeras de Barbarroja, que las habia él sacado y puesto en seco. Fué increíble el contentamiento del emperador cuando vió que al tirano se le habian quitado los instrumentos de sus latrocinios; y por el contrario quedó desesperadísimo Barbarroja de verse sin galeras: dijo á Sinan mu-

chas palabras injuriosas porque se habia venido huyendo, y respondióle con mucha paciencia: «Yo te digo, señor, que si yo hubiera de pelear con hombres, que no huiera; mas no me pareció cordura tomarme con Satanás, y por eso me quise guardar para mejor tiempo.»

Barbarroja, que supo de sus corredores, cómo nuestro campo se le acercaba, hizo del suyo lo que Muleásen tenia ya dicho que haria. Salió al campo y púsose en orden de pelear, echando delante la gente vil y de poco precio, y quedóse con la mayor en la retaguardia. Cuando los nuestros llegaron á las cisternas, como el calor era ardentísimo, y la sed tanta, que no bastaba el agua que se llevaba en botas, tanto, que alguno hubo que dió por un jarro della dos escudos; acudieron tantos y tan desvalidos al agua, que se desordenaron algunos escuadrones con hartó peligro; y si los enemigos acudieran entonces, se pudiera recibir algun notable daño; pero ellos no vinieron, y su majestad y los otros capitanes acudieron á echar á palos la gente de sobre el agua; y así se volvió todo á su orden. Tenia Barbarroja bien cien mil hombres, y quando los nuestros llegaron á vista de su campo, comenzó á disparar de su artillería, pero sin fruto ninguno. Venia mas atrás la nuestra, y por eso no se pudo jugar, y porque el camino era arenoso, y la llevaban en carros ó en hombros de esclavos, no se podia mover con diligencia. Era tanta la gana que los cristianos mostraban de verse ya envueltos con los enemigos, que cada momento de dilacion se les hacia un año. A esta causa le pareció al marqués que no debia dilatar mas el rompimiento, ni

servirse aquel día de las culebrinas, sino arremeter luego, porque los suyos no se enfriasen, ó los turcos cobrasen ánimo con pensar que los nuestros se detenían de miedo. Con esta determinacion acudió el Marqués á su majestad, que andaba entre los delanteros, discurriendo de una parte á otra, exhortando y animando á todos, y díjole estas palabras: «Si á vuestra majestad le pareciese, yo no esperaria hoy artilleria, sino tocaria luego arma.» Respondió entonces el César: «Tambien me parece á mi eso, mas yo no lo puedo mandar; vos que podeis, hacedlo, pues hoy es vuestro dia.» Respondió el marqués con rostro alegre: «Bien me parece, señor, que haya vuestra majestad querido echarme á cuestras esta carga. Y pues así es, yo quiero usar mi oficio; y ante todas cosas mando á vuestra majestad que luego se vaya á su puesto, y se ponga en su batalla con el estandarte, no sea nuestra mala suerte que se desmande algun arcabuz, y peligre vuestra persona para total perdicion del mundo.» Hinchóse el César de alegría cuando oyó tan cortesanas palabras, y volvió luego las riendas al caballo, diciendo: «Pláceme por cierto de obedecer lo que mandais, aunque no habia de qué temer; que pues nunca emperador murió tal muerte como esa, no es de creer que la moriré yo.» No hubo bien su majestad llegado á su puesto, cuando luego sin mas detenimiento se dió señal de arremeter. Fué tanta la priesa y el ánimo con que se hizo el primer acometimiento, que aunque D. Hernando de Gonzaga con una banda de caballos ligeros fué el primero que vino á las manos con el enemigo, y mató un capitán y trescientos ó cuatrocientos moros, casi á la par llegaron los escuadrones de la infanteria. Fué tal el primer acometimiento, que los alárabes volvieron luego

las espaldas, y Barbarroja con sus siete mil turcos se metió huyendo dentro de la ciudad, y cerró las puertas á gran prisa. El César, como vió tan presto desembarazado el campo, fué á ponerse en los mismos alojamientos donde Barbarroja tenia sus gentes, con propósito de batir el muro y ganar la ciudad por fuerza. Luego en entrando en la ciudad, Barbarroja, como iba rabiando y medio loco de coraje, dijo que le trajesen todos los cautivos cristianos que estaban en las mazmorras de la fortaleza, que los queria matar. Estorbóselo Sinan, judío, pareciéndole bajeza muy grande matar á quien no podia ofender. Supieron esta determinacion de Barbarroja dos renegados cristianos,..... avisaron á los cautivos, que pasaban de seis mil, de lo que pasaba, y de cómo se trataba de maltratarlos, y con las llaves que pudieron hallar abrieron las mazmorras, y ayudaron á quebrar de las prisiones, y los sacaron á todos fuera desnudos y maltratados. Así como estaban abrieron las puertas de la fortaleza, y con piedras y palos y con lo que pudieron hallar á mano mataron algunos turcos; tornáronse luego á meter en la fortaleza, y con la mesma furia acudieron á la sala de las armas, y en un momento se armaron todos, y se pusieron en orden, y comenzaron de hacer ahumadas en señal de la vitoria, para que los nuestros supiesen que estaba por ellos la fortaleza. El emperador y todos, aunque vian las ahumadas, no entendian qué podria ser, hasta que de algunos que se salian de la ciudad y se pasaban al campo de Muleásés, se vino á saber la verdad. Barbarroja, como vió la fortaleza perdida, quiso matar á Sinan, porque no le dejó hacer lo que queria de los cautivos. Acudió á la fortaleza, pensando que por halagos y buenas razones le abririan, y respondió-

ronle con piedras y lanzas. Con lo cual acabó de perder de todo punto la esperanza de poderse defender; y tomando consigo todos los turcos, dió con ellos y con todo lo que pudo llevar de sus tesoros en Bona, porque allí tenia catorce galeras de respeto para si se viese en alguna necesidad. No fué bien salido de la ciudad Barbarroja, cuando salieron della los magistrados con el Mesuar á entregar á su majestad las llaves.....

El primero que entró en la ciudad fué el marqués del Vasto; acudió á la fortaleza á regocijarse con los cautivos; halló entre otros despojos hasta treinta mil ducados, que Barbarroja no pudo llevarlos consigo. Estos se le dieron al marqués por el trabajo de aquel dia como capitán general. Los cautivos fueron los que comenzaron el saco de la ciudad, y tras ellos entraron todos los demas soldados, que no hubo orden de detenerlos: pusieronse algunos moros en resistencia, y matáronlos luego. Despues atendieron todos á robar, aunque los tudescos no se hartaban de matar en aquellos infieles, hasta que las lágrimas y alaridos de los niños y mujeres movieron á piedad al César, y mandó que nadie matase á quien no se defendiese con armas.....

Su majestad fuese derecho al alcázar; agradeció mucho á los cautivos lo que habian hecho por él; mandólos vestir y proveer, para que se pudiesen cada uno ir á su tierra.

(Jornada de Carlos V á Túnez, por el DOCTOR GONZALO DE ILLESCAS.)

BATALLA DEL ALBIS.

En este tiempo nuestra puente habia llegado á la ribera, mas la anchura del rio era tan grande, que se vió que no bastaban nuestras barcas para ella; y así, era necesario que ganásemos las de nuestros enemigos; y como para la virtud y fortaleza no hay ningun camino difícil, tampoco lo fué este del Albis (1) con todas sus dificultades.

Ya en este tiempo los enemigos comenzaban á desamparar la ribera, no pudiendo sufrir la fuerza de los nuestrós; mas no tantos que no hubiese muchos á la defensa. Pues viendo el emperador que era necesario ganalles su puente, mandó que el arcabuceria usase toda diligencia; y así, súbitamente se desnudaron diez arcabuceros españoles, y estos, nadando con las espadas atravesadas en las bocas, llegaron á los dos tercios del puente que los enemigos llevaban el rio abajo, porque el otro tercio quedaba el rio arriba muy desamparado dellos. Estos arcabuceros llegaron á las barcas, tirándoles los enemigos muchos arcabuzazos de la ribera, y las ganaron, matando á los que habian quedado dentro, y así las trujeron; tambien entraron tres soldados españoles á caballo armados, de los cuales uno se ahogó. Ganadas estas barcas, y estando ya toda nuestra arcabuceria tendida por la ribera y señora della, los enemigos comenzaron del todo á perder ánimo.

En este tiempo el duque de Alba tornó á decir á su

---

(1) *Albis*: hoy *Elba*.

majestad certificadamente (1) como el vado era descubierta y se podía pasar; y así, el emperador quiso proseguir su determinacion y pasar el rio.... Ya la ribera de nuestros enemigos parecia desamparada, y así, el emperador con una presteza increíble mandó que la caballería comenzase á pasar el vado, y juntamente que del puente de los enemigos y del nuestro se hiciese uno, y pasase la infantería española y luego los tres regimientos de alemanes. Habia puesto tanta diligencia el duque de Alba en descubrir el vado, que por todas partes habia hecho buscar guias y pláticos del rio, entre los cuales halló un villano muy mancebo, al cual habian los enemigos tomado el dia antes dos caballos, y como en venganza de su pérdida, se vino á ofrecer que él mostraria el vado, y decia: «yo me vengaré destes traidores que me han robado, con ser causa que hoy sean degollados....»

El duque de Alba, por orden del emperador, mandó que toda la caballería húngara y el príncipe de Salmona con sus caballos ligeros pasase el rio, llevando cada uno un arcabucero á las ancas del caballo, y luego pasó con la gente de armas de Nápoles, llevando consigo al duque Mauricio y á los suyos, porque esta caballería era la vanguardia. Luego el emperador y el rey de romanos con sus escuadrones llegaron á la ribera. Iba el emperador en un caballo español castaño oscuro, el cual le habia presentado mosiur de Ri, caballero del orden del Tuson, y su primer camarero; llevaba un caparazon de terciopelo carmesí con franjas de oro, y unas armas blancas y doradas, y no llevaba sobre ellas otra cosa sino la banda muy ancha de tafetan carmesí listada de

(1) *Certificadamente*: con toda seguridad.

oro, y un morrion tudesco y una media asta, casi venablo, en las manos. Fué como la que escriben de Julio César cuando pasó el Rubicon, y dijo aquellas palabras tan señaladas; y sin duda ninguna cosa mas al proprio no se podia representar á los ojos de los que allí estábamos, porque allí vimos á César, que pasaba un rio, él armado y con ejército armado, y que de la otra parte no habia que tratar sino de vencer, y que el pasar del rio habia de ser con esta determinacion y con esta esperanza; y así, con la una y con la otra el emperador se metió al agua, siguiendo el villano que tengo dicho, que era nuestro guia; el cual tomó el vado mas á la mano derecha el rio arriba de lo que los otros habian ido. El suelo era bueno, mas la profundidad era tanta, que cubria las rodillas de los caballeros, por grandes caballos que llevasen; en algunas partes nadaban los caballos, mas era poco trecho. Desta manera salimos á la otra ribera, adonde, por ser el rio mas extendido, tenia mas de treientos pasos en ancho. El emperador hizo dar á su guia dos caballos y cien escudos....

El emperador, con mayor trote que podia sufrir gente de armas, seguia el camino que los enemigos llevaban, en el cual halló un crucifijo puesto, como suelen poner en los caminos, con un arcabuzazo por medio de los pechos. Esta fué una vista para el emperador tan aborrecible, que no pudo disimular la ira que de una cosa tan fea se debia recibir, y mirando al cielo, dijo: «Señor: si vos quereis, poderoso sois para vengar vuestras injurias;» y dichas estas palabras, prosiguió su camino por aquella campaña tan ancha y tan rasa....

A este tiempo el duque de Alba, conociendo tan buena ocasion, envió á decir al emperador que él cargaba, y así lo hizo por una parte con la gente de armas



de Nápoles, y el duque Mauricio con sus arcabuceros por la otra. Y luego su gente de armas y nuestra batalla, que ya habia tornado á ganar la mano derecha, movieron contra los enemigos con tanto ímpetu, que súbito comenzaron á dar la vuelta los enemigos, y apretaron los nuestros de manera que á ninguna otra cosa les dieron lugar sino de huir; y comenzaron á dejar su infantería, la cual al principio hizo un poco de resistencia para recogerse al bosque. Mas ya toda nuestra caballería andaba tan dentro de la suya y de sus infantes, que en un momento fueron todos rotos. Los húngaros y los caballos ligeros, tomando un lado, acometieron por un costado, y con una presteza maravillosa comenzaron á ejecutar la victoria, para lo cual estos húngaros tienen grandísima industria; los cuales arremetieron diciendo: «España», porque á la verdad el nombre del imperio, por la antigua enemistad, no les es muy agradable.

Destá manera se llegó al bosque, por el cual eran tantas las armas derramadas por el suelo, que daban grandísimo estorbo á los que ejecutaban la victoria; los muertos y heridos eran muchos: unos muertos de encuentro, otros de cuchilladas grandísimas, otros de arcabuzazos; de manera que era una la muerte y los géneros della muy diversos. Eran tantos los prisioneros, que habia muchos de los nuestros que traian quince y veinte soldados rodeados de sí. Habia muchos hombres, que parecian ser de mas arte que los otros, muertos en el campo, otros que aun no acababan de morir, gimiendo y revolviéndose en su misma sangre; otros se veía que se les ofrecia su fortuna como era la voluntad del vencedor, porque á unos mataban y á otros prendian, sin haber para ello mas eleccion que la voluntad del que los seguía. Estaban los muertos en muchas partes amon-

tonados, y en otras esparcidos, y esto era como les tomaba la muerte, huyendo ó resistiendo. El emperador siguió el alcance una gran legua. Toda la caballería ligera, y mucha parte de la tudésca y de los hombres de armas del reino, le siguieron tres leguas. Ya estábamos en medio del bosque, cuando el emperador, que allí estaba, paró y mandó recoger alguna gente de armas, porque toda andaba ya tan esparcida, que tan sin orden andaban los vencedores como los vencidos; lo cual fué asegurar la victoria, y si algun inconveniente sucediera á los que iban delante proveello, porque es cosa muy sabida que un capitan lo ha de pensar todo, y no decir despues «no lo pensé.»

Habiendo parado allí el emperador y el rey, el cual en todo esto mostró ánimo verdaderamente de rey, vino el duque de Alba, que habia llegado mas adelante siguiendo el alcance, armado de unas armas doradas y blancas, con su banda colorada, en un caballo bayo, sin otra guarnicion alguna mas de la sangre de que venia lleno de las heridas que traia en él. El emperador le recibió muy alegremente y con mucha razon. Estando así, vinieron á decir al emperador cómo el duque de Sajonia era preso. En su prision pretendian ser los principales dos hombres de armas españoles de los de Nápoles, y tres ó cuatro caballos ligeros españoles y italianos, y un húngaro y un capitan español. El emperador mandó al duque de Alba que le trujese; y así fué traído delante dél. Venia en un caballo frison, con una gran cota de malla vestida, y encima un peto negro con unas correas que se ceñian por las espaldas, todo lleno de sangre de una cuchillada que traia en el rostro, en el lado izquierdo. El duque de Alba venia á su mano derecha, y así lo presentó á su majestad. El duque de

Sajonia se quiso aprear, y queriase quitar el guante para tocar la mano, segun costumbre de alemanes, al emperador; mas él no lo consitió ni lo uno ni lo otro, porque á la verdad, del trabajo y de la sed y de la herida venia tan fatigado, y él es tan pesado, que pienso que el emperador tuvo mas respeto á esto que á lo que él merecia. Él se quitó el chapeo y dijo al emperador, segun costumbre de Alemania: «Poderosísimo y graciosísimo emperador, yo soy vuestro prisionero.» A esto el emperador respondió: «Agora me llamis emperador; diferente nombre es este del que me solíades llamar.» Y esto dijo porque cuando el duque de Sajonia y Lantgrave traian el campo de la liga, en sus escritos llamaban al emperador «Cárlos de Gante, el que piensa que es emperador.» Y así, nuestros alemanes cuando esto oian decian: «Dejá hacer á Cárlos de Gante, que él os mostrará si es emperador;» y por esta causa el emperador respondió así; y despues le dijo que sus méritos le habian traído en los términos en que estaba. A estas palabras el duque de Sajonia no respondió nada, sino alzando los hombros abajó la cabeza, suspirando con semblante digno de haberle lástima, si la mereciera un bárbaro tan bravo y tan soberbio como él habia sido. El duque tornó á decir al emperador le suplicaba que le tratase como á su prisionero; el emperador le dijo que él seria tratado segun que merecia, y mandó al duque de Alba que con buena guardia le hiciese llevar al alojamiento del rio, que era el que se tomó aquel dia mismo cuando ganamos el vado.....

Esta batalla ganó el emperador á 24 de Abril de 1547 años, un dia despues de San Jorge y vispera de San Marco, habiendo doce dias que partió de Eguer. Comenzóse sobre el rio Albis á las once horas del dia; aca-

bóse á las siete de la tarde, habiendo combatido sobre el vado, y ganádole al enemigo, y seguidóle tres leguas, como está dicho, combatiéndole siempre hasta llegar donde con sola su caballería le prendió, rompiendo su infantería y caballería.....

Esta victoria tan grande el emperador la atribuyó á Dios, como cosa dada por su mano; y así, dijo aquellas tres palabras de César, trocando la tercera como un príncipe cristiano debe hacer, reconociendo el bien que Dios le hace: «Vine y vi, y Dios venció.»

(D. LUIS DE ÁVILA Y ZÚÑIGA.—Comentario de la guerra de Alemania.)

### CÁRLOS V EN YUSTE.

(1556—1558.)

Es el monasterio de Yuste de los religiosos verdaderamente monjes solitarios del glorioso padre San Gerónimo, que, como á todos es notorio, son de los mas observantes, y del mejor gobierno que tiene la Iglesia de Dios, y guardan el recogimiento y autoridad que pide la vida monástica; y por eso con mucha razon han sido y deben ser estimados de los reyes de España.

Tiene su asiento este monasterio de Yuste en la Vera, obispado de Plasencia, siete leguas de la misma ciudad, en un despoblado fresco y de muchas aguas de fuentes, con infinidad de frutas de todo género, de invierno y verano, que segun todos dicen, y el nombre de Plasencia que el rey Don Alonso le dió, *ut placeat Deo et hominibus*, es la tierra mas apacible y de mayor templanza, y mas recreacion que hay en España. El

lugar mas cercano de este monasterio, donde pasaban los criados de S. M. que estaban con él en el monasterio, se dice Coacos, de hasta quinientos vecinos, y está un cuarto de legua del monasterio, y no se ve de él porque entre él y el monasterio media una cuestecilla que quita la vista del uno al otro.

El monasterio está en la ladera de este cerro ó collado, hácia la parte del Setentrion de la iglesia, que es á la parte de arriba. Tiene dos claustros; el uno era nuevo en este tiempo, y el otro razonable, si bien viejo.

A la parte de abajo, á Mediodía, se hizo el aposento de S. M. arrimado á la iglesia, en el cual se hicieron seis piezas principales bajas y otras seis altas. De las bajas se servian poco: unas de las piezas altas salia al altar mayor, y al mismo piso de él, á donde se abrió una puerta con un arco que tendria seis piés de ancho, por donde oye misa y los officios divinos, á las veces en la cama y otras levantado, y por allí entraban á darle la paz y á comulgar.

Este aposento alto de S. M. sale al piso del suelo bajo del claustro nuevo, de manera que S. M. se podia salir por el claustro á la huerta sin subir ni bajar escalon, y aun si queria cabalgando. Fuera de este aposento, mas adelante y al mismo piso, pegados con el claustro nuevo, estaba el aposento de los barberos, y de la cámara y ayudas, y del relojero gemelo: todo esto al Mediodía, á la vuelta del Oriente. Junto al claustro estaban todas las oficinas ó las mas, de manera que todos los aposentos estaban fuera del monasterio y arrimados á él. Y aunque habia puertas de los aposentos del monasterio, siempre queria S. M. que estuviesen cerradas: solo tomó del monasterio el capitulo para caba, y otra pieza para botica, y la hospedería para el médico, cerbeceros y panaderos.

Debajo del aposento de S. M. estaba la huerta principal y jardines del monasterio, sobre los cuales caian todas las ventanas de los aposentos del emperador, y se enseñoreaba de todo ello. Esto fué lo que tomó para su servicio, y puso hortelanos y jardineros en él, y el monasterio hizo otra huerta de la parte de arriba del Setemtrion, de la cual se sirvió todo el tiempo que vivió. Y porque ni frailes ni otra persona que no fuese de sus criados pudiese pasar á otras huertas que estaban dentro del cercado, de las cuales asimismo se enseñoreaban las ventanas del cuarto de S. M. allende de la huerta y jardines que habia tomado para su servicio, se atravesó una tapia con su puerta entre la huerta que se hizo nueva para el monasterio, y todo lo demas para que S. M. gozase de ello, sin que hubiese ni se atravesase cosa que le ofendiese la vista. Y conociendo que era este el gusto de S. M. se hizo así, aunque él no lo mandó; pero holgóse cuando lo vió hecho. Dentro de aquel cercado, y al cabo dél, estaba una ermitilla bonita, casi dos tiros de ballesta de su aposento, á donde se iba algunas veces á holgar, porque desde su aposento hasta esta ermita estaba llano, así lo de dentro de casa, como lo que duraban las huertas, sin haber cuesta ni paso; aunque hiciese sol se podia andar sin él, porque todo el camino estaba lleno de castaños que hacian muy buena sombra, con otros árboles de fruta. Donde una vez quiso ir sobre una jaquilla bien pequeña, que no tenia otra cabalgadura sino aquesta y una mula vieja, y puesto en la jaquilla, apenas dió tres ó cuatro pasos cuando comenzó á dar voces que le bajasen que se desvanecia; y como iba rodeado de sus criados, le quitaron luego, y desde entonces nunca mas se puso en cabalgadura alguna. Tal era el sitio de Yuste y aposento dél.

De las ocupaciones y ejercicios en que S. M. pasaba la vida, que todo fué un dechado, no solo de seglares hombres del mundo, pero aun de religiosos perfectos. Vivía tan pobremente, que mas parecían sus aposentos robados por soldados, que adornados para un tan gran príncipe: solo había en todos ellos unos paños negros como de luto, y no en todos, sino en solo aquel en que S. M. dormía, y una sola silla de caderas, que mas era medio silla, tan vieja y ruin, que si se pusiera en venta no dieran por ella cuatro reales; pues los vestidos de su persona eran harto pobres y siempre de negro. Lo que tenía de mas valor era un poco de plata para su servicio, y la plata era llana, que no había en toda ella una pieza dorada ni curiosa.....

En estos ejercicios espirituales de la oración, lección y contemplación era tan continuo, que aun á los muy perfectos del monasterio confundía. Rezaba el oficio divino, y si por alguna indisposición no podía, rezaba por él su confesor delante de él. Todas las fiestas oía la misa mayor con grande solemnidad, y las mas en canto de órgano, aunque su mal le quitase el poderse levantar, y por ninguno dejaba cada día de oír misa rezada.

Oía continuamente sermones despues de comer, y nunca se cansaba de ellos por largos que fuesen. Cuando no tenía sermon le leía el confesor una lección de San Agustín; oía visperas y completas, y las fiestas en canto de órgano, que duraba dos horas, sin recibir jamás fastidio. Era muy amigo de la música y que le dijese los oficios en canto de órgano, con tal que no cantasen sino frailes.....

De manera que ya que no fué fraile en la profesion, fué en las obras, porque amó quanto pudo la pobreza.

Además de lo dicho sucedió que estando un día en la cama bueno, siete ú ocho días antes de la enfermedad de que murió, afeitábale su barbero, que se decía Nicolás, criado antiguo, y díjole:—«Nicolás, ¿sabes qué estoy pensando?»—Respondió: «¿qué, señor?»—Que tengo ahorradas dos mil coronas, y querria hacer mis honras con ellas.» Y como Nicolás replicase (que era hombre decidor):—«No se cure vuestra majestad de eso, que si se muriese, nosotros le haremos las honras, díjole:—¡Oh cómo eres necio! Igual es llevar el hombre la candela delante que no detrás.»—Como si profetizara su muerte, que luego cayó malo del mal que murió, y con las mismas coronas se compró la cera y lutos con que fué sepultado, y se le hicieron las honras. Por manera que el mayor caudal y ahorro del César, que tantos millones habia tenido en esta vida y gastado en ella, eran dos mil escudos, y estos dedicados para su sepultura.

(SANDOVAL.—*Historia del Emperador Cárlos V.*)

## BATALLA DE SAN QUINTIN

Y FUNDACION DEL MONASTERIO DEL ESCORIAL.

(1554.—1586.)

.....Pretendió el francés otra vez ir sobre Nápoles, embió al duque de Guisa para esto con un grueso ejército; por otra parte comenzó á fatigar algunos pueblos de Flandes, de suerte que antes que se acabasen los cinco años que estaban asentados de treguas, ya estaba



todo ardiendo en guerras. Embió el rey D. Filipe á Filiberto, duque de Saboya, por general de un grueso ejército, para que entrase en las tierras del enemigo, le divirtiese de Flandes, y le pusiese en necesidad de volver á defenderse. Puso el duque con extremada diligencia su gente sobre San Quintín, y apretóla bien. El francés mandó á Memoransi, condestable, que fuese contra el duque de Saboya con treinta y dos banderas de infantería y cinco mil caballos y muy buena artillería, catorce piezas gruesas de batir y muchos cañones de campaña. Ordenó que divirtiesen á los del cerco los suyos con algunas escaramuzas, para que entretanto pudiese él poner socorro dentro de la villa. El duque, entendido el designio, sin darles lugar á esto, les salió al encuentro; llevaba en su campo buena copia de herueruelos y escogida infantería de españoles y caballos de alemanes; acometieron á los franceses con gran ímpetu, comenzóse una batalla reñida, aunque duró poco en señalarse la vitoria por la gente del rey Filipe; desbaratóse la gente de caballo, turbáronse los escuadrones franceses, rompieron las compañías de la infantería, volvieron las espaldas, sin poder resistir la fuerza, y en el alcance murieron casi todos ó quedaron cautivos, rendidas por muchos dellos afrentosamente las armas. Prendieron al condestable con un hijo suyo y otros muchos señores de la nobleza de Francia; perdióse á vueltas toda la artillería, y fué grandísima la presa de los despojos y cautivos; porque no quedó bandera que no viniese á manos de la gente de Filipo.... Iba el rey D. Filipe acercándose á su campo, y antes que llegase le encontró la nueva, trayéndole luego delante al condestable y á los otros caballeros que habian sido presos en la batalla. Fué esta la primera de las vitorias que tuvo Filipe

segundo, y acertó por celestial acuerdo á ser en diez dias de Agosto, fiesta del glorioso martir San Lorenzo, español, á quien desde su niñez tuvo este piadoso principe singular devocion.....

Los de San Quintín, aunque vieron la rota del condestable, y quedaron desamparados de socorro, no desmayaron, animados con el valor del almirante de Francia que mantenía la fuerza, fiados en el fuerte sitio y en la buena gente y artillería que tenían dentro. Todo aprovechó poco: apretóse el cerco, y al fin se entró en la ciudad por fuerza de armas, á veintiseis dias del mismo mes de Agosto el año 1554. Hallóse dentro muchos despojos, y fué preso el almirante con otros muchos caballeros y llevado en guarda á la Esclusa..... Aquí acabó de confirmarse nuestro Filipo en sus altos designios: entendiendo claro el patrocinio de su santo, propuso de edificarle un templo.....

Luego trató nuestro Filipo de poner en ejecucion sus buenos propósitos; comenzó lo primero á poner los ojos dónde asentaria su corte, entendiendo cuán importante es la quietud del principe, y estar en un lugar, para desde allí proveerlo todo y darle vida, pues es el corazon del cuerpo grande del reino. Contentóse sobre todo la villa y comarca de Madrid, por ser el cielo mas benigno y mas abierto, y porque es como el medio y centro de España.....

Tras esta determinada resolucion miró lo segundo: dónde estaria bien asentada la fábrica que traía en su pecho. Pretendía siempre que fuese propia casa de San Gerónimo, que estuviese fuera, y aun lejos de poblado, donde los religiosos ni tuviesen quien los estorbase la quietud de su contemplacion, y cuando él quisiese retirarse del bullicio y ruido de su corte, el lugar mismo

le ayudase á levantar el alma en santas meditaciones, de que no tenia poco ejercicio y gusto.....

En la ladera desta sierra , junto á una pequeña poblacion, que se llama el Escorial, en aquella parte por donde mira mas derecha al mediodía y reino toledano , siete leguas de Madrid , muy á su vista á la parte del poniente, nueve de Segovia , que está al norte, otras siete ó poco mas de Avila, que mira al poniente, se descubrió una llanura ó plaza suficiente para una grande planta y el contorno de la tierra lleno de muchas comodidades para el propósito; levantado en la ladera, donde no llegan los vapores gruesos que se exhalan con el sol á la mañana, puesto al mediodía, que para las tierras frias como lo son estas sierras, es de mucha consideracion. Guardadas las espaldas con el mismo monte de los ciérzos frios , aunque por una canal que hacen las sierras descubierta á los céfiros ó favonios, que la fatigan en el invierno, mas refréscanla y tienen sana en el verano. Por el contorno muchas fuentes de buena agua, sin las gargantas y arroyos que se derriban de la sierra; grande copia de hermosa piedra cárdena mezclada de una honesta blancura..... Por el contorno y comarca grandes pinares: el de Balsain de Segovia, el Quejigar y Navalenguá de Avila, y los de Cuenca , no desacomodados; donde se crian tan hermosos pinos, que los podemos llamar cedros de España, de poco menor firmeza y hermosura que los del monte Libano.....

Junto deste pueblo están dos dehesas de grande frescura y arboleda , acomodadas para caza , pesca, jardines y leña, para el servicio del convento; la una, que se llama la Herrería, tan cerca al mismo sitio, que alinda con las paredes del convento , tiene en contorno poco menos una legua, poblada de diversas plantas y

de mucho pasto y verdura, donde se ven grandes manadas de venados, puercos, jabalís en piaras, conejos sin número; mirada desde el mismo convento parece una mata de albahaca en el verano, que es grande alivio de la soledad y de la vista..... La otra se llama la Fresneda, algo mas apartada de la casa, aunque tambien á su vista, distancia de media legua escasa.....

Y porque se vea de cuán humildes principios se fué levantando todo esto, y de camino se conozca la insigne piedad y devocion del rey D. Filipe, diré brevemente el estado que en este año de sesenta y tres tenian las cosas. Era la casilla en que los religiosos vivian harto pobre, y en ella hicieron unas estrechas celdas; escogieron un aposentillo para capilla, el retablo fué un crucifijo de carbon pintado en la misma pared de mano de un fraile que sabia poco de aquello. Tenia por cielo, porque no se pareciesen las estrellas por entre las tejas, una mantilla blanca de nuestras camas; la casulla y el frontel eran de una cotonía vieja; y aquí celebraban sus sacrificios los religiosos, y con poco mejor estado estaba el palacio del rey. Acudia algunas veces desde el Pardo, que como estaba cerca, cuando no cataban le veian allí con cuatro ó cinco caballeros no mas; aposentábase en casa del cura, y sentábase en una banqueta de tres pies, hecha naturalmente de un tocon de un árbol, que la ví yo muchas veces cuando iba á oír misa á esta capilla que dije; porque estuviesen con alguna decencia rodeaban la silla con un pañuelo francés, que era de Almaguer el contador, que de puro viejo y deshilado daba harto lugar para que la viesen por sus agujeros. Desde allí oia misa, y podia bien, porque estaba todo tan estrecho que fray Antonio de Villacastin, que servia de acólito, hincado de rodillas llegaba

con sus piés á los del rey. Jurábame llorando este siervo de Dios que muchas veces, alzando los ojos á hurtadillas, vió por los del rey correr las lágrimas; tanta era su devocion y ternura mezclada con alegría, viéndose en aquella pobreza, y considerando tras esto aquella idea tan alta que tenía en su mente de la grandeza en que pensaba levantar aquella pequeñez del culto divino.....

Desde el año de 1586 que se acabó este santo templo y le bendijo el obispo de Irlanda Buenaventura, para que se pasase allí el Santo Sacramento y se celebrasen los oficios divinos..... quiso el rey su fundador que se celebrase cada año fiesta de la dedicacion de este templo con sus octavas, como se hizo. Algunos dudaban si se podía celebrar esta fiesta, por no estar consagrado, sino solo bendito con la bendicion que se hace á los cementerios.....

Para quitar estos escrúpulos, y que ninguno dudase, determinó el pio rey que se consagrarse este tan insigne templo..... Quiso tambien el rey regocijar la fiesta, y el gozo que ardia en su pecho despertarlo en el de todos: mandó que se pusiesen por todo el templo y por la casa luminarias, y que la noche que esperaba tan solemne dia no fuese oscura. Hiciéronse muchas, no conciertan los oficiales en el número: unos dicen seis, otros cinco mil, otros mas, otros menos; estas eran unas lámparas de barro llenas de aceite, rodeadas con papel aceitado, por defenderlas del aire; tenian unas mechas ó torcidas que, aunque de estopa, las hilaron las damas de la infanta, y aun ella creo no se desdeñó de hacer alguna por entrar en parte de la fiesta. Al punto que cerró la noche se encendieron todas con harta presteza, y se vió una de las mas alegres vistas que se pudiera ima-

ginar. Como el ventanaje de la casa es tanto y de tan bien guardada proporcion, y en todas ellas estaban tantas luces, veniase á los ojos una compostura de gloria; los bordes, boceles y antepechos de las torres y del cimborrio, hasta las agujas y bolas, y los pretiles y antepechos del jardin estaban todos con este mismo adorno perfilados y guarnecidos de luz; mirado todo desde aparte, como estaban las lámparas tan juntas, no hacian casi intervalo, ni dejaban mellas ni oscuros; parecian franjas de oro, no sé cómo me lo diga; parecian gargantillas, ó como caireles, mucho mejor que de oro, porque eran de una continuada luz, que como es de otro ser mas alto, hacia unos visos y vislumbres de tanta hermosura en medio de aquella sombra de los edificios, que no parecia cosa de la tierra..... Viéronse estas luminarias, por ser tantas, desde Toledo y desde Ocaña y desde otros lugares, porque los que tenian noticia de la fiesta estuvieron sobre aviso, y pudieron mostrarlo á otros. Salió el rey de su aposento, llevado en una silla, porque la gota le tenia impedido, subió al claustro alto del convento por gozar de la vista y del fruto de su santa invencion.....

(FR. JOSÉ DE SIGÜENZA.—*Tercera parte de la historia de la orden de San Gerónimo.*)

### ALZAMIENTO DE LOS MORISCOS DE GRANADA.

(1568.)

El rey les mandó dejar la habla morisca, y con ella el comercio y comunicacion entre sí; quitóseles el servicio de los esclavos negros, á quienes criaban con esperanzas de hijos, el hábito morisco en que tenian empleado gran caudal; obligáronlos á vestir castellano con mucha costa, que las mujeres trujesen los rostros descubiertos, que las casas acostumbradas á estar cerradas, estuviesen abiertas; lo uno y lo otro tan grave de sufrir entre gente celosa. Hubo fama que les mandaban tomar los hijos y pasallos á Castilla; vedáronles el uso de los baños, que eran su limpieza y entretenimiento; primero les habian prohibido la música, cantares, fiestas, bodas conforme á su costumbre, y cualesquier juntas de pasatiempo. Salió todo esto junto, sin guardia ni provision de gente, sin reforzar presidios viejos ó firmar otros nuevos. Y aunque los moriscos estuviesen prevenidos de lo que habia de ser, les hizo tanta impresion, que antes pensaron en la venganza que en el remedio. Años habia que trataban de entregar el reino á los príncipes de Berbería ó al turco; mas la grandeza del negocio, el poco aparejo de armas, vituallas, navíos, lugar fuerte donde hiciesen cabeza, el poder grande del emperador y del rey Filipe, su hijo, enfrenaba las esperanzas y imposibilitaba las resoluciones, especialmente estando en pié nuestras plazas man-

tenidas en la costa de Africa, las fuerzas del turco tan lejos, las de los corsarios de Argel mas ocupadas en presas y provecho particular que en empresas difíciles de tierra. Fuéronseles con estas dificultades dilatando los designios, apartándose ellos de los del reino de Valencia, gente menos ofendida y mas armada. En fin, creciendo igualmente nuestro espacio por una parte, y por otra los excesos de los enemigos, tantos en número, que ni podian ser castigados por manos de justicia, ni por tan poca gente como la del capitan general, eran ya sospechosas sus fuerzas para encubiertas, aunque flacas para puestas en ejecucion. El pueblo de cristianos viejos adivinaba la verdad; cesaba el comercio y paso de Granada á los lugares de la costa: todo era confusion, sospecha, temor, sin resolver, proveer ni ejecutar. Vista por ellos esta manera en nosotros, y temiendo que con mayor aparejo les contraviniésemos, determinaron algunos de los principales de juntarse en Cádiar, lugar entre Granada y la mar y el rio de Almería, á la entrada de la Alpujarra. Tratóse del cuándo y cómo se debian descubrir unos á otros, de la manera del tratado y ejecucion; acordaron que fuese en la fuerza del invierno, porque las noches largas les diesen tiempo para salir de la montaña y llegar á Granada, y á una necesidad tornarse á recoger y poner en salvo, cuando nuestras galeras reposaban repartidas por los invernaderos y desarmadas: la noche de Navidad, que la gente de todos los pueblos está en las iglesias, solas las casas, y las personas ocupadas en oraciones y sacrificios; cuando descuidados, desarmados, torpes con el frio, suspensos con la devocion, fácilmente podian ser oprimidos de gente atenta, armada, suelta y acostumbrada á saltos semejantes. Que se juntasen á un tiempo



cuatro mil hombres de la Alpujarra con los del Albaicín y acometiesen la ciudad y el Alhambra, parte por la puerta, parte con escalas; plaza guardada mas con la autoridad que con la fuerza; y porque sabian que el Alhambra no podia dejar de aprovecharse de la artillería, acordaron que los moriscos de la vega tuviesen por contraseña las primeras dos piezas que se disparasen, para que en un tiempo acudiesen á las puertas de la ciudad, las forzasen, entrasen por ellas y por los portillos, corriesen las calles, y con el fuego y con el hierro no perdonasen á persona ni á edificio.....

Demas desto resolvieron proveerse de vitualla, elegir lugar en la montaña donde guardalla, fabricar armas, reparar las que de mucho tiempo tenian escondidas, comprar nuevas, y avisar de nuevo á los reyes de Argel, Fez, señor de Tituan, de esta resolucion y preparaciones. Con tal acuerdo partieron aquella habla; gente á quien el regalo, el vicio, la riqueza, la abundancia de las cosas necesarias, el vivir luengamente en gobierno de justicia y igualdad desasosegaba y traia en continuo pensamiento.

(DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.—*Guerra de Granada.*)

#### ELECCION DE ABEN-HUMEYA.

(1569.)

Era D. Fernando de Valor descendiente del linaje de Aben-Humeya, uno de los nietos de Mahoma, hijos de su hija, que en tiempos antiguos tuvieron el reino de Córdoba y el Andalucía; rico de rentas, callado y

ofendido, cuyo padre estaba preso por delitos en las cárceles de Granada. En este pusieron los ojos, así porque les movió la hacienda, el linaje, la autoridad del tío, como porque había vengado la ofensa del padre matando secretamente uno de los acusadores y parte de los testigos.....

Juntáronse tercera vez las cabezas de la conjuración y otras, con veintiseis personas del Alpujarra, á San Miguel, en casa del Hardon, hombre señalado entre ellos, á quien mandó el duque de Arcos despues justiciar. Posaba en la casa del Carci, yerno suyo. Eligieron á D. Fernando de Valor por rey en esta solemnidad: los viudos á un cabo, los por casar á otro, los casados á otro, y las mujeres á otra parte. Leyó uno de sus sacerdotes, que llaman faquíes, cierta profecía hecha en el año de los árabes de..... y comprobada por la autoridad de su ley, consideraciones de cursos y puntos de estrellas en el cielo, que trataba de su libertad por mano de un mozo de linaje real, que habia de ser bautizado y hereje de su ley, porque en lo público profesaria la de los cristianos. Dijo que esto concurría en D. Fernando, y concertaba con el tiempo. Vistiéronle de púrpura, y pusieronle á torno del cuello y espaldas una insignia colorada á manera de faja. Tendieron cuatro banderas en el suelo, á las cuatro partes del mundo, y él hizo su oración inclinándose sobre las banderas, el rostro al Oriente (zála la llaman ellos), y juramento de morir en su ley y en el reino, defendiéndole á ella, y á él, y á sus vasallos. En esto levantó el pié, y en señal de general obediencia, postróse Aben-Farax en nombre de todos, y besó la tierra donde el nuevo rey tenia la planta. A este hizo su justicia mayor; lleváronle en hombros, levantáronle en alto diciendo: «Dios ensalce

á Mahomet-Aben-Humeya, rey de Granada y de Córdoba.» Tal era la antigua cèrmonia con que eligian los reyes de la Andalucía, y despues los de Granada. Escribieron cartas los capitanes de la gente á los compañeros en la conjuracion; señalaron dia y hora para ejecutalla; fueron los que tenian cargos á sus partidos. Nombró Aben-Humeya por capitan general á su tio Aben-Jauhar, que partió luego para Cádiar, donde tenia casa y hacienda.

Dende á pocos dias (Aben-Humeya) mandó matar al suegro y dos cuñados, porque no quisieron tomar su ley. Dejó la mujer, perdonó la suegra porque la habia parido, y quiso gracias por ello como piadoso.

Comenzaron por el Alpujarra, rio de Almería, Bologuén y otras partes á perseguir á los cristianos viejos, profanar y quemar las iglesias con el Sacramento, martirizar religiosos y cristianos, que, ó por ser contrarios á su ley, ó por haberlos doctrinado en la nuestra, ó por haberlos ofendido, les eran odiosos. En Güécija, lugar del rio de Almería, quemaron por voto (1) un convento de frailes agustinos, que se recogieron á la torre, echándoles por un horado de lo alto aceite hirviendo; sirviéndose de la abundancia que Dios les dió en aquella tierra, para ahogar sus frailes. Inventaban nuevos géneros de tormentos: al cura de Mairena hincharon de pólvora y pusiéronle fuego; al vicario enterraron vivo hasta la cinta, y jugaronle á las saetadas; á otros lo mismo, dejándolos morir de hambre. Cortaron á otros

---

(1) *Por voto*: de comun acuerdo.

miembros, y entregáronlos á las mujeres, que con ahujas los matasen; á quién apedrearón, á quién acañavearón, desollaron, despeñaron; y á dos hijos de Arce, alcaide de la Peza, uno degollaron y otro crucificaron, azotándole y hiriéndole en el costado primero que muriese. Sufriólo el mozo, y mostró contentarse de la muerte, conforme á la de nuestro Redentor, aunque en la vida fué todo al contrario, y murió confortando al hermano, que descabezaron. Estas crueldades hicieron los ofendidos por vengarse; los monjes por costumbre convertida en naturaleza. Las cabezas ó las persuadian ó las consentian; los justificados las miraban y loaban por tener al pueblo mas culpado, mas obligado, mas desconfiado y sin esperanzas de perdon; permitíalo el nuevo rey, y á veces lo mandaba. Fué gran testimonio de nuestra fé, y de compararse con la del tiempo de los apóstoles, que en tanto número de gente como murió á manos de infieles, ninguno hubo, aunque todos ó los mas fuesen requeridos y persuadidos con seguridad, autoridad y riquezas, y amenazados y puestas las amenazas en obra, que quisiese renegar; antes con humildad y paciencia cristiana, las madres confortaban á los hijos, los niños á las madres, los sacerdotes al pueblo, y los mas distraídos se ofrecían con mas voluntad al martirio. Duró esta persecucion quanto el calor de la rebelion y la furia de las venganzas; resistiendo Aben-Jauhar y otros tan blandamente que encendían mas lo uno y lo otro. Mas el rey, porque no pareciese que tantas crueldades se hacían con su autoridad, mandó pregonar que ninguno matase niño de diez años abajo, ni mujer ni hombre sin causa.

(HURTADO DE MENDOZA.—*Guerra de Granada.*)

MUERTE DE ABENABÓ.

Corrian la tierra á menudo las cuadrillas, metian en Granada moros y moras, y no habia semana que no hubiese cabalgada. Al entrar en la puerta de las Manos hacian salva, subiendo por el Zacatin arriba, hasta llegar á la Chacillería; daban noticia al presidente para que viese lo que traian, y entregaban los moros en la cárcel, y de cada uno les daban veinte ducados, como está dicho; atenazaban y ahorcaban los capitanes y moros señalados, y los demás llevaban á galeras, que sirviesen al remo esclavos del rey.

Entre estos trugeron un moro natural de Granada llamado Farax: este, como supiese la voluntad de Gonzalo el Jeniz, alcaide sobre los alcaides, y de sus sobrinos Alonso y Andrés el Jeniz y otros muchos, que era de entregarse y reducirse si se les concediese perdou llamó á Francisco Barredo, dándole parte de la voluntad y propósito que muchos moros tenian, y aun de matar á su rey, si no se quisiese reducir con ellos; para lo cual convenia que procurase verse con Gonzalo el Jeniz, que era uno de los que mas lo deseaban. Sabido esto, Francisco Barredo se fué á las Alpujarras, y en llegando al presidio de Cádiz, sacó de una bóveda del castillo un moro que tenian preso, y le dió una carta para Gonzalo el Jeniz, en que le hacía saber la causa de su venida: que viese la orden que habia de tener para verse con él; recibida la carta, respondió que otro dia al amanecer se viniese á un cerro media legua de Cá-

diar, y que adonde viese una cruz en lo alto le aguardase, soltando la escopeta tres veces por contraseña: fué, y hecha la seña, llegó el Jeniz, sus sobrinos y otros moros, mostrando mucha alegría de velle; lo que trataron fué que si le traia perdón del rey para él y los que se quisiesen reducir, que les entregaria á Abenabó, su rey, muerto ó vivo; con esto se despidió, prometiéndoles de hacello y ponello por obra, y avisallos de la voluntad del rey. Vino á Granada Francisco Barredo, dió cuenta al presidente de lo que habia pasado con Gonzalo el Jeniz, y lo que le habia prometido; dió el presidente aviso al rey, que visto lo que prometia el Jeniz, le concedió perdón á él y á todos los que con él viniesen: vino la cédula real al presidente, que visto que nó habia quien con veras lo pudiese hacer, hizo llamar á Barredo, y entregándole la cédula, le pidió con las veras y recato que en tal negocio convenia, lo hiciese.

Recibida la cédula se partió y llegó á Cádiar con el moro que antes habia llevado la carta; avisóle como tenia lo que pedia; que se viese con él en el sitio y lugar que antes se habian visto. Llegado el Jeniz, y vista la cédula y perdón, la besó y puso sobre su cabeza: lo mismo hicieron los que con él venian, y despidiéndose dél fueron á poner en ejecucion lo concertado. Francisco Barredo se volvió al castillo de Bérchul, porque allí le dijo el Jeniz que le aguardase; Gonzalo el Jeniz y los demás acordaron, para hacello á su salvo, que sería bien que uno de ellos fuese á Abdalá-Abenabó, y de su parte le dijese que la noche siguiente se viese con él en las cuevas de Bérchul, porque tenia que platicar con él cosas que convenian á todos. Sabido por Abenabó, vino aquella noche á las cuevas solo con un moro, de quien se fiaba mas que de ninguno; y antes que llegase á las

cuevas despidió veinte tiradores que de ordinario le acompañaban, todo á fin de que no supiesen adonde tenia la noche. Saludóle Gonzalo el Jeniz diciéndole:— «Abdalá-Abenabó, lo que te quiero decir es que mires estas cuevas, que están llenas de gente desventurada, así de enfermos, como de viudas y huérfanos; y ser las cosas llegadas á tales términos, que si todos no se daban á merced del rey, serian muertos y destruidos, y haciéndolo, quedarían libres de tan gran miseria.»— Cuando Abenabó oyó las palabras del Jeniz dió un grito que pareció se le habia arrancado el alma, y echando fuego por los ojos le dijo:—«¡Cómo, Jeniz! ¿para esto me llamabas? ¿Tal traicion me tenias guardada en tu pecho? No me hables mas, ni te vea yo.»—Y diciendo esto, se fué para la boca de la cueva, mas un moro que se decia Cubayas le asió los brazos por detrás, y uno de los sobrinos del Jeniz le dió con el mocho (1) de la escopeta en la cabeza y le aturdió; y el Jeniz le dió con una losa y le acabó de matar: tomaron el cuerpo, y envuelto en unos zarzos de cañas le echaron la cueva abajo, y esa noche le llevaron sobre un macho á Bérchul, donde hallaron á Francisco Barredo y su hermano Andrés Barredo; allí le abrieron y sacaron las tripas, hinchando el cuerpo de paja. Hecho esto, Francisco Barredo requirió á los soldados del presidio y á su capitán que le diese ayuda y favor para llevarle á Granada. Visto el requerimiento, le acompañaron, y en el camino encontraron con doscientos y cincuenta moros de paz, que sabida la muerte de Abenabó y el nuevo perdon que el rey daba, llegaron á reducirse. Vinieron á Armilla, lu-

(1) El mocho: la culata.

gar de la vega, y allí le pusieron caballero en un macho de albarda, y una tabla en las espaldas, que sustentaba el cuerpo, que todos le viesan; los moros de paz iban delante, y los soldados y Francisco Barredo detrás. Llegados á Granada, al entrar de la plaza de Bibarramba hicieron salva; lo propio en llegando á la Chancillería; allí á vista del presidente le cortaron la cabeza, y el cuerpo entregaron á los muchachos que despues de haberlo arrastrado por la ciudad, lo quemaron; la cabeza pusieron encima de la puerta de la ciudad, la que dicen puerta del Rastro, colgada de una escarpia á la parte de dentro, y encima una jaula de palo, y un rétulo en ella que decia:

ESTA ES LA CABEZA  
DEL TRAIADOR DE ABENABO.  
NADIE LA QUITE,  
SO PENA DE MUERTE.

Tal fin hizo este moro á quien ellos tuvieron por rey despues de Aben-Humeya; los moros que quedaban, unos se dieron de paz y otros se pasaron á Berbería; y á los demás las cuadrillas y la frialdad de la sierra y mal pasar los acabó, y feneció la guerra y levantamiento.

Quedó la tierra despoblada y destruida; vino gente de toda España á poblarla, y dábanles las haciendas de los moriscos con un pequeño tributo que pagan cada un año; á Francisco Barredo le hizo el rey merced de seis mil ducados, y que estos se los diesen en bienes raíces de los moriscos, y una casa en la calle de la Aguila, que era de un mudejar echado del reino: despues pasó en Berbería algunas veces á rescatar captivos, y en un convite le mataron.

(HURTADO DE MENDOZA.—*Guerra de Granada.*)



## COMBATE NAVAL DE LEPANTO.

(7 de Octubre de 1571.)

Están entre Lepanto y la Chafalonía unos peñascos ó islas llamadas Cuzorales, á ocho millas de Lepanto..... No muy lejos de aquí está aquel cabo donde Augusto César combatió en batalla naval con Márco Antonio y lo venció. A estas isletas ó peñascos enderezaba la armada de la liga con su general D. Juan de Austria, y amane-ciendo muy cerca, fué navegando por ellas, y entrando por un canal envió D. Juan á descubrir algunas fragatas en la tierra de las mismas islas con gente práctica, para que descubriesen los bajeles enemigos, y de allí hiciesen la guardia; y desembocando de las dichas islas por el canal casi á una hora de sol, en domingo, dia de San Márco, pontífice y confesor, la guardia del carcés de la Real dijo que via dos velas, y luego que toda la armada; y lo mismo hicieron los de tierra que estaban cerca de diez millas, y á la hora se metió la antena en cigoña con una flámula en lo alto de la pena, y disparó una pieza, que era la señal de la batalla. Toda la armada, con grande alegría de haber encontrado al enemigo en tan buen lugar, se fué poniendo en orden, guardando el que se les habia dado, y con general contento miraban todos á la armada contraria, que venia en su vuelta bogando con mucho espacio....., y descubriéndose improvisamente las dos armadas á ocho ó á diez millas una de otra, pareció una maravillosa hermosura, viendo todo aquel espacio de mar cubierto de galeras, que con tantos gallardetes y flámulas de varios colores resplandecian agradablemente.....

Amaneció aquel día con la mayor bonanza que se podía desear para tan famosa jornada, y el mar, que antes se había mostrado tan bravo que no se consentía navegar sino con grande peligro y dificultad, se puso entonces tan llano y apacible que casi no parecía que se movía. Luego que oyó afirmar D. Juan que la armada del turco se descubría, con alegre muestra de confianza imitó aquella grandeza de ánimo que Alejandro en la pasada de Asia, cuando saltó armadísimo de la nave en la tierra de los enemigos. Y vuelto á él D. Miguel de Moncada le preguntó, con mucho deseo de pelear, si pensaba combatir aquel día. Y él respondió:—«¿Veis la armada enemiga tan cerca, y decis eso!...!»—Y saltando en una ligera fragata con D. Luis de Córdoba y Juan de Soto, fué corriendo casi por todas las galeras, metiéndolas en orden, y animando á los capitanes y soldados para combatir con aquel comun enemigo de la cristiandad, poniéndoles delante la honra y valor de su nación, el premio de la vitoria, y la esperanza que debían tener en Cristo, su patron y general de aquella santa empresa. Levantóse entre toda la chusma luego un alegrísimo grito que dió á todos clara señal de la vitoria, y se encendieron los ánimos de los soldados en un ardor increíble y deseo de llegar á las manos con el enemigo. Contento de aquella lozanía y brio volvió D. Juan, llevando gran número de soldados escogidos á su galera, en la cual enarbolaban los tres estandartes, y toda la armada se puso en orden con mucho concierto....

—Ya la armada de los turcos venía tendiéndose en el mar con grande lozanía y contento de todos ellos en general, estimando en poco á sus enemigos, y riéndose de la ceguedad dellos que les llevaban la presa hasta sus mismas casas, porque al principio no podían descubrir

todo el número de sus galeras, cubriendo una montaña casi la tertia parte dellas; mas despues que poco á poco se descubrieron, acostándose todas, admirados de su determinacion y multitud, quedaron algun tanto suspensos... y el bajá se resolvió de combatir por el órden expreso que tenia de Selin, que aunque fuese muy inferior y estuviese cierto de sér vencido diese la batalla, y haciendo el contrario ponía en condicion de perder la cabeza... Y porque jamás despues de aquella antigua caída del imperio se juntaron semejantes armadas, que parecía que amenazaba perpétua mudanza de cosas el suceso dellas, tengo por acertado referir en este lugar conveniente el órden y disposicion de ambas...

— La batalla venia desta suerte: comenzando de la parte siniestra era la capitana de los Lomelines, con su capitán Pedro Lomelin, donde iba el duque Braciano, Paulo Jordan, Ursino, Bendinelo Sauli en la suya, Metelo Caraciolo, la capitana de Estéban de Mari, la Rocaful, y Granada y San Francisco de España, la capitana de Gil de Andrada, la Perla del Doria, y la capitana de Génova con su general Etor Espinosa y el príncipe de Parma. Luego la capitana de Venecia con el Veniero, la real, donde iba el mismo D. Juan de Austria, cercada de su patrona y de la capitana del comendador mayor de Castilla, estas le eran de socorro; la capitana del Papa, con su general Márco Antonio Colona, la capitana de Saboya, con monseñor de Leni y el príncipe de Urbino, la patrona y Vitoria de Juan Andrea; la Luna de España, con Manuel Aguilar, y la Higuera, San George y la patrona de Nápoles, con Eugenio de Vargas y D. Francisco de Benavides, George de Grimaldo en su capitana, San Pedro y San Juan de la Religion, con Diego de Castilla y Alonso de Tejada, y su capitana,

que era la última de todas, con el prior de Mecina. De las dos galeazas, la que estaba cerca al cuerno diestro traía Francisco Duodo, y la otra Andrea de Pésaro. La retaguardia traía el de Santa Cruz en la Lupa, muy bien armada y arreada de banderas; y D. Antonio de Coronado, que traía la capitana de Juan Vazquez de Coronado, estaba en la otra punta. Entre las demás parecían la patrona y Serena, del Papa, la Madalena y Bazau, la Ocasión, la de D. Martín de Padilla y la Griega, con D. Luis de Heredia..... docientas y ochenta galeras reales, seis galeazas, cuarenta fragatas y bergantines, veinte y siete naos gruesas cargadas de municiones y soldados..... El de Austria estaba en la hermosa galera real que tres años antes había mandado acabar en Barcelona D. Diego Hurtado de Mendoza, duque de Francavilla y virey de Catalunia, y de aquel fuerte y liviano pino de los montes catalanes, cuya popa labró en Sevilla Juan Bautista Vasques, escultor; y la adornó de ingeniosas y varias historias y figuras egicias Juan de Malara, hombre doto en las letras, de mas policía y elegancia.... Envió el Sumo Pontífice el estandarte de la liga....., el cual era de damasco azul bordado con un crucifijo, y al pié las armas del Papa, y á su lado diestro las del Rey, y al siniestro las de Venecia con cadenas que las trababan, y pendientes dellas las de don Juan de Austria.....

Los turcos, en cuya armada se hallaban cuarenta galeras de fanal, traían ciento noventa y seis galeras de Constantinopla, veinte y cuatro de la Natolia, siete de Ochali, dos de Caracosa; una de Tripol y cincuenta galeotas gruesas, de las cuales eran doce de Ochali y una de Tripol, sin grande multitud de fustas y bergantines; y venían ordenados en media luna, que parecían un

extendido y grandísimo bosque; pero llegando mas cerca se repartieron en tres escuadras como los cristianos, no haciendo retaguardia.... La batalla, que sería de noventa galeras, tenían en medio della Ali Bajá, general de mar, en un hermoso bajel de veinte y nueve bancos, lleno de banderas y tres fanales, con cuatrocientos y cincuenta turcos, de los cuales eran trecientos arcabuceros y ciento flecheros....

Estaban las dos armadas puestas en orden de batalla, encaradas las proas unas con otras, cuando, pareciéndole á D. Juan que no marchaban parejos los dos cuernos, envió al Colona para que los igualase, porque Juan Andrea se había alargado tanto en el mar que puso en los turcos mucha esperanza, y no poca sospecha en los cristianos que no alcanzaron su intento, y así fué fama que el mismo D. Juan le envió á mandar que no se extendiese tanto, porque dejaba desabrigada la batalla. En esta sazón, que serian las once del dia, habiendo llegado el de Santa Cruz á su lugar, las galeazas comenzaron á disparar con grandísima furia y priesa, levantando las balas por cima de la agua. Los turcos, sintiendo el daño que les hacian, porque ninguna defensa podia resistir á la violencia de su ímpetu, bogaron con mucha presteza por guardarse dellas sin embestillas, porque las pensaban rendir despues, y apresurando de ambas partes los remos, fueron los primeros que comenzaron la batalla los del cuerno siniestro. El Bajá, viendo aquella escuadra de galeras opuesta á su batalla, admirado de la novedad no pensada, porque nunca esperó semejante osadía en sus enemigos, preguntó si eran de Venecia, cuyas fuerzas los turcos siempre tuvieron en poco, ó si eran de poniente, y siéndole respondido que eran de poniente

se turbó, recelando el peligro que se le ofrecía con ellas, porque D. Juan de Austria había ya mandado enderezar su galera contra la del Bajá, el cual, según afirman algunos cautivos, viéndola tan grande y bien empavesada y que lo llamaba á batalla, mandó á un esclavo que reconociese que maona era aquella que venía á embestillo, y por los tres fanales y estandartes que vió le respondió que era la galera Real de España donde venía el hermano del rey Filipo.... Entonces él, considerando su potencia y la opinion que tenía la armada otomana.... mandó al cómitre que cerrase con ella.... Desta suerte vinieron á embestirse ambas derechas, como si las trajeran con una cuerda, y fué con tanto ímpetu que la proa de la enemiga entró por cima de la de España más de tres bancos, y se hicieron pedazos los espólonos, y jamás se ha visto que los turcos embetiesen con tanto ánimo y osadía como esta vez; pero recibiólos D. Juan con tanta furia de artillería y una rociada de arcabuceria que les derribó la presuncion y braveza, porque á la segunda carga parecieron pocos turbantes en la popa y erugía, de los cuales venía antes muy poblada; y el capitán Domingo, que había traído la galera Real desde Sevilla y estaba con la artillería, puso tanta diligencia que disparó cinco veces en la batalla. La del Bajá tenía por popa seis galeras, que todas se acostaron á la Real cristiana, metiendo en su capitana gente de refresco. De la parte contraria tenía D. Juan á la popa á la capitana del comendador mayor y la patrona de España, que sin los criados de D. Juan tenía docientos y cincuenta mosqueteros y soldados, y á la mano derecha la capitana del Papa, y á la izquierda la de Venecia; y así entre unos y otros se trabó una dudosa batalla con grandísimo ímpetu y furia, y

con tan grande estruendo que no solo pareció que las galeras se hacian pedazos y quebrantaban, pero el mismo mar, no pudiendo sustentar aquel ruido espantable, bramaba, revolviendo las ondas llenas de espuma, que poco antes estaban sosegadas; y atronados los hombres no se oian, y el cielo se arrebató de los ojos de todos con la humosa oscuridad de aquellas llamas. Los turcos acometieron con grande lozania y ferocidad, puestos sus turbantes, disparando muchas balas de la escopeteria y grandísimo numero de flechas con tanta furia que se halló soldado atravesado peto y espaldar con una, y todos, segun costumbre de gente bárbara, daban aquellos bravos alaridos y voces con que suelen espantar á sus enemigos; mas cerraron tan presto con ellos los cristianos, que disparando su artilleria no los dejarón aprovechar de la suya, y así se hallaron despues muchos cañones de crugia cargados.

La batalla se habia mezclado de tal suerte que las armadas parecian una, sin cesar un punto los arcabuces, escopetas y flechas, que ya no se oia otra cosa que el sonido dellas, ni se via sino las astas clavadas por los árboles, jarcias y antenas; porque pocas ó ninguna vez una armada contra otra se juntó en batalla con tanto furor y osadia, y nunca se acuerda la memoria de nuestros padres haber peleado con mayor contencion de armas en mar, ni haber sucedido batalla en que mas gente muriese, porque en todas partes caian muertos con obstinada dureza de corazon.....

La banda derecha de los turcos fué embestida de la izquierda de los venecianos muy cerca de tierra, y se revolviéron en una brava batalla, porque los turcos querian tomar la vuelta de la tierra para herillos por el lado; mas cerróles el paso el Barbarigo con tanta

presteza, que no pudiendo conseguir su intento y haciéndoles las galeazas grande estrago y daño, se pusieron en desórden con terrible confusion... y se comenzó á reconocer la vitoria por aquella banda primero que por otra parte....

La galera Santa Nicolás de Nápoles, que venia en este cuerno, no disparó hasta que cerró con la enemiga que le cupo, y le llevó con la artillería toda la palamenta (1) por un lado. Señalóse en esta galera Pedro de Malta, natural de Zaragoza, que con maravilloso ardor de ánimo incitado, se arrojó dentro de la galera contraria con solo un casco y su espada, con que mató cuatro bravos turcos; y Antonio de Paredes, que atravesándole una flecha toda la pierna, y pasándole otra un gorjal de malla y un jaco (2) y las lunetas de las mangas, con un jubon muy estofado, hasta entrar todo el hierro por el lado siniestro, saltó en la galera enemiga, y peleando fué el primero que pasó adelante del árbol; pero llegando una flecha de otra galera, le atravesó la garganta y cayó mal herido. El proveedor Barbarigo, que sin duda ninguna se aventajó á todos los venecianos en solicitud y trabajo, con demostracion de prudente y valeroso capitan, fué herido mortalmente de una flecha en un ojo, y cayendo animó generosamente á los suyos, y vivió hasta que sabiendo que la vitoria era ganada dijo: «que daba gracias á Dios que lo hubiese guardado tanto que viese vencida la batalla y roto aquel comun enemigo que tanto deseó ver destruido.» Los venecianos con el dolor de su muerte y rabia de venganza, peleaban animados de la ventaja

(1) *Palamenta*: el conjunto de los remos.

(2) *Jaco*: sayo corto y ceñido, de malla ó tela gruesa.



que tenían los turcos, que daban al través, porque muchas veces el dolor de la afrenta y el deseo de la venganza aun á los soldados viles enciende en valor. Habíase alargado Ochali tanto con el cuerno siniestro, que hubo duda que no queria pélear, y pareció que era su intento cerrar los cristianos dentro de su escuadron. Juan Andrea, que se habia hecho á lo alto por ganar el viento, entendiendo á Ochali hizo lo mismo.... Conociendo Ochali la capitana del Doria en el fanal que traia redondo, como lo estimase por gran corsario y muy diestro en milicia de mar, entendié luego que le habia alcanzado la intencion, y hizo ciar bogando, y arrancó con mucha furia sin que sus galeras disparasen pieza alguna, y atravesó por el lugar que habia dejado abierto el Doria, y se hizo al mar, y estuvo un poco mirando hasta que reconoció el estandarte de la capitana de Malta, que buscaba con quien combatir, habiendo ya rendido algunas; y con sus siete galeras dió sobre ella y se revolvió entre todos una bravísima batalla, porque los caballeros de la religion, señalados en nobleza y valor, peleaban con tanta valentía que ponian en duda la esperanza de la vitoria.... mas al fin, sobrepujados de la multitud de enemigos que sucedian continuamente, cubiertos de flechas, heridos y cansados, sin poder sustentarse mas, todos los soldados con mas de cuarenta caballeros, que dellos no escaparon sino tres ó cuatro, cayeron muertos....

En esta sazón comenzó una alegre voz en toda la armada cristiana que apellidaba «vitoria.» Fué la ocasion della haber acabado la Real de España de rendir á la del Turco. Habia mas de una hora que se combatia entre ellos sin conocerse vitoria, aunque los españoles ganaron dos veces hasta el árbol de la ene-

miga, y fueron ambas retirados por el mucho socorro que le entraba, y como D. Lope tuviese muchos heridos y muertos en la proa que estaba á su cargo, le fué á socorrer D. Bernardino de Cárdenas, y al pasar le dieron con un esmeril (1) sobre la rodela, que lo derribó atormentado, y murió dello en el dia siguiente. Peleaban en ambos reales porfiadísimamente.... pero ya no era tan poderosa la obstinada furia y desesperada bestialidad de los turcos, cansados y fatigados con la larga batalla y atemorizados con las muchas muertes, que pudiese hacer mas resistencia al valor y generosidad de los cristianos, porque aunque combatieron bravamente como se esperaba de hombres que tenían tanta gloria en las armas, todos ó los mas murieron por los arcabuces y espadas de los españoles, que entrando dentro consumían todo el socorro que les entraba; y mucho mas se conoció cuando mataron á Ali-Bajá, porque los esforzaba con mucho valor, yendo tres veces del estanterol al árbol peleando con su arco. Fué su muerte llorada de los esclavos cristianos, de quien era muy amado por el buen tratamiento y humanidad que usaba con ellos.

El marqués de Santa Cruz, repartiendo sus galeras para acudir donde hubiese mas necesidad, salió de su puesto á socorrer la Real, donde habia la mayor furia de la batalla, y cuando estaba en mas peligro, y allí proa con proa embistió á una galera armada de genizaros, que con otra iba á embestir á la Real por popa, y entró por medio con la suya, disparando su artilleria, y aferró con la que halló mas cerca, la cual hizo tanta

(1) *Esmeril*: pieza pequeña de artilleria.

defensa que casi toda la gente fué degollada, y el marqués perdió algunos soldados, y á él le llegaron dos balas, una en la rodela acerada y otra en la escarcela, y no le hicieron daño ni pasaron; pero salió herido de muerte con dos arcabuzazos por las rodillas el capitán Rutia. Metiendo el marqués gente dentro desta galera, pasó adelante y rindió otros dos, y en este tiempo la real del turco, casi á dos horas de batalla, fué presa de todo punto, con muerte de mas de quinientos turcos, y derribando su estandarte fué arbolada la cruz, á cuya vista perdieron el ánimo las galéras vecinas.....

Venia en esta sazón la galera de los hijos del bajá, Mahemet-Bey, y Sain-Bey buscando á su padre, cuando la capitana del comendador mayor se afrontó con ella, y entre ambas se revolvió una sangrienta escaramuza, de la cual quedó herido con una flecha en los pechos D. Juan Mejía, hermano del marqués de la Guardia. Al fin, aunque los turcos peleaban con grande fortaleza y defendian con valor maravilloso la entrada, fué tanto el impetu de los españoles, animados de D. Alejandro Torrellas y D. Fernando de Sayavedra, que á fuerza de brazos entraron dentro con cruel estrago de los infieles, que sin poder hacer resistencia caian traspasados de las balas y hechos pedazos de las espadas enemigas. Y fueron presos de los caballeros, no queriendo rendirse á otros, los hijos del bajá, que por su tierna edad reservados del peligro de las armas, estaban en las cámaras de popa con su ayo esperando la muerte.....

Después de rendir la real del turco D. Juan de Austria fué de parecer con el comendador mayor que socorriesen á las del cuerno diestro que aun peleaban; pero jamás quiso ayudar alguna que no tuviese encontrados enemigos, porque no se dijese que su real algunas

veces se halló con ventaja, y rindiendo á una, seguia luego las que huian, y así, yendo en seguimiento de muchas las compelia que fuesen á dar al través, y desta suerte se mudó la fortuna de todo punto con su llegada, y los turcos que combatian con tanto valor, súbitamente perdieron todo el ánimo que tenian, y desmayando todos, no podian sufrir el ímpetu de los cristianos; y el estruendo de la artillería y arcabuceria, y el ruido de las armas, y las voces de los que peleaban los turbaban y angustiaban.....

Duró el rendimiento y saco de las galeras hasta la noche que se arriunó á la tierra, quemando muchos bajeles enemigos con un espectáculo alegrísimo, porque la noche sucedió oscurísima y con grande pluvia: parecia el mar ardiendo en llamas un monte de fuego, y en todo el espacio de la batalla se vió teñido en sangre infiel y cristiana, lleno de cuerpos muertos y despedazados de varias maneras, y cubierto de bajeles rotos, de fuegos, de remos, de astas y armas, que ningun suceso se pudo ver de mayor terribilidad, ni mas dina consideracion de la miseria humana. Murieron de los turcos, segun en estas cosas es la fama incierta y amiga de acrecentar los hechos, casi veinte mil, y fueron presos mas de dos mil..... Todos los demás capitanes señalados y oficiales, de quien se hacia estimacion entrellos, murieron peleando, que solo Ochiali escapó, y Pertau, el cual no se supo si era muerto ó herido, antes se creia que hubiese ido á fondo con su galera. Cobraron libertad mas de doce mil esclavos cristanos, y entre ellos se halló parte de los presos en Dulcin y Antíbari. Perdieron los turcos casi docientos y cuarenta bajeles; que pocos mas de cincuenta pudieron huir, porque se hallaron por popa de la armada cristiana mas de ciento y sesenta

galeras sin las que se quemaron y dieron al través, y sin las demás galeotas ganadas; y de las de farol se cree que no escaparon tres.....

Muchas galeras cristianas salieron tan maltratadas que era necesario remolcallas; otras bogaban diez ó doce remos, y cuál veinte ó treinta; y fueron perdidas dos del Pontifice, y otras tantas de Sicilia y del Doria, y la Piamontesa de Saboya degollada en ella toda la gente de cabo y remo, y despedazado con once heridas don Francisco de Saboya, y mas de otras diez de Venecia, pero no se perdió alguna que no se recobrase. Y fué afirmacion de muchos que en ninguna de las catorce de España metió el pié jamás turco alguno, porque todas iban llenas de gente escogida, y en cada una mas de docientos soldados. Los que murieron en aquel furor de armas llegaron al número de cuatro mil, y con los heridos casi siete mil, sin los que cobraron salud de sus heridas, que fueron muchos. Entre los que perdieron la vida se contó algunos estimados capitanes españoles..... Desta suerte tuvo fin la mayor batalla que ha habido en mar.

(FERNANDO DE HERRERA.—*Relacion de la guerra de Chipre y suceso de la batalla naval de Lepanto.*)

## HISTORIA DEL CAUTIVO.

(1571—1579.)

A cabo de algun tiempo que llegué á Flandes se tuvo nuevas de la liga que la santidad del Papa Pio V (de felice recordacion) habia hecho con Venecia y con España contra el enemigo comun, que es el turco, el cual en aquel mesmo tiempo habia ganado con su ar-

mada la famosa isla de Chipre, que estaba debajo del dominio de venecianos; pérdida lamentable y desdichada. Súpose cierto que venia por general desta liga el serenísimo D. Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen rey Don Felipe. Divulgóse el grandísimo aparato de guerra que se hacía; todo lo cual me incitó y conmovió el ánimo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba, y aunque tenia barruntos y casi promesas ciertas de que en la primera ocasion que se ofreciese sería promovido á capitán, lo quise dejar todo y venirme, como me vine á Italia, y quiso mi buena suerte que el señor D. Juan de Austria acababa de llegar á Génova, que pasaba á Nápoles á juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Mecina. Digo en fin que yo me hallé en aquella felicísima jornada ya hecho capitán de infantería, á cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte mas que mis merecimientos. Y aquel dia, que fué para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar; en aquel dia, digo, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada, entre tantos venturosos como allí hubo (porque mas ventura tuvieron los cristianos que allí murieron que los que vivos y vencedores quedaron), yo solo fui el desdichado: pues en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los romanos siglos, alguna naval corona, me vi aquella noche, que siguió á tan famoso dia, con cadenas á los piés y esposas á las manos; y fué desta suerte: que habiendo el Uchali, rey de Argel, atrevido y venturoso corsario, embestido y rendido la capitana de Malta, que solos tres caballeros quedaron vivos en ella, y estos mal heridos, acudio la capitana de Juan

Andrea á socorrella, en la cual yo iba con mi compañía y haciendo lo que debia en ocasion semejante, salté en la galera contraria, la cual desviándose de la que le habia embestido, estorbó que mis soldados me siguiesen, y así me hallé solo entre mis enemigos, á quien no pude resistir por ser tantos; en fin me rindieron lleno de heridas, y como ya habréis, señores, oido decir que el Uchalí se salvó con toda su escuadra, vine yo á quedar cautivo en su poder, y solo fui el triste entre tantos alegres, y el cautivo entre tantos libres, porque fueron quince mil cristianos los que aquel dia alcanzaron la deseada libertad, que todos venian á remo en la turquesca armada. Lleváronme á Constantinopla, donde el Gran Turco Selin hizo general de la mar á mi amo porque habia hecho su deber en la batalla, habiendo llevado por muestra de su valor el estandarte de la religion de Malta. Halléme el segundo año, que fué el de setenta y dos, en Navarino bogando en la capitana de los tres fanales. Ví y noté la ocasion que allí se perdió de no cojer en el puerto toda el armada turquesca, porque todos los levantes y genizaros que en ella venian, tuvieron por cierto que les habian de embestir dentro del mesmo puerto, y tenian á punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que habian cobrado á nuestra armada, pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa ni descuido del general que á los nuestros regia, sino por los pecados de la cristiandad, y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efeto el Uchalí se recogió á Modon, que es una isla que está junto á Navarino, y echando la gente en tierra fortificó la boca del puerto, y estúvose quedado hasta que el señor D. Juan

se volvió. En este viaje se tomó la galera que se llamaba la Presa, de quien era capitán un hijo de aquel famoso corsario Barbarroja. Tomóla la capitana de Nápoles llamada la Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamás vencido capitán D. Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz; y no quiero dejar de decir lo que sucedió en la presa de la Presa. Era tan cruel el hijo de Barbarroja, y trataba tan mal á sus cautivos, que así como los que venían al remo vieron que la galera Loba les iba entrando y que los alcanzaba, soltaron todos á un tiempo los remos, y asieron de su capitán que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa; y pasándole de banco en banco, de popa á proa, le dieron tantos bocados, que á poco más que pasó del árbol ya había pasado su ánima al infierno: tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba y el odio que ellos le tenían. Volvimos á Constantinopla, y el año siguiente, que fué el de setenta y tres, se supo en ella cómo el señor D. Juan había ganado á Túnez, y quitado aquel reino á los turcos, y puesto en posesión de él á Muley-Hamet, cortando las esperanzas que de volver á reinar en él tenía Muley-Hamida, el moro más cruel y más valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco, y usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con venecianos, que mucho más que él la deseaban; y el año siguiente de setenta y cuatro acometió á la Goleta y al fuerte que junto á Túnez había dejado medio levantado el señor D. Juan. En todos estos trances andaba yo al remo, sin esperanza de libertad alguna; á lo menos no esperaba tenerla por rescate, porque tenía determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia á mi padre. Perdióse en fin la Goleta,



perdióse el fuerte, sobre las cuales plazas hubo de soldados turcos pagados setenta y cinco mil, y de moros y alárabes de toda la Africa mas de cuatrocientos mil, acompañado este tan gran número de gente con tantas municiones y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos y á puñados de tierra pudieran cubrir la Goleta y el fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenuta hasta entonces por inexpugnable, y no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debian y podian, sino porque la experiencia mostró la facilidad con que se podian levantar trincheas en aquella desierta arena, porque á dos palmos se hallaba agua, y los turcos no la hallaron á dos varas; y así con muchos sacos de arena levantaron las trincheas tan altas, que sobrepujaban las murallas de la fuerza, y tirándoles á caballero, ninguno podia parar ni asistir á la defensa.....

Perdióse tambien el fuerte, pero fuéronle ganando los turcos palmo á palmo, porque los soldados que lo defendian pelearon tan valerosa y fuertemente, que pasaron de veinte y cinco mil enemigos los que mataron en veinte y dos asaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron sano de trecientos que quedaron vivos; señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que se habian defendido y guardado sus plazas. Rindióse á partido un pequeño fuerte ó torre que estaba en mitad del estaño á cargo de D. Juan Zanoquera, caballero valenciano y famoso soldado. Cautivaron á D. Pedro Puertocarrero, general de la Goleta, el cual hizo cuanto le fué posible por defender su fuerza, y sintió tanto el haberla perdido, que de pesar murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo. Cautivaron así mesmo al general del fuerte, que se llamaba Ga-

brio Cervellon, caballero milanés, grande ingeniero y valentísimo soldado. Murieron en estas dos fuerzas muchas personas de cuenta, de las cuales fué una Pagan de Oria, caballero del hábito de San Juan, de condición generoso, como lo mostró su suma liberalidad que usó con su hermano el famoso Juan Andrea de Oria; y lo que mas hizo lastimosa su muerte, fué haber muerto á manos de unos alárabes de quien se fió, viendo ya perdido el fuerte, que se ofrecieron de llevarle en hábito de moro á Tabarca, que es un portezuelo ó casa que en aquellas riberas tienen los ginoveses, que se ejercitan en la pesquería del coral, los cuales alárabes le cortaron la cabeza, y se la trujeron al general de la armada turquesca, el cual cumplió con ellos nuestro refran castellano: que aunque la traicion aplace, el traidor se aborrece; y así se dice que mandó el general ahorcar á los que le trujeron el presente porque no se le habian traído vivo.....

En resolución, la armada volvió á Constantinopla triunfante y vencedora, y de allí á pocos meses murió mi amo el Uchalí, al cual llamaban Uchalí Fartax, que quiere decir en lengua turquesca el Renegado tiñoso, porque lo era, y es costumbre entre los turcos ponerse nombres de alguna falta que tengan, ó de alguna virtud que en ellos haya; y está es porque no hay entre ellos sino cuatro apellidos de linajes que decien den de la casa otomana, y los demás, como tengo dicho, toman nombre y apellido ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del ánimo, y este tiñoso bogó al remo siendo esclavo del Gran Señor catorce años, y á mas de los treinta y cuatro de su edad renegó de despecho de que un turco estando al remo le dió un bofetón, y por poderse vengar dejó su fé; y fué tanto su valor, que sin subir por

los torpes medios y caminos que los mas privados del gran turco suben, vino á ser rey de Argel, y despues á ser general de la mar, que es el tercero cargo que hay en aquel señorío. Era calabrés de nacion, y moralmente fué hombre de bien, y trataba con mucha humanidad á sus cautivos, que llegó á tener tres mil, los cuales despues de su muerte se repartieron como él lo dejó en su testamento entre el Gran Señor, que tambien es hijo heredero de cuantos mueren, y entra á la parte con los mas hijos que deja el difunto, y entre sus renegados; y yo cupe á un renegado veneciano, que siendo grumete de una nave, le cautivó el Uchali y le quiso tanto que fué uno de los mas regalados garzones suyos, y él vino á ser el mas cruel renegado que jamas se ha visto. Llamábase Azanagá, y llegó á ser muy rico y á ser rey de Argel, con el cual yo vine de Constantinopla algo contento por estar tan cerca de España; no porque pensase escribir á nadie el desdichado suceso mio, sino por ver si me era mas favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya habia probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazon ni ventura; y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamas me desamparó la esperanza de tener libertad; y cuando en lo que fabricaba, pensaba y ponía por obra, no correspondía el suceso á la intencion, luego sin abandonarme fingia y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese débil y flaca. Con esto entretenia la vida encerrado en una prision ó casa que los turcos llaman baño, donde encierran los cautivos cristianos, así los que son del rey como de algunos particulares, y los que llaman del almacen, que es como decir cautivos del concejo; que sirven á la ciudad en las obras públicas que hace

y en otros oficios, y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que como son del comun y no tienen amo particular, no hay con quien tratar su rescate aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen llevar á sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente cuando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros hasta que venga su rescate. Tambien los cautivos del rey que son de rescate no salen al trabajo con la demás chusma, sino es cuando se tarda su rescate, que entonces por hacerles que escriban por él con mas ahínco, les hacen trabajar y ir por leña con los demás, que es un no pequeño trabajo. Yo pues, era uno de los de rescate, que como se supo que era capitan, puesto que dije mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pusiesen en el número de los caballeros y gente de rescate. Pusiéronme una cadena, mas por señal de rescate que por guardarme con ella; y así pasaba la vida en aquel baño con otros muchos caballeros y gente principal señalados y tenidos por de rescate; y aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos á veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oír y ver á cada paso las jamás vistas ni oídas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada día ahorcaba al suyo, empalaba este, desorejaba aquel, y esto por tan poca ocasion, y tan sin ella que los turcos conocian que lo hacia no mas de por hacerlo, y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el género humano. Solo libró bien con él un soldado español llamado Tal de Saavedra (1), el cual con haber hecho

(1) El autor de esta narracion.

cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra, y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que habia de ser empalado, y así lo temió él mas de una vez, y sino fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia.

(MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.—*El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha.*)

#### TOMA DE AMIENS.

(1597.)

Amiens, cabeza de Picardía, y la mas principal ciudad de las que llaman de la ribera de Soma..... goza uno de los mas fértiles territorios de toda Francia, y de los ciudadanos mas valerosos..... Gobernaba á Dorlan desde que se ganó..... Hernan Tello Puertocarrero, y deseando señalarse con algun honrado servicio mientras duraba su cuidadosa ociosidad, puso la mira ante todas cosas en lo que debe hacer cualquier gobernador de plaza fronteriza, que es, procurarse informar de la calidad, fortaleza y defensas de las que tiene por vecinas. Y mientras todavía estaba en este pensamiento, un cierto Dumolin, ciudadano de Abevila, que vivia en Dorlan desterrado de su pátria, hablando secretamente con Hernan Tello, le persuadió á que la sobrada confianza con que vivia la ciudad de Amiens la tenia mas sujeta á cualquier linage de asenchanzas que á otra alguna de

Picardía..... Pagóle Hernan Tello con buenas palabras, dudoso de su fidelidad, y deseando para en eualquier suceso tener reconocidas las entradas de aquella ciudad, las guardias y la defensa de las puertas por su medio, y probar su verdad convidándola con la relacion que ya tenia de todo, le envió solo primero, y despues, habiéndole traído verdadera relacion con su sargento Francisco del Arco, soldado valeroso, noble y harto práctico en la lengua francesa.....

Fueron y volvieron dos veces entrambos juntos, y acompañándolos tercera vez con el capitan Lacroix, borgoñon y buen soldado, reconocieron todo lo que convenia, tanto para acometer la ciudad como tambien para llegar á ella sin tocar en lugar poblado. Oidos y examinados por Hernan Tello los exploradores juntos y cada uno de por si, envió luego á Francisco del Arco al Archiduque con sola una carta de creencia. Visto por su alteza la tierra que habia andado ya en aquel negocio, y pareciéndole que se aventuraria poco en intentar la empresa, aunque no se saliese con ella, aprobó la determinación de Hernan Tello, dándole la misma autoridad que á su propia persona para ordenar y mandar á todos los que habian de acudir de diferentes partes para aquel efeto.

La noche de los 40 de Marzo, desde media hasta una hora despues de anochecido, llegaron al puesto señalado, que era el casar de Horrevile, una legua mas arriba de Dorlan, sobre la ribera del rio Auti, todas la tropas señaladas para la empresa..... Podian ser las nueve de la noche cuando, despues de haber cerrado Hernan Tello las puertas de la villa de Dorlan y salido del castillo por la del Socorro con los guias y los disfrazados para el efeto que se dirá, se halló con toda su

gente de la otra parte del riachuelo Auti. Marchóse hasta media noche con muy buena orden y gran silencio; y pareciéndole á Hernan Tello que era ya tiempo de manifestar á los capitanes el intento que llevaba, haciendo un poco alto para alentar la gente, y apartándose de con ellos, les declaró punto por punto la forma en que, mediante el favor de Dios, pensaba ejecutar aquella empresa.....

Sacáronse de toda la infantería trecientos soldados, los docientos españoles y los demás walones y irlandeses, con los cuales se adelantaron los capitanes don Fernando de Deza y Iñigo de Otaola y otros de naciones hasta una pequeña ermita llamada la Madalena, distante quinientos pasos de la puerta que mira á Dorlan, á quien llamaban y llamaremos siempre de Montrecurt. En abriendo el dia comenzaron las cajas de la ciudad á tocar el alborada, y de allí á una hora, que serian ya las siete, abrieron, entre otras, esa puerta, de la cual salieron algunos arcabuceros á descubrir, aunque con tan poco cuidado que se volvieron dejándolo todo por llano y por seguro; y sin llegar á la ermita de la Magdalena, donde estaba la emboscada. A semejantes descuidos, aunque agenos, sujeta su reputacion quien se encarga de una plaza, en cuyo cuidado apenas puede haber hora de tregua. Metida pues con esta seguridad la guardia ordinaria de las puertas, y viendo los capitanes de la Magdalena que comenzaban á entrar y salir villanos y gente del campo, hicieron marchar á los disfrazados conforme á la orden que tenian de Hernan Tello, que era esta: Bautista Doñano, milanés, teniente del capitán Daniel, que habia sido capitán de borgoñones; el sargento Francisco del Arco y otro soldado walon iban delante á la deshilada con sacos de nueces.

manzanas y legumbres; los cuales se mezclaron luego con los demás villanos de la comarca, que iban entrando tambien en la ciudad con cosas para vender. Seguía el carro, y delante dél el capitán Lacroy, borgoñon, y un sargento walon; tiraban el carro tres caballos, y guiábanle otros dos soldados borgoñones de la guarnicion de Dorlan, y detrás dél iban seis soldados walones de la misma guarnicion, todos oficiales reformados y gente de gran confianza. Solo los tres primeros llevaban armas, que eran una pistola cada uno, y esas escondidas, pareciéndoles que iban mas disimulados de aquella manera, y que, entrados una vez dentro, no les podian faltar las que los enemigos tenían arrimadas en el cuerpo de guardia. Habia de dar la seña de arremeter el sargento Francisco del Arco, disparando la pistola en viendo que el carro estaba ya en medio de los dos rastroillos; los cuales por estar entre sí en menor distancia que lo largo del carro, se presuponía que habian de caer entrambos sobre él, como sucedió. Entrados pues los soldados del disfraz, mostrando no conocerse unos á otros, llegándose á calentar al fuego del cuerpo de guardia, hacian con gran propiedad todos los ademanes que suelen los villanos de aquella tierra, como quien habia tantos años que los tenían en plática. Es la gente de las aldeas de Picardía pobrísima, y andan vestidos de sayal blanco ó de lienzo, y esto tan roto, que muchas veces muestran por diversas partes las carnes; con lo cual, y con haber buscado artificiosamente los vestidos mas viles, tizaándose las caras y manos, no habia quien hiciese caso dellos para darles del pié. Todo lo demás habian menester fingir, si no era el frio, que, como los cogia tan en delgado, los hacia tiritar tan de veras, que de pura lástima los hicieron los franceses



llegar al fuego; que no les fué despues de poco servicio para poder menear las armas. Las pláticas que trabaron entre sí eran tan conformes á lo que representaban que casi se engañaban á sí mismos; y estando en medio dellas llegó una vieja poco menos que decrepita, natural de alguna aldea de aquellas comarcas, que con rostro alterado dijo á los soldados que mirasen cómo estaban, y que hiciesen buena guardia, porque aquella noche habian pasado la ribera del Auti tropas de españoles. Riéronse los franceses, teniéndolo por burla, y á uno que quiso moverse para ir á avisar dello al conde de San Pol, detuvo el caporal de la guardia, diciéndole que si hubiera algo de nuevo ya lo supiera el conde y estuviera la ciudad en arma. Así en las malas suertes va la fortuna cerrando la puerta á todos los remedios. Francisco del Arco, que hasta entonces se habia estado calentando como los demás, volviendo el rostro para ver si llegaba el carro tan deseado, vió que comenzaba á entrar por la puerta de la ciudad, despues de haber pasado las del rebellin que la cubre, y que el borgoñon que guiaba el caballo delantero, apeándose dél habia cortado los tirantes. Estando embebecido Francisco del Arco, y aguardando á que el carro acabase de llegar al puesto que ya de antes tenian imaginado, llegó á él un sargento de la guardia, y con voz ya alterada le preguntó de dónde era; él, que no habia sido perezoso en sacar la pistola, disparándosela en los pechos le respondió: «De aquí soy.» Dada esta señal, se apoderaron en un instante, él de la partesana del sargento, y los disfrazados de las armas del cuerpo de guardia; y manejándolas todos valerosamente, se dieron tan buena maña, que antes que los de la emboscada de la Magdalena llegasen habian muerto á veinte y dos franceses,

que eran los que entonces se hallaban á la guardia del rebellin. A los tiros y voces de unos y otros tocó arma la centinela que de ordinario está sobre la puerta, con orden de cortar una cuerda de que pende el rastrillo, siempre que le parezca que hay necesidad de cerrarlas, y haciendo aquí bien su oficio cortó la del rastrillo de afuera, el cual, por ser todo de una pieza, quedó sobre el carro sin llegar al suelo. Los nuestros, en sintiendo la seña del primer pistoletazo, á más correr entraron por el rebellin, que ya estaba por nosotros, y entre los disfrazados y algunos soldados buenos corredores, se hallaban ya del todo dentro de la ciudad cerca de cien arcabuceros, los cuales acudieron luego á ocupar los puestos de las murallas y de las torres. Uno dellos, entrando con discreta prevencion en la garita del rastrillo interior, que era de puntas, y cada una de por sí, que son las mejores; hallando á la centinela francesa que cortaba las cuerdas le dió algunas heridas, hasta que le obligó á volver á levantar las estacas del rastrillo, á tiempo que habiendo acabado de caer todas, y atravesado el carro hasta el suelo, por ser muy pesadas y de agudísimas puntas, habian cortado el hilo y cerrado el paso á los que iban entrando; tal que estaban ya en el rebellin apiñados mas de quinientos hombres de los nuestros, que en viendo el buen suceso habian acudido de todas las emboscadas, tanto infantes como caballos, conforme á la orden que tenian del gobernador; cosa que ocasionó en todos ellos la tristeza que se puede considerar, y mas viendo por entre las estacas del rastrillo que iban ya cargando los enemigos y comenzaban á tirar muchos arcabuzazos. Pero cayóse en que, no habiendo acabado de llegar al suelo una de las puntas del rastrillo, dejaba lugar bastante para ir entrando

por allí los delanteros, aunque con grande dificultad y de uno en uno.

En esto nuestro soldado, que no dormia, y otros algunos que le ayudaban, acabaron de levantar la estaca, con que pudo entrar casi de tropel toda la gente de á pié y de á caballo que se hallaban en el rebellin, y en particular los capitanes Daniel y Simon de Latre con sus compañías de corazas, metiendo los caballos del diestro, y haciendo tropas despues, poniéndose á caballo con las pistolas en las manos. La gente de á pié, tendiéndose por la muralla, se hicieron tan señores de mucha parte della, que volviendo algunas piezas de artilleria á la ciudad, trataban de dispararlas hácia las casas; que al gobernador y á los del gran escuadron que venian á entrar á paso tirado puso en gran confusion, creyendo que era imposible haber hecho tanto los primeros, y que los que andaban en las murallas eran enemigos. Mas, entendida la verdad, arrojando las naciones sus mochilas, se aparejaron al saco y á la presa. Al punto que el gobernador entraba por la puerta en escuadron, daba el reloj las nueve; tiempo en que la mayor parte de los ciudadanos estaba en la iglesia, por ser cuaresma y haber sermones en casi todas ellas. En uno de los cuales dicen que, exajerando el predicador el castigo que merecian los pecados de aquella ciudad, dijo que ya le parecia que entraban los españoles á destruillos, como habian hecho á otras ciudades de Francia; que si fué profecía no tardó mucho en cumplirse.

(DON CÁRLOS COLOMA.—*Las guerras de los Estados Bajos.*)

## LOS CATALANES.

Son los catalanes, por la mayor parte, hombres de durísimo natural; sus palabras pocas, á que parece les inclina tambien su propio lenguaje, cuyas cláusulas y dicciones son brevísimas; en las injurias muestran gran sentimiento, y por eso son inclinados á venganza; estiman mucho su honor y su palabra; no menos su exención, por lo que entre las mas naciones de España son amantes de su libertad. La tierra, abundante de asperezas, ayuda y dispone su ánimo vengativo á terribles efectos con pequeña ocasion; el quejoso ó agraviado deja los pueblos y se entra á vivir en los bosques, donde en continuos asaltos fatigan los caminos; otros, sin mas ocasion que su propia insolencia, siguen á estotros; estos y aquellos se mantienen por la industria de sus insultos. Llamam comunmente andar en trabajo aquel espacio de tiempo que gastan en este modo de vivir, como en señal de que le conocen por desconcierto; no es accion entre ellos reputada por afrentosa, antes al ofendido ayudan siempre sus deudos y amigos. Algunos han tenido por cosa política fomentar sus parcialidades por hallarse poderosos en los acontecimientos civiles.....

Habitan los quejosos por los boscajes y espesuras, y entre sus cuadrillas hay uno que gobierna, á quien obedecen los demás. Ya de este pernicioso mando han salido para mejores empleos Roque Guinart, Pedraza y algunos famosos capitanes de bandoleros, y últimamente Don Pedro de Santa Cilia y Paz, caballero de nacion mallorquin, hombre cuya vida hicieron notable en Europa las muertes de trescientas y veinte y cinco personas que

por sus manos ó industria hizo morir violentamente, caminando veinte y cinco años tras la venganza de la injusta muerte de un hermano. Ocúpase estos tiempos D. Pedro sirviendo al Rey Católico en honrados puestos de la guerra, en que ahora le da al mundo satisfaccion del escándalo pasado.

Es el hábito comun acomodado á su ejercicio; acompañanse siempre de arcabuces cortos, llamados pedreñales, colgados de una ancha faja de cuero, que dicen charpa, atravesada desde el hombro al lado opuesto; los mas desprecian las espadas como cosa embarazosa á sus caminos; tampoco se acomodan á sombreros, mas en su lugar usan bonetes de estambre listados de diferentes colores, cosa que algunas veces traen como para señal, diferenciándose unos de otros por las listas; visten larguísimas capas de jerga blanca, resistiendo gallardamente al trabajo, con que se reparan y disimulan; sus calzados son de cáñamo tejido, á que llaman sandalias; usan poco el vino, y con agua sola, de que se acompañan, guardada en vasos rústicos, y algunos panes ásperos, que se llevan siempre pasados del cordel con que se ciñen, caminan y se mantienen los muchos dias que gastan sin acudir á los pueblos.

Los labradores y gente del campo, á quien su ejercicio en todas provincias ha hecho llanos y pácíficos, tambien son oprimidos de esta costumbre; de tal suerte que unos y otros todos viven ocasionados á la venganza y discordia por su natural, por su habitacion y por el ejemplo. El uso antiguo facilitó tanto el escándalo comun, que templando el rigor de la justicia, ó por menos atenta, ó por menos poderosa, tácitamente permite su entrada y conservacion en los lugares comarcanos, donde ya los reciben como vecinos.

No por esto se debe entender que toda la provincia y sus moradores vivan pobres, sueltos y sin policia; antes por el contrario es la tierra, principalmente en las llanuras, abundantísima de toda suerte de frutos, en cuya fertilidad compite con la gruesa Andalucía, y vence cualquiera otra de las provincias de España; ennoblécenla muchas ciudades, algunas famosas en antigüedad y lustre; tiene gran número de villas y lugares, algunos buenos puertos y plazas fuertes; su cabeza y corte, Barcelona, está llena de nobleza, letras, ingenios y hermosura; y esto mismo se reparte con mas que mediana á los otros lugares del Principado. Fabricó la piedad de sus príncipes, señalados en la religion, famosos templos consagrados á Dios. Entre ellos luce como el sol entre las estrellas el santuario de Monserrate, célebre en todas las memorias cristianas del universo. Reconocen el valor de sus naturales las historias antiguas y modernas en el Asia y Europa. ¿Africa tambien no se lo confiesa? Es, en fin, Cataluña y los catalanes una de las provincias y gentes de mas primor, reputacion y estima que se halla en la grande congregacion de estados y reinos de que se formó la monarquía española.

(DON FRANCISCO MANUEL DE MELO.—*Historia de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña.*)

#### MUERTE DEL CONDE DE SANTA COLOMA.

(1640.)

Señalábanse entre todos los sediciosos uno de los segadores, hombre facineroso y terrible, al cual, queriendo prender, por haberle conocido, un ministro inferior de justicia, hechura y oficial del Monredon, de quien

hemos dicho, resultó de esta contienda ruido entre los dos: quedó herido el segador, á quien ya socorria gran parte de los suyos. Esforzabase mas y mas uno y otro partido, empero siempre ventajoso el de los segadores. Entonces algunos soldados de milicia que guardaban el palacio del virey, tiraron hácia el tumulto dando á todos mas ocasion que remedio. A este tiempo rompian furiosamente en gritos: unos pedian venganzas; otros mas ambiciosos apellidaban la libertad de la patria; aquí se oia: «viva Cataluña y los catalanes.» Allí otros clamaban: «muera el mal gobierno de Felipe.» Formidables resonaron la primera vez estas cláusulas en los recatados oidos de los prudentes; casi todos los que no las ministraban las oian con temor, y los mas no quisieran haberlas oido. La duda, el espanto, el peligro, la confusion, todo era uno; para todo habia su accion, y en cada cual cabian tan diferentes efectos: solo los ministros reales y los de la guerra lo esperaban, iguales en el celo. Todos aguardaban por instantes la muerte (el vulgo furioso pocas veces pára sino en sangre); muchos, sin contener su enojo, servian de pregon al furor de otros; éste gritaba cuando aquel heria, y éste con las voces de aquel se enfurecia de nuevo. Infamaban los españoles con enormisimos nombres; buscábanlos con ansia y cuidado, y el que descubria y mataba, ese era tenido por valiente, fiel y dichoso.

Las milicias armadas con pretexto de sosiego, ó fuese orden del conde, ó solo de la ciudad, siempre encaminada á la quietud, los mismos que en ellas debian servir á la paz, ministraban el tumulto.

Porfiaban otras bandas de segadores, esforzadas ya de muchos naturales, en ceñir la casa de Santa Coloma: entonces los diputados de la general con los consellers

de la ciudad acudieron á su palacio; diligencia que mas ayudó la confusion del conde, de lo que pudo socorrérsela: allí se puso en plática saliese de Barcelona con toda brevedad, porque las cosas no estaban ya de suerte que accidentalmente pudiesen remediarse: facilitábanle con el ejemplo de D. Hugo de Moncada en Palermo, que por no perder la ciudad, la dejó, pasándose á Mesina. Dos galeras genovesas en el muelle daban todavía esperanza de salvacion: escuchábalo el Santa Coloma, pero con ánimo tan turbado que el juicio ya no alcanzaba á distinguir el yerro del acierto. Cobróse, y resolvió despedir de su presencia casi todos los que le acompañaban, ó fuese que no se atrevió á decirles de otra suerte que escapasen las vidas, ó que no quiso hallarse con tantos testigos á la ejecucion de su retirada. En fin, se escusó á los que le aconsejaban su remedio, con peligro, no solo de Barcelona, sino de toda la provincia; juzgaba la partida indecente á su dignidad; ofrecia en su corazon la vida por el real decoro: de esta suerte, firme en no desamparar su mando, se dispuso á aguardar todos los trances de su fortuna.

Del ánimo del magistrado no haremos discurso en esta accion, porque ahora el temor, ahora el artificio, le hacian que ya obrase conforme á la razon, ya que disimulase segun la conveniencia. Afirmase por sin duda que ellos jamás llegaron á pensar tanto del vulgo, habiendo mirado apaciblemente sus primeras demostraciones.

No cesaba el miserable virey en su oficio, como el que con el remo en la mano piensa que por su trabajo ha de llegar al puerto: miraba y revolvía en su imaginacion los daños, y procuraba su remedio; aquel último esfuerzo de su actividad estaba enseñando ser el fin de sus acciones.



Recogido á su aposento, escribía y ordenaba; pero ni sus papeles ni sus voces hallaban reconocimiento ú obediencia. Los ministros reales deseaban que su nombre fuese olvidado de todos; no podían servir en nada; los provinciales ni querían mandar, menos obedecer.

Intentó por última diligencia satisfacer su queja al pueblo, dejando en su mano el remedio de las cosas públicas, que ellos ya no agradecían, porque ninguno se obliga ni quiere deber á otro lo que se puede obrar por sí mismo; empero ni para justificarse pudo hallar forma de hacer notoria su voluntad á los inquietos, porque las revoluciones interiores, á imitación del cuerpo humano, habían de tal suerte desconcertado los órganos de la república, que ya ningún miembro de ella acudia á su movimiento y oficio.

A vista de este desengaño se dejó vencer de la consideración y deseo de salvar la vida, reconociendo últimamente lo poco que podía servir á la ciudad su asistencia; pues antes el dejarla se encaminaba á la lisonja ó á remedio acomodado á su furor. Intentólo, pero ya no le fué posible, porque los que ocupaban la tarazona y baluarte del mar, á cañonazos habían hecho apartar la una galera, y no menos porque para salir á buscarla á la marina, era fuerza pasar descubierto á las bocas de sus arcabuces. Volvióse, seguido ya de pocos, á tiempo que los sediciosos á fuerza de armas atropellaban las puertas: los que las defendían, entendiéndolo la causa del tumulto, unos les seguían, otros no lo estorbaban.

A este tiempo vagaba por la ciudad un confusísimo rumor de armas y voces; cada casa representaba un espectáculo; muchas se ardían, muchas se arruinaban, á todos se perdía el respeto y se atrevía la furia; olvidábase el sagrado de los templos; la clausura é inmu-

nidad de las religiones fué patente al atrevimiento de los homicidas; hallábanse hombres despedazados sin examinar otra culpa que su nacion; aun los naturales eran oprimidos por crimen de traidores: así infamaban aquel día á la piedad, si alguno abrió sus puertas al afligido ó las cerraba al furioso. Fueron rotas las cárceles, cobrando no solo libertad, mas autoridad los delincuentes.

Habia el conde ya reconocido su postrer riesgo oyendo las voces de los que le buscaban pidiendo su vida; y depuestas entonces las obligaciones de grande, se dejó llevar fácilmente de los afectos de hombre; procuró todos los modos de salvacion, y volvió desordenadamente á proseguir en el primer intento de embarcarse; salió segunda vez á la lengua del agua; pero como el aprieto fuese grande, y mayor el peso de las aflicciones, mandó se adelantase su hijo con pocos que le seguian, porque llegando al esquiife de la galera, que no sin gran peligro los aguardaba, hiciese como lo esperase tambien; no quiso aventurar la vida del hijo, porque no confiaba tanto de su fortuna. Adelantóse el mozo, y alcanzando la embarcacion, no le fué posible detenerla, tanta era la furia con que procuraban desde la ciudad su ruina; navegó hácia la galera, que le aguardaba fuera de la bateria. Quedóse el conde mirándola con lágrimas, disculpables en un hombre que se veia desamparado á un tiempo del hijo y de las esperanzas; pero ya cierto de su perdicion, volvió con vagarosos pasos por la orilla opuesta á las peñas que llaman de San Beltran, camino de Monjuich.

A esta sazón, entrada su casa y pública su ausencia, le buscaban rabiosamente por todas partes, como si su muerte fuese la corona de aquella victoria; todos sus

pasos reconocian los de la tarazona; los muchos ojos que lo miraban caminando como verdaderamente á la muerte, hicieron que no pudiese ocultarse á los que le seguian. Era grande la calor del dia, superior la congoja, seguro el peligro, viva la imaginacion de su afrenta; estaba sobre todo firmada la sentencia en el tribunal infalible: cayó en tierra cubierto de un mortal desmayo, donde siendo hallado por algunos de los que furiosamente le buscaban, fué muerto de cinco heridas en el pecho.

Así acabó su vida D. Dalmau de Queralt, conde de Santa Coloma, dando famoso desengaño á la ambicion y soberbia de los humanos, pues aquel mismo hombre, en aquella region misma, casi en un tiempo propio, una vez sirvió de envidia, otra de lástima. ¡Oh grandes, que os parece nacisteis naturales al imperio! ¿qué importa, si no dura más de la vida, y siempre la violencia del mando os arrastra tempranamente al precipicio!

(MELO.—*Historia de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña.*)

## EL DOS DE MAYO.

(1808.)

Amaneció en fin el 2 de Mayo, dia de amarga recordacion, de luto y desconsuelo, cuya dolorosa imágen nunca se borrará de nuestro afligido y contristado pecho. Un présago é inexplicable desasosiego pronosticaba tan aciago acontecimiento, ó ya por aquel presentir oscuro que á veces antecede á las grandes tribulaciones de nuestra alma, ó ya mas bien por la esparcida voz de

la próxima partida de los infantes. Esta voz y la suma inquietud excitada por la falta de dos correos de Francia, habian llamado desde muy temprano á la plazuela de Palacio numeroso concurso de hombres y mujeres del pueblo. Al dar las nueve subió en un coche con sus hijos la reina de Etruria, mirada mas bien como princesa extranjera que como propia, y muy desamada por su continuo y secreto trato con Murat: partió sin oponérsele resistencia. Quedaban todavía dos coches, y al instante corrió por la multitud que estaban destinados al viaje de los dos infantes D. Antonio y D. Francisco. Por instantes crecía el enojo y la ira, cuando al oír de la boca de los criados de palacio que el niño D. Francisco lloraba y no queria partir, se enternecieron todos, y las mujeres prorumpieron en lamentos y sentidos sollozos. En este estado y alterados mas y mas los ánimos, llegó á palacio el ayudante de Murat Mr. Augusto Lagrange, encargado de ver lo que allí pasaba, y de saber si la inquietud popular ofrecia fundados temores de alguna conmocion grave. Al ver al ayudante, conocido como tal por su particular uniforme, nada grato á los ojos del pueblo, se persuadió este que era venido allí para sacar por fuerza á los infantes. Siguióse un general susurro, y al grito de una mujerzuela «que nos los llevan,» fué embestido Mr. Lagrange por todas partes, y hubiera perecido á no haberle escudado con su cuerpo el oficial de walonas D. Miguel Desmaisieres y Florez; mas subiendo de punto la griteria, y ciegos todos de rabia y desesperacion, ambos iban á ser atropellados y muertos si afortunadamente no hubiera llegado á tiempo una patrulla francesa que los libró del furor de la embravecida plebe. Murat prontamente informado de lo que pasaba envió sin tardanza un bata-

llo con dos piezas de artillería: la proximidad á palacio de su alojamiento facilitaba la breve ejecucion de su orden. La tropa francesa, llegada que fué al paraje de la reunion popular, en vez de contener el alboroto en su origen, sin prévio aviso ni determinacion anterior, hizo una descarga sobre los indefensos corrillos, causando así una general dispersion, y con ella un levantamiento en toda la capital, porque derrainándose con celeridad hasta por los mas distantes barrios los prófugos de palacio, cundió con ellos el terror y el miedo, y en un instante y como por encanto se sublevó la poblacion entera.

Acudieron todos á buscar armas, y con ánsia á falta de buenas se aprovechaban de las mas arrinconadas y enmohecidas. Los franceses fueron impetuosamente acometidos por do quiera que se les encontraba. Respetáronse en general los que estaban dentro de las casas ó iban desarmados, y con vigor se ensañaron contra los que intentaban juntarse con sus cuerpos ó hacian fuego. Los hubo que arrojando las armas é implorando clemencia se salvaron, y fueron custodiados en paraje seguro. ¡Admirable generosidad en medio de tan ciego y justo furor! El gentío era inmenso en la calle Mayor, de Alcalá, de la Montera y de las Carretas. Durante algun tiempo los franceses desaparecieron, y los inexpertos madrileños creyeron haber alcanzado y asegurado su triunfo; pero desgraciadamente fué de corta duracion su alegría.

Los extranjeros prevenidos de antemano, y estando siempre en vela, recelosos por la pública agitacion de una populosa ciudad, apresuradamente se avalanzaron por las calles de Alcalá y Carrera de San Gerónimo bariéndola con su artillería, y arrollando á la multitud la

caballería de la guardia imperial, á las órdenes del jefe de escuadron Daumesnil. Señaláronse en crueldad los lanceros polacos y los mamelucos, los que conforme á las órdenes de los generales de brigada Guillot y Daurai forzaron las puertas de algunas casas, ó ya porque desde dentro hubiesen tirado, ó ya porque así lo fingieron para entrarlas á saco y matar á cuantos se les presentaban. Así asaltando entre otras la casa del duque de Híjar en la Carrera de San Gerónimo, arcabucearon delante de sus puertas al anciano portero. Estuvieron también próximos á experimentar igual suerte el marqués de Villamejor y el conde de Talara, aunque no habian tomado parte en la sublevacion. Salváronlos sus alojados. El pueblo combatido por todas partes fué rechazado y disperso, y solo unos cuantos siguieron defendiéndose y aun atacaron con sobresaliente bizarría. Entre ellos los hubo que vendiendo caras sus vidas se arrojaron en medio de las filas francesas hiriendo y matando hasta dar el postrer aliento; hubo otros que parapetándose en las esquinas de las calles iban de una en otra haciendo continuado y mortífero fuego: algunos también en vez de huir aguardaban á pié firme, ó asesaban su último y furibundo golpe contra el jefe ú oficial conocido por sus insignias. ¡Estériles esfuerzos de valor y personal denuedo!

La tropa española permanecía en sus cuarteles por orden de la junta y del capitán general D. Francisco Javier Negrete, furiosa y encolerizada, mas retenida por la disciplina. Entretanto paisanos sin resguardo ni apoyo se precipitaron al parque de artillería, en el barrio de las Maravillas, para sacar los cañones y resistir con mas ventaja. Los artilleros andaban dudosos en tomar ó no parte con el pueblo, á la misma sazón que

cundió la voz de haber sido atacado por los franceses uno de los otros cuarteles. Decididos entonces y puestos al frente D. Pedro Velarde y D. Luis Daoiz abrieron las puertas del parque, sacaron tres cañones y se dispusieron á rechazar al enemigo, sostenidos por los paisanos y un piquete de infantería á las órdenes del oficial Ruiz. Al principio se cogieron prisioneros algunos franceses, pero poco despues una columna de estos de los acantonados en el convento de San Bernardino, se avanzó mandada por el general Lefranc, trabándose de ambos lados una porfiada refriega. El parque se defendió valerosamente, menudearon las descargas, y allí quedaron tendidos número crecido de enemigos. De nuestra parte perecieron bastantes soldados y paisanos: el oficial Ruiz fué desde el principio gravemente herido. D. Pedro Velarde feneció atravesado de un balazo; y escaseando ya los medios de defensa con la muerte de muchos, y aproximándose denodadamente los franceses á la bayoneta, comenzaron los nuestros á desalentar y quisieron rendirse. Pero cuando se creia que los enemigos iban á admitir la capitulacion se arrojaron sobre las piezas, mataron á algunos, y entre ellos traspasaron desapiadadamente á bayonetazos á D. Luis Daoiz, herido antes en un muslo. Así terminaron su carrera los ilustres y beneméritos oficiales Daoiz y Velarde: honra y gloria de España, dechado de patriotismo, servirán de ejemplo á los amantes de la independencía y libertad nacional. El reencuentro del parque fué el que costó mas sangre á los franceses, y en donde hubo resistencia mas ordenada.....

A las tres de la tarde una voz lúgubre y espantosa empezó á correr con la celeridad del rayo. Afirmábase que españoles tranquilos habian sido cogidos por los

franceses y arcabuceados junto á la fuente de la Puerta del Sol y la iglesia de la Soledad, manchando con su inocente sangre las gradas del templo. Apenas se daba crédito á tamaña atrocidad, y conceptuábanse falsos rumores de ilusos y acalorados patriotas. Bien pronto llegó el desengaño. En efecto, los franceses despues de estar todo tranquilo habian comenzado á prender á muchos españoles, que en virtud de las promesas creyeron poder acudir libremente á sus ocupaciones. Prendiéronlos con pretexto de que llevaban armas: muchos no las tenian, á otros solo acompañaba ó una navaja ó unas tijeras de su uso. Algunos fueron arcabuceados sin dilacion, otros quedaron depositados en la casa de correos y en los cuarteles. Las autoridades españolas fiadas en el convenio concluido con los jefes franceses descansaban en el puntual cumplimiento de lo pactado.....

En dicha casa de correos se habia juntado una comision militar francesa con apariencias de tribunal; mas per lo comun sin ver á los supuestos reos, sin oirles descargo alguno ni defensa los enviaban en pelotones unos en pos de otros para que pereziesen en el Retiro ó en el Prado. Muchos llegaban al lugar de su horroroso suplicio ignorantes de su suerte; y atados de dos en dos, tirando los soldados franceses sobre el monton, caian ó muertos ó mal heridos, pasando á enterrarlos cuando todavia algunos palpitaban. Aguardaron á que pasase el dia para aumentar el horror de la trágica escena. Al cabo de veinte años nuestros cabellos se erizan todavia al recordar la triste y silenciosa noche, solo interrumpida por los lastimeros ayes de las desgraciadas victimas y por el ruido de los fusilazos y del cañon que de cuando en cuando y á lo lejos se oia y resonaba.....



No satisfechos los invasores con la sangre derramada por la noche, continuaron todavía en la mañana siguiente pasando por las armas á algunos de los arrestados la vispera, para cuya ejecucion destinaron el cercado de la casa del Príncipe Pio. Con aquel sangriento suceso se dió correspondiente remate á la empresa comenzada el 2 de Mayo, dia que cubrirá eternamente de baldon al caudillo del ejército francés, que friamente mandó asesinar, atraillados, sin juicio ni defensa á inocentes y pacíficos individuos. Lejos estaba entonces de preveer el orgulloso y arrogante Murat que años despues cogido, sorprendido y casi atraillado tambien á la manera de los españoles del 2 de Mayo, seria arcabuceado sin detenidas formas, y á pesar de sus reclamaciones, ofreciendo en su persona un señalado escarmiento, á los que ostentan hollar impunemente los derechos sagrados de la justicia y de la humanidad.

(EL CONDE DE TORENO.—*Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España.*)

No obstante lo anterior, en el presente estudio se han considerado los factores que influyen en la actividad del sistema nervioso central, en especial, en el sistema nervioso autónomo, en el momento de la actividad sexual. Para ello se han considerado los factores que influyen en la actividad del sistema nervioso autónomo, en el momento de la actividad sexual.

El presente estudio se ha realizado en el Hospital de Neurología de la Universidad de Zaragoza, durante el mes de mayo de 1965. Se han estudiado a 10 sujetos, de ambos sexos, con edades comprendidas entre los 20 y los 40 años. Los sujetos han sido seleccionados de entre los que acuden al Hospital de Neurología de la Universidad de Zaragoza, para ser estudiados en el momento de la actividad sexual.

Desafío de Barba.—QUINTANA..... 30  
 Batalla de Cerdeña.—QUINTANA..... 107  
 Toma de Granada.—MARIANA..... 107  
 Descripción de Málaga.—SOLA..... 111  
 Servicio doméstico de Moleznara.—HERNAN CORTÉS..... 117  
 Estatística de Gasta y Moleznara.—SOLA..... 121  
 Combate sobre las lagunas.—SOLA..... 123

**INDICE.**

Prólogo..... 3  
 Costumbres de los españoles.—MARIANA..... 9  
 Retrato de Anibal.—FLORIAN DE OGAMPO..... 14  
 Viriato.—MARIANA..... 13  
 Destruccion de Numancia.—MARIANA..... 17  
 Batalla del Guadalete.—SAAVEDRA FAJARDO..... 22  
 Don Pelayo.—MARIANA..... 27  
 Batalla de Covadonga.—MARIANA..... 31  
 El Cid.—MARIANA..... 33  
 Batalla de las Navas.—EL ARZOBISPO D. RODRIGO..... 40  
 Muerte de San Fernando.—MARIANA..... 44  
 Guzman el Bueno.—QUINTANA..... 47  
 Los almogávares.—MONCADA..... 50  
 Roger de Flor.—MONCADA..... 52  
 Asesinato de Roger de Flor.—MONCADA..... 57  
 Don Pedro el Cruel.—MARIANA..... 61  
 Suplicio de D. Alvaro de Luna.—BR. CIUDAD REAL..... 68  
 Guerra de Granada.—MÁRMOL CARVAJAL..... 73  
 Sitio de Granada y fundacion de Santa Fé.—MÁRMOL CARVAJAL..... 77  
 Entrada de los Reyes Católicos en Granada.—MÁRMOL CARVAJAL..... 80  
 Cristóbal Colon.—LOPEZ DE GÓMARA..... 83  
 Descubrimiento del Nuevo Mundo.—LOPEZ DE GÓMARA..... 86  
 atentado contra el Rey Católico.—MARIANA..... 91  
 La Reina Católica á su confesor.—DOÑA ISABEL LA CATÓLICA..... 92  
 El gran Capitan.—QUINTANA..... 93

Desafío de Barleta.—QUINTANA.....	98
Batalla de Cirinola.—QUINTANA.....	103
Toma de Oran.—MARIANA.....	107
Descripcion de Méjico.—SOLÍS.....	111
Servicio doméstico de Motezuma.—HERNAN CORTÉS.....	117
Entrevista de Cortés y Motezuma.—SOLÍS.....	121
Combate sobre las lagunas.—SOLÍS.....	125
Juan de Padilla.—PERO MEJIA.....	129
Prision de Francisco 1.º.—SANDOVAL.....	133
Pizarro y Almagro.—LOPEZ DE GÓMARA.....	137
Muerte de Atabaliba.—LOPEZ DE GÓMARA.....	140
Suplicio de Almagro.—LOPEZ DE GÓMARA.....	142
Asesinato de Pizarro.—LOPEZ DE GÓMARA.....	144
Conquista de Túnez.—GONZALO DE ILLESCAS.....	148
Batalla del Albis.—AVILA Y ZÚÑIGA.....	156
Cárlas V. en Yuste.—SANDOVAL.....	162
Batalla de San Quintin, y fundacion del Escorial.— P. SIGÜENZA.....	166
Alzamiento de los moriscos.—HURTADO DE MENDOZA.....	173
Eleccion de Aben Humeja.—HURTADO DE MENDOZA.....	175
Muerte de Abenabó.—HURTADO DE MENDOZA.....	179
Combate de Lepanto.—HERRERA.....	183
Historia del Cautivo.—CERVANTES.....	195
Toma de Amiens.—COLOMA.....	203
Los Catalanes.—MELO.....	210
Muerte del Conde de Santa Coloma.—MELO.....	212
El 2 de Mayo.—CONDE DE TORENO.....	217

OBRAS DE D. JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

---

	<u>Reales.</u>
VIDA DE FR. LUIS DE LEON, ilustrada con noticias y documentos recientemente descubiertos.....	8
ANACREÓNTICAS DE ÚLTIMA MODA.....	4
EL LAUREL DE APOLO, loa.....	4
LA NOVIA DE MARTE, comedia.....	4
CAMINO DEL MATRIMONIO, comedia.....	4
EL ROMANCERO DEL DOS DE MAYO.....	2

Se venden en Madrid en las principales librerías, y en provincias en casa de los corresponsales de la *Administracion Lirico-dramática*.

.....	20
.....	21
.....	22
.....	23
.....	24
.....	25
.....	26
.....	27
.....	28
.....	29
.....	30
.....	31
.....	32
.....	33
.....	34
.....	35
.....	36
.....	37
.....	38
.....	39
.....	40
.....	41
.....	42
.....	43
.....	44
.....	45
.....	46
.....	47
.....	48
.....	49
.....	50
.....	51
.....	52
.....	53
.....	54
.....	55
.....	56
.....	57
.....	58
.....	59
.....	60
.....	61
.....	62
.....	63
.....	64
.....	65
.....	66
.....	67
.....	68
.....	69
.....	70
.....	71
.....	72
.....	73
.....	74
.....	75
.....	76
.....	77
.....	78
.....	79
.....	80
.....	81
.....	82
.....	83
.....	84
.....	85
.....	86
.....	87
.....	88
.....	89
.....	90
.....	91
.....	92
.....	93
.....	94
.....	95
.....	96
.....	97
.....	98
.....	99
.....	100







G-11925